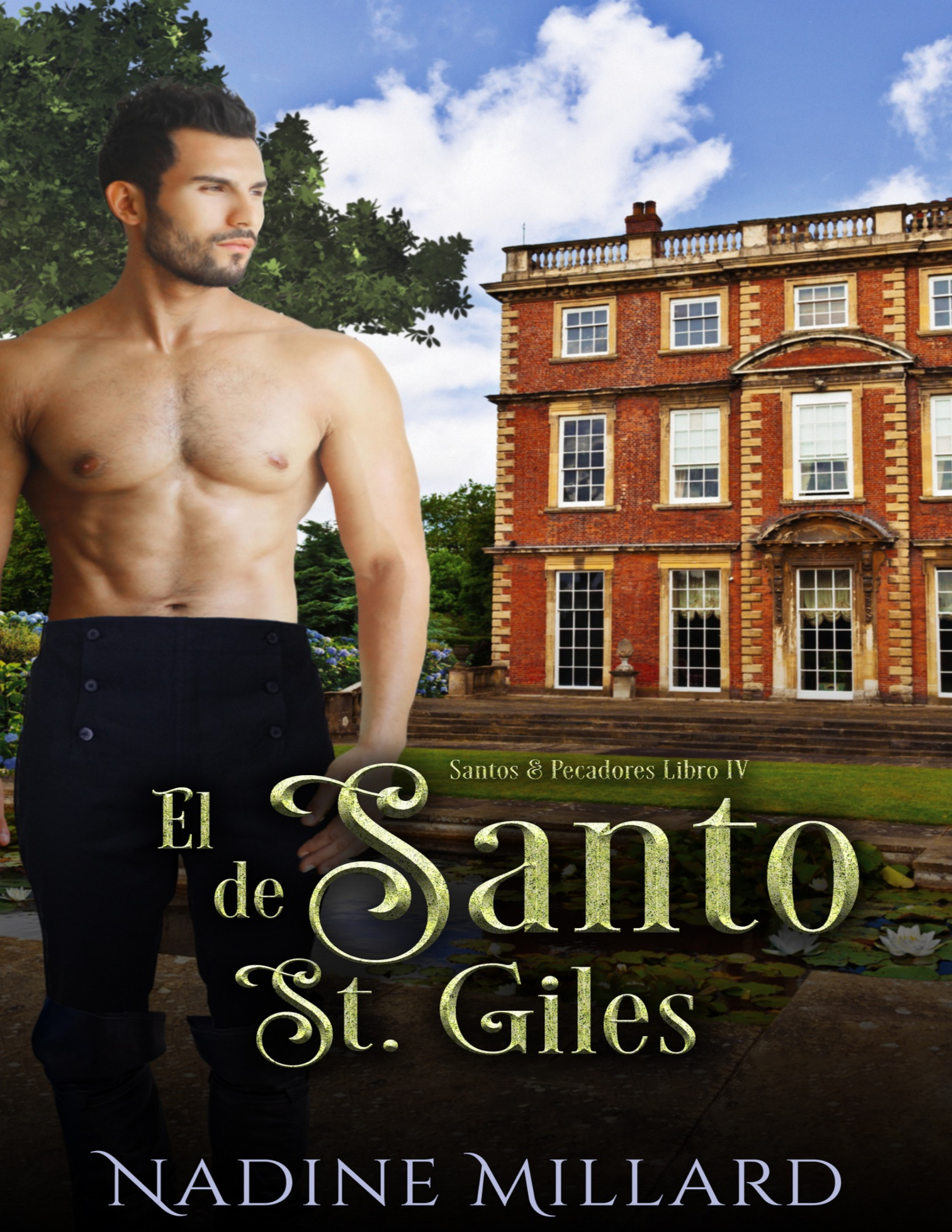

Santos & Pecadores Libro IV
El Santo de St. Giles
Nadine Millard

EL SANTO DE ST. GILES

Por Nadine Millard

Para Sharina, quien me fortalece y nunca se detiene. Gracias.

CONTENIDO

El Santo de St. Giles
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis

Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Epílogo

PRÓLOGO

Nicholas Fyfe, único hijo vivo y heredero del poderoso Duque de Barnbury, estaba temblando fuera de la oficina de su padre.

Nunca antes había tenido particularmente miedo de su padre. Aunque el viejo duque era formidable, para Nic él solo era su padre. Distante, frío y desinteresado.

Al menos, así había sido hasta que Nic terminó Eton.

Tan pronto como regresó a su residencia principal en Tipperary, Irlanda, el duque había tomado a Nic bajo su ala y comenzó a enseñarle sobre sus vastas y numerosas responsabilidades. La carga del ducado de Barnbury era pesada, y el duque no esperaba menos que un compromiso total por parte de su hijo.

Sus hijas, todos lo sabían, no eran de mucho interés para Lord Barnbury.

Ellas harían buenos matrimonios, como todas las hijas de los duques, trayendo honor al nombre de la familia y monedas a las arcas. No es que Barnbury necesitara el dinero de nadie más. El ducado era uno de los más ricos del reino, y ciertamente el más rico de Irlanda.

Pero su hijo.

Su hijo llevaría el nombre, la responsabilidad, el honor y la presión del ducado sobre sus hombros algún día.

Nic siempre había sabido lo que se esperaba de él.

Y nunca le había molestado. Era todo lo que había conocido.

Nicholas siempre había sido sensato y equilibrado. Siempre responsable.

Hasta hace poco. Hasta Ciara.

Y ahora, aquí estaba, en el umbral del estudio de su padre, a punto de decirle al duque que iba a dejar atrás la vida para la cual había sido preparado. El título, el dinero, todo.

Porque Nic se había enamorado de una chica que su padre nunca aprobaría.

Y así, había decidido alejarse de esta vida de privilegio para vivir con una joven sirvienta irlandesa.

Su familia nunca lo aprobaría.

Y la familia de ella nunca aceptaría que ella pasara su vida con un par inglés.

Así que estarían solos. Solo los dos.

Era desalentador, pero Ciara era el primer amor de Nicholas, y no podía imaginar una vida sin ella.

La había notado por primera vez cuando regresó de Eton el último verano antes de ir a Oxford.

Volviendo a casa para la Navidad y los veranos en los años siguientes, se habían enamorado cada vez más.

Y ahora que había terminado Oxford y debía quedarse en casa en Irlanda y comenzar a asumir más responsabilidades ducales, era el momento de confesarle a su padre.

Nicholas sabía que el duque lo rechazaría. Pero tenía suficiente dinero para llevarse a Ciara y a sí mismo a Inglaterra y para poder vivir frugalmente hasta que pudiera encontrar una manera de mantenerlos.

Era un hombre educado y no le temía al trabajo duro. Encontraría la manera de mantenerlos a ambos.

Además, él era uno de un grupo de cuatro amigos que sabía que estarían con él en cualquier circunstancia. Robert, James, Simon y Nic se conocieron en Eton. Cada uno destinado a ser un par poderoso. Cada uno diferente como el día y la noche, pero tan cercanos a pesar de eso.

Una tragedia hace algunos años, en la que la hermana de Robert perdió la vida, solo había solidificado los estrechos lazos de su grupo.

Si los necesitaba, Nic sabía que sus amigos estarían allí.

El momento había llegado, y Nicholas había estado fuera de esta puerta el tiempo suficiente.

Su padre había convocado a Nic a una reunión. No sabía por qué. Pero era irrelevante. Era providencial que su padre quisiera verlo en la misma noche en que Nicholas quería confesar.

Para mañana, él y Ciara estarían en camino a Dublín y luego navegando hacia Inglaterra y una nueva vida juntos.

Tomando un respiro más para calmarse, Nic levantó la mano y llamó a la puerta.

"Adelante."

Una orden ladrada.

Esto era todo.

Nic entró en la habitación y se detuvo en seco al ver la escena frente a él. Su padre estaba sentado detrás del escritorio de caoba que había sido de su padre antes que él.

Esta no era una vista inusual.

Sin embargo, la señora Jenkins, el ama de llaves, era una adición sorprendente a la habitación.

Nicholas frunció el ceño con confusión mientras observaba el ceño fruncido de su padre y los ojos enrojecidos y la palidez enfermiza del ama de llaves.

¿Qué diablos estaba pasando?

"Nicholas, hijo mío, me alegra que hayas podido unirte a nosotros."

El saludo jovial de su padre estaba en desacuerdo con el tenso ambiente que permeaba la habitación.

En desacuerdo con la evidente angustia del ama de llaves.

Un frío y serpenteante miedo recorrió las venas de Nic.

"Querías hablar conmigo, Padre", dijo, manteniendo su tono firme, aunque su corazón latía con aprensión.

"Sí", dijo el duque tranquilamente. "¿Por qué no te sientas?"

Nicholas tomó la silla de cuero que le indicó su padre y se sentó a esperar. Había aprendido a una edad temprana cómo lidiar con su padre.

El duque a menudo se sentaba frente a alguien en total silencio, confiando en su incomodidad para obligarlo a hablar.

Nic no sería el primero en romper este particular silencio. Si su padre tenía algo que decir, entonces podía hacerlo.

Los dos hombres se enfrentaron a través del enorme escritorio de caoba, uno mayor e intimidante, el otro más joven y desesperado por mantener su nerviosismo bajo control.

Los únicos sonidos eran los ocasionales sollozos del ama de llaves que el duque parecía haber olvidado, el crujido y chisporroteo del fuego en la chimenea, y el reloj de bronce dorado en la repisa.

Después de eones, el duque finalmente se inclinó hacia adelante, apoyándose en su escritorio y juntando los dedos en una especie de campanario.

"¿Una sirvienta, Nicholas?" dijo suavemente, y el corazón de Nic se detuvo en seco.

"¿Qué?" preguntó con labios blancos.

"No te equivoques", continuó su padre. "No te reprocho una aventura con la servidumbre. De hecho, lo considero un rito de paso."

Nicholas apretó los puños mientras su temperamento se encendía.

"Pero, por el amor de Dios, ¿realmente pensaste que me quedaría de brazos cruzados mientras tirabas tu vida por la borda por una sirvienta?"

La mente de Nicholas saltaba de un pensamiento en pánico a otro. Se levantó de un salto, su corazón acelerado, con su mente girando.

"¿Cómo supiste - por qué -?" Tomó un respiro para calmarse, aunque no le sirvió de mucho. "¿Qué está pasando exactamente aquí?"

Su padre, en contraste con la indignación de Nic, estaba tan tranquilo como siempre y permaneció sentado, con una sonrisa divertida en su rostro

“Un leal sirviente vino a mí con preocupaciones sobre tu comportamiento con esa don nadie.”

“No la llames así,” advirtió Nic entre dientes.

Su padre permaneció imperturbable ante la censura y advertencia en el tono de Nic.

Continuó como si Nic no hubiera hablado. “Y la señora Jenkins aquí pudo llenar los vacíos.”

Los ojos de Nic volaron hacia la ama de llaves. La señora Jenkins siempre había sido amable con él, siempre de buen humor y alegre.

Ahora, parecía devastada y aterrorizada. Nic sabía sin duda que su padre había intimidado a la pobre mujer para obtener cualquier información que tuviera.

Tragó un nudo en la garganta antes de volver a mirar a su padre.

“Siento que te hayas enterado de esta manera,” dijo tan neutralmente como pudo.

Después de todo, tenía la intención de confesar esta noche de todos modos, así que el hecho de que su padre lo supiera de antemano solo le ahorraba a Nic una conversación difícil. Entonces, ¿por qué sentía que había caído en una especie de trampa?

“Pero amo a Ciara, y ella me ama a mí, y nada de lo que hagas podrá separarnos. Nos vamos mañana, y nos casaremos. Si no puedes aceptar eso, entonces esta será nuestra despedida.”

Nic esperaba que su padre gritara y se enfureciera, que lo llamara tonto y egoísta, y le recordara cuán privilegiada había sido su vida. Incluso que le señalara exactamente lo que estaba dejando atrás, como si Nic no fuera consciente de ello.

Cuando la calma helada del duque permaneció, Nicholas se preocupó aún más.

Su padre nunca había permitido que nadie cuestionara, discutiera o dudara de su autoridad. Entonces, ¿permanecer tranquilo ante su hijo y heredero desafiándolo? Eso le dio a Nic un peor presentimiento que cualquier cosa que hubiera ocurrido antes.

Después de una eternidad, su padre habló.

“Siéntate, Nicholas,” dijo heladamente.

Nic permaneció de pie. Ya no se inclinaría ante cada deseo de su padre.

“Me voy, Padre,” repitió. “Nos vamos.”

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

“Pero ella ya se ha ido.”

Las palabras, pronunciadas suavemente, se deslizaron por las venas de Nic, congelando su sangre y deteniendo sus movimientos.

Se volvió lentamente, y su corazón se aceleró de miedo al ver la expresión de satisfacción en el rostro de su padre.

“¿De qué estás hablando?” preguntó en voz baja.

El duque se levantó lentamente, mirando a su único hijo por encima de la nariz, su rostro una mezcla de autosatisfacción y desprecio, sin duda por las acciones de su hijo.

“La sirvienta,” enunció con cuidado, como si hablara con un idiota. “La envié lejos anoche.”

Los ojos de Nic volaron hacia los de la ama de llaves, y supo por la desesperación en el rostro de la mujer que su padre decía la verdad.

Ciara no se había reunido con él en su lugar habitual esa mañana, pero Nic no había pensado nada de ello. No siempre podía escapar de sus deberes.

Su mente comenzó a girar mientras una sensación de náusea amenazaba con ahogarlo.

“¿Qué hiciste?” logró decir con voz ronca.

“Ya te lo he dicho, Nicholas,” dijo su padre fríamente. “Un miembro preocupado del personal me informó que te estabas encariñando con la chica. Así que la hice quitar.”

“Sin embargo, solo interrogaste a la señora Jenkins hoy,” interrumpió Nic mientras su temperamento se encendía. “¿Qué pasaba si tu informante hubiera estado equivocado?”

Su padre simplemente se encogió de hombros.

“Es una sirvienta, Nicholas,” dijo con desdén. “Difícilmente irremplazable.”

“Para mí es irremplazable,” gritó. Aun así, su padre permaneció impasible. “Voy a encontrarla.”

Se giró para irse de nuevo, pero el bufido despectivo de su padre lo detuvo una vez más.

“Buena suerte tratando de encontrarla ahora,” se burló.

El corazón de Nicholas latía con fuerza; luchaba por controlar su respiración.

Sentía como si su mundo se desmoronara a su alrededor.

“No puede haber ido muy lejos,” escupió, girando de nuevo y avanzando hacia el escritorio, pero incluso él podía oír la desesperación en su voz.

“Mis hombres tenían instrucciones estrictas, Nicholas,” dijo el duque con calma, como si estuvieran discutiendo el clima. “La pusieron en un barco hacia Inglaterra esta mañana.”

Nic sintió que todo su cuerpo se enfriaba.

Ciara no tenía nada. Sin dinero, sin educación que valiera la pena.

¿Encontrarse arrastrada de su único hogar conocido y arrojada a un barco hacia Inglaterra?

El estómago de Nic se revolvió al pensar en lo que podría pasarle, sola durante días de viaje, y peor aún, lo que podría pasarle, sin dinero en una tierra que no conocía.

Saltó hacia su padre, se inclinó sobre el escritorio y agarró al hombre mayor por las solapas de su chaqueta.

“¿Cómo pudiste hacer esto?” gruñó mientras el ama de llaves observaba con los ojos muy abiertos.

Lord Barnbury apartó las manos de su hijo de su chaqueta, empujando a Nic en el pecho.

“¿Cómo podría no hacerlo?” replicó, su temperamento finalmente cobrando vida. “Ibas a tirarlo todo por la borda. Convertirte en el hazmerreír. Arrastrar el nombre de esta familia al deshonor. Por una sirvienta, que no podía mantener sus piernas cerradas.”

Nic se lanzó hacia su padre de nuevo, pero el duque sabiamente se apartó de su alcance.

“La olvidarás,” insistió ahora el duque. “Una vez que hayas crecido un poco, te darás cuenta de que hice esto por tu propio bien. Por el bien de esta familia.”

Nicholas quería golpear a su padre, pero ¿cuál sería el punto? El viejo sinvergüenza no valía la pena. Lo único que importaba ahora era encontrar a Ciara.

Tomando un respiro para calmarse, miró a su padre a los ojos.

“Si no la encuentro,” prometió, ahora con voz mortalmente tranquila, su enojo endurecido como piedra. “Nunca más te volveré a ver ni hablar.”

Se giró una vez más y se dirigió rápidamente hacia la salida de la habitación.

“No hay ninguna posibilidad en el infierno de que la recuperes,” dijo su padre. “A ella o al bastardo que llevaba.”

CAPÍTULO UNO

Diez años después

Nicholas frunció el ceño al leer la misiva en su mano.

Normalmente, estaría encantado de recibir noticias de su amigo de toda la vida, el Duque de Montvale.

Especialmente porque Rob escribía para decir que estaba en camino a la ciudad para la temporada.

Hace solo unos años, Robert habría preferido morir antes que acercarse a Londres durante el Mercado Matrimonial.

Pero, como con muchas cosas en estos últimos años, Robert había cambiado.

Su matrimonio con Abigail Langton, la prima de James de América había transformado a Rob de una manera que ninguno de ellos había pensado posible. Abby era una alborotadora de cabello rubio y ojos azules. Pero había devuelto la vida a Robert, y por eso Nic le tendría una gratitud eterna.

Inevitablemente, tan pronto como los pensamientos de Nic se dirigieron a Abby, saltaron directamente a la razón por la que fruncía el ceño en lugar de sonreír ante la noticia de que su amigo venía.

Alison Langton.

Su corazón se aceleró, para su disgusto, al recordar a Alison Langton.

La hermana menor de Abigail había llegado el año pasado desde América para quedarse en Montvale Hall, la residencia principal del ducado de Rob.

Sin embargo, en lugar de ir a Montvale, viajaron a Liverpool a petición de Simon, el Conde de Dashford.

Cuando Simon solicitó la presencia de todos en una fiesta en su casa, Nic pensó que los años de desenfreno y bebida del conde finalmente habían enloquecido su cerebro para siempre. Simon era la última persona en el mundo que voluntariamente albergaría a miembros de la alta sociedad en su hogar.

La curiosidad y la lealtad los impulsaron a asistir, con James posponiendo su luna de miel después de su matrimonio con Senna Baker, para poder asistir.

Como resultó, no fue el desenfreno lo que enloqueció a Simon, sino el amor. Se había enamorado perdidamente de la hermosa ratona de biblioteca Amelia Linchfield. Nic no pudo evitar sonreír al recordar qué pareja tan perfecta había sido la fogosa Amelia para el Diablo de Dashford.

Nic había sido feliz por su amigo, por todos sus amigos. Estaba feliz cuando Abby trajo de vuelta la alegría al Monstruo de Montvale. Estaba feliz cuando Senna sacudió al imperturbable Ángel de Avondale. Y estaba feliz cuando Amelia volvió loco al Diablo.

Lo que absoluta y categóricamente no lo hacía feliz era el hecho de que tendría que ver a Alison Langton de nuevo.

Ella inquietaba a Nic de una manera que nadie lo había hecho antes.

Ni siquiera Ciara.

El corazón de Nic se retorció con un familiar pesar.

Había aceptado su pasado hace mucho tiempo. No lo definía. No lo atrapaba en el duelo como le había ocurrido a Rob.

Pero eso no significaba que no lo reviviera de vez en cuando, que no pensara a veces en lo que podría haber sido, si solo hubiera podido encontrarla a tiempo.

Nadie conocía los secretos del pasado de Nic. Ni siquiera sus amigos más cercanos.

Después de aquella fatídica noche en Barnbury, Nic huyó a Londres tan rápido como fue posible.

La señora Jenkins había confirmado que lo que su padre había dicho era verdad. Ciara estaba embarazada. Del hijo de Nic.

Así que, corrió tras ella. Pero llegó demasiado tarde.

Para cuando llegó a Dublín, el barco que llevaba a Ciara y a su bebé ya había partido.

Durante años recorrió Londres de un extremo a otro. Envió hombres a buscar cada rincón de Inglaterra por Ciara. Irlanda también, en caso de que hubiera logrado regresar a su hogar.

Fue inútil, por supuesto. Ella había desaparecido sin dejar rastro.

En aquel entonces, Nicholas había sido llevado al borde de la locura por la ira, la desesperación y la pérdida.

No podía, no quería aceptar que nunca volvería a ver a Ciara. Que nunca conocería a su hijo.

Nunca regresó a casa. Nunca volvió a ver a su padre, tal como había jurado. Se quedó en Londres y dedicó su dinero, su tiempo, su corazón y su alma a encontrarla.

Y luego...

Nic se apartó de la dolorosa memoria que intentaba surgir.

No.

Nunca se permitía pensar en ello. Y no lo haría ahora. Había sido hace mucho tiempo, y detenerse en ello era inútil.

La única forma en que mantenía su ecuanimidad era recordando a Ciara con cariño. No reviviendo la forma en que descubrió que ella se había ido para siempre, junto con su hijo.

Nic había visto de primera mano la devastación causada por dejar que el pasado controle tu vida, como le había pasado a Rob.

Así que se negó a hacer lo mismo.

Se había vuelto estoico, siempre tranquilo, siempre estable. Nunca dejaba que nada lo alterara. Nunca tenía un temperamento que no fuera uniforme en todo momento.

Dedicó su vida a ayudar a las almas pobres alrededor de St. Giles. Los mismos despojos de la sociedad en el Rookery. Especialmente alrededor de Little Ireland. Un lugar llamado así porque albergaba – y solo podía usar la palabra vagamente – a la gente de Irlanda que había viajado aquí ya sea por elección, pensando ingenuamente que una buena vida les esperaba en las costas de

Inglaterra, o porque no tenían otra opción. Tal vez esperaban que la vida fuera mejor en Londres. Una esperanza equivocada, sin duda.

Aunque Nic había pasado años de su vida en St. Giles, nunca pudo acostumbrarse del todo a la forma de vida allí.

Aunque gastó dinero que habría arruinado a un hombre menos rico que él, nunca pudo hacer una mella en la pobreza y la desesperación que rondaba sobre las cabezas de las almas pobres que vivían allí.

Pero lo intentó. Continuó intentando. Y seguiría intentándolo. Por su propia conciencia, por el recuerdo de Ciara, y porque nadie con un ápice de moralidad podría hacer otra cosa una vez que hubiera visto las profundidades más bajas a las que un hombre, mujer o niño podía hundirse.

Y si por la noche todavía sufría de punzadas de culpa desgarradora, culpa que lo hacía despertar cubierto de sudor y buscando a un niño llorando, entonces esa era su cruz y la llevaría, en la noche tranquila y silenciosa. Sin testigos. Y sin quejas.

Durante el día, mantenía su ecuanimidad con poco esfuerzo.

O lo había hecho.

Hasta Alison Langton.

El año pasado, ella irrumpió en su vida como un hermoso y desconcertante dolor de cabeza.

Nic ni siquiera podía decir por qué lo había afectado tan profundamente, tan rápidamente.

No había vivido como un monje, así que no era como si estuviera falto de compañía femenina.

Y había estado alrededor de más de una mujer hermosa. Así que, aunque ella era una cosa extraordinariamente bonita, no había razón para que su corazón casi se le saliera del pecho la primera vez que la vio. En el breve tiempo que pasó en la finca de Simon, Nic se sintió constantemente inquieto por la presencia de la diminuta rubia.

Observó con creciente irritación cómo los asistentes masculinos salivaban por ella.

Observó con envidia no deseada cómo coqueteaba descaradamente con Simon.

Lo peor de todo fue que Nicholas sabía que, si Simon no se hubiera enamorado perdidamente de la señorita Linchfield en ese momento, no habría tenido ningún problema en seducir a la señorita Langton. No se le conocía como un diablo de lengua suave por nada.

Y la furia que había rugido dentro de Nic ante la mera idea lo había desconcertado y molestado. Quizás incluso asustado un poco.

Y luego estuvo esa noche.

La noche de una cena formal para los asistentes a la fiesta en casa de Simon, donde la encontró sola en el balcón, ¡y ella maldita sea lo besó!

Incluso ahora, el estómago de Nic se tensó con lujuria latente al recordar a la descarada mocosa lanzándose sobre él y presionando esos labios contra los suyos, haciendo que su mundo girara fuera de su eje.

El deseo que atravesó a Nic al contacto con ella lo sorprendió hasta la médula. Fue más allá de cualquier cosa que había sentido antes. Fundido, imparable, incinerándolo.

Ahora, aquí estaba, como una estatua en su propio estudio, temiendo la llegada de la muchacha y cada emoción tormentosa que traería consigo.

Con una maldición apagada, Nic lanzó la misiva sobre la mesa de roble que dominaba su estudio.

¿Qué demonios le pasaba, que permitía que el recuerdo de sus breves encuentros con la chica lo afectaran tanto?

Después de todo, había pasado casi un año desde la última vez que la había visto.

Sin duda, se había convencido de que ella era más atractiva de lo que realmente era. Había conjurado una imagen de perfección de cabello rubio y ojos azules que no existía realmente.

Sin duda, estaba recordando mal el deseo, el interés, la atracción de algo que había sentido en su compañía.

Extraño, dado que ella era todo lo que no le gustaba en una persona; privilegiada, mimada y consentida.

Con su vida dedicada a ayudar a las almas más desafortunadas de Londres, Nic a veces luchaba con el privilegio del mundo al que pertenecía

Pero permanecía en él. Seguía siendo parte de él. Porque la gente de St. Giles y de los barrios bajos de toda Irlanda e Inglaterra no solo necesitaba su caridad, necesitaban una voz en el Parlamento. Y él estaba decidido a ser esa voz.

Por lo general, sabía mejor que nadie que no debía juzgar a otros miembros de la alta sociedad. Muchos de ellos, especialmente las esposas e hijas, estaban involucrados en obras de caridad. Nunca los culpaba por su suerte en la vida, por el privilegio en el que nacieron.

Entonces, era injusto culpar a Alison Langton por eso.

Sin embargo, estar irritado con ella, criticarla, le daba una extraña sensación de seguridad. Una razón para mantenerla a distancia.

Nuevamente, su reacción hacia ella lo desconcertaba. Y si fuera honesto, sabía que probablemente no era peor que cualquier otra joven hermosa de la alta sociedad.

Sin embargo, ninguna de las otras jóvenes hermosas había despertado algo profundamente enterrado dentro de él. Y ese era el problema.

Pero no podía haber sido tan hermosa como él recordaba. Su sonrisa no podía haberle retorcido el corazón de esa manera.

El acelerado corazón de Nicholas se calmó mientras envolvía su control a su alrededor como un manto, reprimía todas y cada una de sus emociones y recuperaba su equilibrio.

Por supuesto, no iba a ser afectado por una joven debutante en el mar de debutantes que se preparaban para pescar maridos en el Mercado Matrimonial.

La temporada estaba a punto de entrar en pleno apogeo. Y Abigail y Robert estaban decididos a lanzar a Alison en medio de ella, según la nota de Rob.

Alison aparentemente había expresado el mismo deseo de quedarse en Inglaterra que su hermana tuvo hace algunos años.

Entonces, difícilmente estaría cerca de un duque estirado como él mismo.

No, ella estaría haciendo que todos los hombres de sangre caliente en las cercanías se enamoraran de ella. Sería tan vivaz, coqueta y superficialmente encantadora como lo fue el año pasado, Nic estaba seguro.

Pero no importaba. ¿No había decidido que no iba a ser afectado por ella?

Que venga y ponga a Londres de rodillas.

Nic había dejado de interesarse en la alta sociedad hace mucho tiempo. Asistía a eventos porque se esperaba de él.

Asistiría al Parlamento porque le debía a la gente no abusar de su buena fortuna de haber nacido un Par. Luchar por los derechos y causas de los pobres y necesitados.

Pero eso era todo en cuanto a ser un miembro de la alta sociedad.

Nunca se casaría. De eso estaba seguro.

Continuaría haciendo lo único que le daba algún atisbo de paz y algo parecido a la felicidad: apoyar financiera y de otras maneras las diversas organizaciones benéficas en las que estaba involucrado alrededor del Rookery de St. Giles y, más específicamente, en Little Ireland.

Y cuando viera a la señorita Langton y se diera cuenta de que su mente la había hecho más hermosa de lo que posiblemente podría ser, recuperaría su famoso equilibrio y seriedad.

Sintiendo mucha más calma de la que tenía cuando leyó por primera vez la carta de Rob, Nic enderezó su corbata y salió de su casa en Mayfair hacia el carruaje que lo esperaba.

Tenía un día ocupado por delante. Y no se dejaría distraer por recuerdos de unos pocos breves encuentros con una mimada joven de la alta sociedad.

CAPÍTULO DOS

"Ally, querida, si acercas más tu cara a la ventana, tu nariz atravesará el cristal."

Alison Langton se volvió para sonreírle a su hermana antes de presionar una vez más su rostro contra la ventana.

No podía evitarlo.

Finalmente, *finalmente* estaba en Londres para la famosa Temporada.

Por supuesto, Alison había hecho su debut en Nueva York, pero incluso Abigail le había admitido que nada se comparaba con la emoción, el boato y el entusiasmo puro de una Temporada en Londres.

Después de haber pasado casi un año en la hermosa pero bastante aislada mansión de Robert en Northumberland, Alison estaba más que lista para dejarse llevar por la emoción de la Ciudad.

No es que el año no hubiera sido emocionante, por supuesto.

La llegada de la hija de Robert y Abigail había causado tanta alegría tanto a sus padres como a su tía, que había sido suficiente para distraer a Alison de pensamientos sobre Londres.

Pero a medida que Charlotte Georgina crecía y la Temporada se acercaba, la anticipación de Ally se agitaba una vez más.

Ella no conocería a mucha gente, pero Abigail le había asegurado que la entrada a los lugares y fiestas adecuadas no sería un problema.

Ella era la hermana de una duquesa, apenas un paso por debajo de la realeza.

"La gente te suplicará que asistas a sus eventos", había dicho Abigail, rodando los ojos.

Abigail encontraba todo eso ridículo. Irónicamente, dado el hecho de que ella misma había convencido a su primo James, el Marqués de Avondale, para que la llevara a Inglaterra para que pudiera disfrutar de una Temporada.

Como resultado, James había llevado a Abigail a hospedarse primero en Montvale Hall, y Abigail se había enamorado desesperadamente de su duque.

Para cuando Abigail había viajado finalmente a Londres para su primera Temporada, ya estaba enamorada y comprometida con Robert.

"Perdió algo de su atractivo", explicó a Alison. "Cuando significaba estar lejos de Robert".

Alison suspiró nostálgicamente mientras atravesaban las bulliciosas calles de Londres.

No debían estar lejos ahora de la casa de Robert. Las calles se estaban volviendo más limpias, menos congestionadas por gente y animales vagando.

Y los edificios parecían hacerse más grandes y blancos con cada giro de las ruedas del carruaje.

Daría cualquier cosa por tener a un hombre que la amara de la manera en que Robert claramente amaba a Abigail.

Sería fácil convencerse de que tal amor era una casualidad, si no hubiera visto la forma en que James miraba a Senna, su esposa desde hace dos años.

O si no hubiera sido testigo de cómo el Conde de Dashford se había enamorado desesperadamente de su ahora esposa, Amelia.

Esa había sido una historia que Alison había presenciado en persona, en lugar de solo escucharla.

Y aunque Amelia había pensado erróneamente que había una atracción entre Alison y Lord Dashford, al final habían encontrado el camino el uno hacia el otro, y Alison había encontrado su primera verdadera amiga en Inglaterra, fuera de su familia.

Esperaba que Amelia y Simon regresaran pronto de su viaje a Roma. Amelia era entusiasta de la arqueología y Simon era un entusiasta de Amelia, lo que significaba que donde sea que Amelia quisiera ir a estudiar artefactos antiguos, Simon lo hacía posible.

Pero se mantenían en contacto a través de cartas, y Amelia le había asegurado a Alison que volverían al menos por parte de la Temporada.

Alison estaba un poco preocupada de que su franqueza y su inevitable americanismo la pusieran en desgracia con la alta sociedad.

Se sentiría mucho mejor teniendo no solo a Abigail, sino también a Senna y Amelia de su lado.

Robert y James no tenían más opción que apoyarla, ya que eran familia. Y Simon había sido amable con ella desde su primer encuentro y, Alison estaba segura, continuaría extendiendo la misma amabilidad.

La única persona con cuya amabilidad ya sabía que no podía contar era la del último miembro del círculo de amigos de Robert; el Duque de Barnbury.

Mientras su mente divagaba hacia el apuesto duque, el corazón de Alison dio un vuelco.

"Guapo" realmente no le hacía justicia, siendo honesta.

Era el hombre más hermoso y masculino que Alison había visto en su vida.

Y Robert, James y Simon no eran exactamente desagradables a la vista tampoco. Pero había algo en el duque de cabello oscuro y ojos azul marino que calentaba la sangre de Alison de una manera que nunca había experimentado antes ni desde entonces.

La primera vez que lo había visto el año pasado, se le había cortado la respiración y durante toda la fiesta en la mansión del Lord Dashford, se había sentido desequilibrada por él.

Lo cual era terriblemente romántico y exactamente lo que había deseado cuando había estado soñando con Inglaterra y todos sus encantos.

La intensa antipatía que había sentido emanar del duque silencioso y solemne había sido bastante menos placentera.

Alison recordaba con vergonzoso detalle el momento exacto en que había conocido a Lord Barnbury.

Todos habían sido invitados a la finca del Lord Dashford en Liverpool, aparentemente para una fiesta en honor a su primo. Ahora sabían, sin embargo, que toda la fiesta había sido organizada para que Simon pudiera pasar tiempo en compañía de Amelia.

Ella había entrado en el hermoso salón de la casa señorial de Simon, mirando a su alrededor con ojos curiosos, y habían aterrizado en el hombre más impresionantemente guapo que había visto

en su vida.

Con mucho más de un metro ochenta de altura, era un gigante en comparación con su propio metro sesenta y tres.

Sus anchos hombros estaban envueltos en una súper fina chaqueta azul marino, y se le secó la garganta cuando se dio cuenta de que la chaqueta tenía exactamente el mismo tono que sus ojos. Tenía pestañas por las que cualquier dama mataría, gruesas y negras, y su cabello castaño brillaba bajo el sol de la tarde.

Alison sabía que estaba mirando fijamente de manera bastante embarazosa, pero no podía evitarlo. Sus ojos bebieron la mandíbula cincelada, la fuerte barbilla, el pecho sólido bajo su camisa blanca como la nieve.

Ella había estudiado descarada y completamente cada centímetro de él, hasta las brillantes botas Hessian.

Pero cuando sus ojos volvieron a subir y chocaron de repente con los suyos, su aliento se cortó por una razón muy diferente.

Al principio, su mirada había centelleado con algo tan abrasador que Alison sintió como si la mirada le quemara la piel. Pero al instante siguiente, pareció hostil, casi como si su mera presencia lo hubiera enfurecido.

Ella se había quedado sintiéndose desconcertada y sacudida por la mirada y, más tarde, cuando finalmente fueron presentados, él había sido fríamente educado y nada más.

De hecho, por el resto del tiempo de Alison en Dashford, no había sentido más que antipatía por parte del serio duque.

Cualquier locura que la hubiera invadido en la noche de la cena, la noche en que había decidido que su primer beso sería con el sombrío duque, solo había servido para hacer que él la despreciara aún más.

Por un breve, maravilloso y trascendental momento, él le había correspondido el beso. Estaba bastante segura de eso.

Aunque él la había apartado suavemente, pero con firmeza, la había mirado como si ella hubiera enloquecido, aunque no había dicho una palabra antes de que se diera la vuelta y huyera, sin hablarle de eso ni de nada en realidad después, Alison sabía que él le había correspondido el beso.

Lo sabía porque casi todas las noches desde entonces, había vuelto a vivir ese momento repetidamente en su tonta mente.

La había emocionado el encuentro, habiendo pasado toda la noche reuniendo el valor para hacerlo.

Según ella, había venido a Inglaterra para tener un romance épico con un apuesto lord inglés, y estaba impaciente por comenzar

En retrospectiva, probablemente habría sido mejor al menos darle una pista al hombre sobre lo que quería antes de atacarlo.

Pero cuando él la encontró en el balcón, a la luz de la luna, parecía el destino.

Cuando él huyó después, sintió decididamente menos como destino y más como si ella fuera algún tipo de depredador.

Después, Alison supo que cualquier ligera chispa de simpatía que él pudiera haber sentido por ella había sido completamente apagada.

Aunque nunca dijo nada grosero hacia fuera, para ser justos.

Y por lo que todos decían, algo más que cortesía y caballerosidad del apuesto par no era escuchado.

Eso significaba que cualquier negatividad que él sentía hacia Alison estaba reservada solo para Alison.

Eso había sido difícil de digerir, y a Alison le habría gustado decir que eso la había curado de su infatuación con el hombre, pero tristemente lo había hecho más irresistible.

Aunque la hacía parecer increíblemente presumida, el hecho era que Alison no estaba acostumbrada a no conseguir lo que quería.

Incluso con sus padres, que tenían poco tiempo para cualquiera de sus tres hijas, Alison había sido consentida más que Abigail y su hermana menor, Beth.

En Nueva York era tratada como la realeza por matriarcas, halagada y adulada por dandies.

Nunca realmente encontró alguien a quién no le gustara...

El carruaje repentinamente se sacudió, trayendo de vuelta a Alison de sus pensamientos errantes.

La hija de seis meses de Abigail se revolvió, y ambas señoras inmediatamente se pusieron en atención.

Pero el bebé se instaló una vez más en los brazos de su madre, y regresó a su profundo y firme sueño.

"Ah, aquí estamos."

Alison se giró para contemplar la fachada de estuco blanco de la casa de Robert.

Era enorme y hermosa, como Alison sabía que sería.

Robert era duque, después de todo. Y rico como Creso.

"La casa de James está al otro lado del parque," dijo Abby mientras la carreta se detenía. "Y la de Simon está a un corto paseo de la de James."

La puerta se abrió, y un lacayo se apresuró a colocar un taburete en la abertura.

"Y la de Nic," Abby continuó. "Está justo allí."

Ella señaló a otra casa igualmente grande y hermosa a solo unos pasos de donde estaba su carruaje.

Lord Barnbury era, por supuesto, duque también. Aunque su ducado estaba en Irlanda, Abigail le había informado a Alison que nunca se iba a casa. Ni siquiera cuando su padre falleció.

"Así que, ¿él vive aquí en Londres todo el año?" preguntó Alison, manteniendo su tono casual.

"Supongo que sí. Nicholas nunca es particularmente abierto sobre lo que hace. Él es una persona muy privada."

Ali no quería presionar a su hermana. Tampoco quería revelar su insensata infatuación, pero no pudo evitar hacer preguntas.

"¿Y él siempre es tan... serio?"

Abigail sonrió.

"Robert dijo que solía ser bastante diferente. Según él, Nic era tan despreocupado como James e incluso Simon en sus días, aunque quizás no tan mal comportado como Simon," se rio. "Hasta hace unos diez años. Él dijo que un día, Nic regresó de Irlanda y era una persona completamente diferente. Ninguno de ellos nunca supo por qué, y él nunca lo dijo. Pero no les dice nada sobre su vida, no realmente. Robert dijo que no hay mucho que contar. Él los ha mantenido a todos en línea cuando ha sido necesario. Siempre ha sido el más sensato y equilibrado de todos. Vive una vida tranquila y sin incidentes."

Alison estaba más que intrigada y absorbía la información sobre el misterioso duque.

Pero no sería bueno que su hermana supiera lo fascinada que estaba incluso con este fragmento de información. Abby la molestaría sin piedad.

"Dios mío, ¡qué aburrido!," dijo Ally bromeando, con la esperanza de no levantar sospechas.

En cualquier caso, él *sonaba* aburrido. Las posibilidades eran que ella lo había hecho mucho más interesante en su cabeza de lo que realmente era.

"Qué viejo y aburrido. Espero que los otros caballeros que conozca sean más interesantes que Lord Barnbury."

"Estoy segura de que lo serán."

Alison jadeó y giró la cabeza hacia la puerta abierta al sonido de una voz masculina.

"Oh, no," susurró mientras contemplaba los hombros gigantes, los ojos azul marino brillantes, la expresión severa.

El Duque de Barnbury estaba allí de pie, rígido como una estatua y mirando fijamente hacia el carruaje.

Y no estaba impresionado.

CAPÍTULO TRES

Ella era aún más hermosa de lo que recordaba.

Aunque Nic se había convencido de que su mente había suavizado las imperfecciones, haciéndola más increíblemente hermosa de lo que podría ser, resultó que su imaginación no había sido capaz de hacerle justicia a la señorita Alison Langton.

Ella era, en realidad, mucho más hermosa de lo que su mente limitada le había concedido.

Su cabello, aunque recogido bajo un sombrero de paja, brillaba como oro bajo el sol de verano.

Nic sintió un indeseado apretón de deseo al ver esos condenados labios besables formar un sorprendido "oh".

Sus mejillas se sonrojaron, sus asombrosos ojos azules se agrandaron, y aunque hubiera asumido que estarían llenos de vergüenza o remordimiento por haber sido sorprendida hablando tan mal de un duque, brillaban en su lugar con una picardía que le crispaba los nervios.

Quizás no había recordado su belleza con precisión, pero ciertamente había acertado sobre su irritante falta de decoro y su naturaleza traviesa.

Sus ojos se dirigieron a Abigail, quien miraba preocupada a Nic, antes de volver a posarse en la señorita Langton.

Nic sintió el profundo ceño fruncido en su rostro, pero era incapaz de quitárselo.

Cada cosa de esta mujer lo molestaba, y por primera vez en su vida, no tenía reparos en hacerle saber ese hecho.

Pero en lugar de bajar la mirada con modestia o parecer de alguna manera arrepentida, ella levantó el mentón y una llama azul de desafío brilló en sus ojos.

"Nic, es bueno verte, amigo."

Nicholas se volvió al sonido de la voz de Robert.

Aunque ya había pasado un par de años desde que Rob conoció a Abigail, el cambio en su amigo todavía sorprendía a Nic.

Había desaparecido la mirada atormentada en los ojos grises de Rob. Había desaparecido el aire de dolor y desesperación que siempre parecía rodear al duque, ahogándolo en su opresión.

Ahora, el rostro de Robert estaba lleno de sonrisas más a menudo.

Y las ojeras bajo sus ojos eran, Nic estaba seguro, producto de la llegada de la pequeña Lady Charlotte más que del pasado de Robert manteniéndolo en sus garras.

"Ah, el nuevo padre. Estaba a punto de saludar a Abigail y conocer a Lady Charlotte." Nic estrechó la mano extendida de Rob, dándole una palmada en la espalda y ofreciéndole una sonrisa genuina.

No mencionó a la otra ocupante del carruaje.

La ocupante con los labios besables, aunque extremadamente molestos.

Robert pasó alrededor de Nic y extendió una mano para ayudar a las damas.

Nic debería haberlo hecho, por supuesto.

Pero había sido convertido en una estatua, primero por el sonido de los insultantes comentarios de Alison Langton, y luego por la visión de ella sentada allí, adornada en terciopelo azul.

Parecía ser el epítome de la gracia social y la inocencia. Nic estaba seguro de que era cualquier cosa menos eso.

Sacudiéndose de sus pensamientos distraídos, Nic se volvió a tiempo para ver a Robert tomar a su hija de los brazos de Abigail y volverse para enfrentarlo, su rostro estampado con orgullo paternal.

"Aquí está," dijo, con una voz llena de un asombro que solo los padres parecen ser capaces de producir, y solo cuando hablan de su descendencia.

La lanza de dolor que atravesó a Nic al ver a la bebé lo tomó por sorpresa.

No era frecuente que experimentara el dolor de su pérdida. Si lo permitiera, lo consumiría.

Y así, simplemente no lo permitía.

Pero allí, mirando al perfecto rostro de la bebé dormida, no pudo evitar que su mente se dirigiera a un lugar del que desesperadamente trataba de protegerla.

¿Habría sido su propio hijo tan pequeño como esta?

¿Habría crecido para ser un dulce pequeño diablillo como la pupila de James, Poppy?

Estas eran preguntas que nunca se permitía hacer.

Sin embargo, allí estaba, preguntándose lo mismo.

"Lottie, conoce al tío Nic."

Nic rápidamente se recompuso a tiempo para primero inclinarse y darle un rápido beso en la mejilla a Abigail, ignorando obstinadamente a su hermana, antes de extender los brazos para que Rob le pasara al bebé.

A su alrededor había bullicio.

Los sirvientes corrían dentro y fuera de la casa de estuco blanco llevando baúles y siguiendo las órdenes del mayordomo supervisor.

Nic apenas escuchó nada de eso.

Miró al perfecto rostro de la bebé dormida, y algo se rompió en su corazón.

Estaba verdaderamente feliz por su amigo. Se sentía verdaderamente privilegiado de ser considerado un tío para Lottie, y Poppy, y cualquier otro niño que pudiera llegar en su pequeño círculo.

Pero él nunca experimentaría la paternidad.

Nunca querría.

Y esa decisión, una decisión tomada en el pasillo oscuro y húmedo de otro tugurio de Rookery, nunca había sido una que lamentara. Más que eso, era una decisión en la que nunca pensaba.

Sin embargo, al igual que las preguntas que se había hecho momentos antes, el pensamiento que

tuvo mientras sostenía a Lady Charlotte Forsythe no sería silenciado.

¿Qué tipo de padre habría sido para el niño que nunca tuve la oportunidad de conocer?

Antes de que sus emociones pudieran hacerse notar de manera tonta, Nic tomó un respiro estabilizador y sonrió a los padres orgullosos.

"Es perfecta," dijo simplemente. "Debe haberlo heredado de su madre."

Rob rio, su brazo rodeando la cintura de su esposa.

"No tengo ninguna duda de que así es," respondió fácilmente. "Ciertamente, su belleza proviene del lado Harrington de la familia. Solo no se lo digas a James, o nunca terminaremos de escucharlo."

Nic rio.

"Él no lo escuchará de mí," dijo. "Cuando llegue a la ciudad, puedes decirle tú mismo cuánto admiras esa bonita cara suya."

Charlotte se movió, y Abby dio un paso adelante para tomarla de Nic.

"Pronto querrá comer," dijo, sin saber o sin importarle que, normalmente, las duquesas no hablaban de esas cosas con los caballeros.

"Iré contigo."

Los ojos de Nic volaron a la señorita Langton, a quien había estado ignorando deliberadamente.

"Acabas de llegar a Londres, Ally. Difícilmente querrás encerrarte en la guardería conmigo. Mejor será que obtengas todos los últimos chismes de Nicholas." Ella sonrió.

Los ojos de la señorita Langton volaron a los de Nic, y él trató de no notar las motas de plata en sus brillantes profundidades azules.

Nic se mordió la lengua para no decirle groseramente que no quería su compañía.

Sabía que estaba frunciendo el ceño otra vez.

Y sabía que, si no dejaba de hacerlo, Robert lo notaría.

Y si Robert lo notaba, entonces se lo diría a James.

Lo último que Nic necesitaba era que tanto el cuñado como el primo de la chica tuvieran un problema con él.

Porque le harían preguntas a las que simplemente no podría responder.

Nic no sabía por qué le desagradaba tanto la pequeña rubia.

No sabía por qué reaccionaba tan visceralmente a su mera presencia.

Sus palabras en el carruaje habían sido mordaces, pero él no era una debutante melindrosa alterada porque alguien no le gustaba.

Aunque, debía conceder, era raro que a alguien no le agradara.

Podría no despertar la adoración que James tenía, pero ciertamente nunca había molestado ni ofendido a nadie.

Pero ahora, estaba tentado a hacerlo.

En cualquier caso, la señorita Langton lo salvó de ser grosero o de tener que soportar su compañía.

"Creo que la recepción en la guardería será más cálida que la que estoy recibiendo aquí," bromeó descaradamente.

Luego dirigió su mirada hacia él una vez más.

"Lamento que haya escuchado lo que dije antes, su excelencia. Sobre que es un aburrido anticuado."

Nic podría haberle retorcido su delgado cuello al escuchar el resoplido de diversión de Rob.

"Está bien, señorita Langton," forzó a través de los dientes apretados. "Estoy seguro de que todos decimos cosas que no queremos a veces."

Su tono era irritantemente condescendiente, incluso para sus propios oídos.

Observó con aprensión cómo una chispa de travesura brilló en sus expresivos ojos.

"Oh, lo dije en serio," dijo con desgano. "Simplemente lamento haber sido atrapada."

Solo pudo observar mientras ella giraba y subía rápidamente los escalones hacia la casa, con sus faldas de terciopelo azul ondeando detrás de ella.

CAPÍTULO CUATRO

“¿Quieres decirme de qué iba todo eso?”

Nic suspiró mientras tomaba el vaso de brandy que Rob le ofrecía y se sentaba en una silla del estudio.

Cuando la única reacción de Robert ante el comportamiento de la señorita Langton había sido ofrecer una bebida, Nic había pensado que el asunto quedaría zanjado.

Claramente, eso era un pensamiento ilusorio.

Otro punto negativo contra la debutante desafiante.

“¿A qué te refieres?” esquivó.

Rob simplemente levantó una ceja y esperó.

Nic podía quedarse allí y enfrentar la mirada de su amigo, pero sabía que Robert merecía una explicación de algún tipo.

El problema era que no tenía una que dar.

No una que tuviera sentido, en cualquier caso.

“He conocido a Alison durante un año, y solo la he visto ser invariablemente amable con la gente. Le gusta todo el mundo”, continuó Rob. “Es peor que Abby con sus buenos ánimos.”

Nic no pudo evitar sonreír al ver cómo algo del viejo monstruo antisocial que era su amigo se hacía presente.

“En general, se considera que un buen ánimo es algo *positivo*”, dijo Nic con tono lánguido, momentáneamente distraído.

“Soy consciente de eso”, Rob frunció el ceño. “Es solo que... es mucho. Mucho de cantar y reír y *flores*.”

“Todos sabemos que las flores son culpa tuya”, interrumpió Nic. “Es terriblemente romántico, según Abigail, Senna y Amelia. Así que solo tienes a ti mismo para culpar en ese aspecto.”

Nic no podía pretender entender la importancia de las flores silvestres en el matrimonio de Rob.

Todo lo que sabía era que desde que Abigail había llegado por primera vez a Montvale Hall, siempre estaba lleno de ellas, y Rob y Abigail eran positivamente nauseabundos cada vez que surgía el tema en la conversación.

Incluso ahora, los ojos de Rob se estaban suavizando.

Nic generalmente no se molestaba.

Hoy, lo irritaba.

Otra novedad.

Y estaba inclinado a culpar a Alison Langton por esto también.

“Sí, bueno, sea como sea, fui un bastardo gruñón durante tanto tiempo que una abundancia de alegría todavía me irrita de vez en cuando”, dijo Rob ahora. “Me alegra que Alison esté decidida a encontrar un marido esta Temporada. Así solo tendré que lidiar con una rubia descaradamente feliz.”

El sentimiento de... bueno, *algo* desagradable que se disparó dentro de Nic al mencionar al futuro esposo de Alison Langton lo hizo sentir tan incómodo que se obligó a ignorarlo.

“Dos, si cuentas a Lottie”, bromeó Nic.

“Bueno, ella heredó la belleza de su madre, gracias a Dios”, respondió Rob. “Pero espero que al menos adquiera algo del carácter de su padre.”

Nic resopló con incredulidad.

Robert adoraba a su esposa. Todos lo sabían. Nic sabía que nada haría más feliz a su amigo que una hija igual a su madre en todos los aspectos.

“De todos modos, incluso si Lottie termina siendo tan vivaz como su madre, eso todavía me dejará con dos en lugar de tres a las que cuidar. Ya ha sido una tarea bastante difícil mantener alejados a los dandy de Northumberland de mi puerta. En el Mercado Matrimonial, no tengo ninguna esperanza en el infierno de mantenerlos alejados de golpear la puerta.”

Esa sensación incómoda y desagradable volvió a surgir dentro de Nic, y terminó su bebida de un solo trago antes de moverse para rellenar su vaso.

“¿Te estás volviendo blando?” preguntó con una ligereza que no sentía del todo. “¿Perdiendo tu toque? Recuerdo una época en que la gente estaba demasiado aterrorizada para golpear la puerta del Monstruo de Montvale.”

Rob puso los ojos en blanco ante el apodo mientras se adelantaba para rellenar su propio vaso.

“Todos sabemos que el amor nos convierte en héroes o en tontos”, dijo. “Un rostro bonito puede llevar a un hombre a la locura. Y el de Alison es más bonito que la mayoría.”

¿Más bonito? Si ella fuera simplemente bonita, Nic no estaría teniendo este problema.

Era hermosa. Desgarradoramente hermosa.

“Ella está decidida a casarse. Y Abigail está decidida a ayudarla. Lo que significa que no tengo más opción que dejarlos venir con sus estúpidas poesías y flores insípidas.”

Rob se estremeció, y Nic sintió una chispa de simpatía por su amigo.

Podía imaginarse cómo serían. Porque Rob decía la verdad. Alguien que se parecía a Alison Langton y tenía conexiones tanto con el Duque de Montvale como con el Marqués de Avondale tendría que enfrentarse a ellos en grandes cantidades.

Si pudiera soportar estar cerca de la chica, disfrutaría viendo tanto a Robert como a James lidiar con ellos.

Pero por su cordura, no estaría cerca más de lo absolutamente necesario.

“De todos modos, pregunté qué pasaba entre ustedes dos afuera.”

“No pasa nada”, respondió rápidamente Nic. “Claramente no tiene una alta opinión de mí. Sucede.” Se encogió de hombros.

“No sucede”, respondió Rob. “No contigo. Nadie ha dicho una palabra negativa sobre ti en todos los años que nos conocemos.”

Si no cuentas a mi padre, pensó Nic, aunque mantuvo el sentimiento para sí mismo.
Sus amigos no sabían nada de su pasado con su padre. Ni lo sabrían.
Hablar de todo eso solo serviría para hacerlo real.
“Bueno, siempre hay una primera vez para todo”, dijo con indiferencia fingida.
“Y a ti tampoco te gusta ella”, continuó Rob con cuidado.
Los ojos azules de Nic se encontraron con los de Robert.
“¿Por qué dices eso?” preguntó, su corazón palpitando

“Te conozco, Nic. Puede que no sepa qué haces cuando te escondes de un extremo del día al otro. Puede que no sepa a dónde desapareces cuando termina el Parlamento y la Ciudad se vacía de todos excepto de ti. Pero te conozco. Y no te gusta ella.” Hizo una pausa por un momento.
“¿Por qué?”

Nic suspiró, sintiendo cómo comenzaba a latirle la cabeza.

“No lo sé, Rob”, respondió finalmente. Con sinceridad. “Es mimada. Demasiado bonita para su propio bien. Manipuladora. ¿Sabes que casi arruinó las cosas entre Simon y Amelia?”

“Simon y Amelia casi arruinaron las cosas entre Simon y Amelia”, contrarrestó Rob. “Y cualquiera de ellos te lo diría. Además, Amelia y Alison son mejores amigas. Y Simon ni siquiera nota a una mujer que no sea su esposa.”

Nic sintió cómo crecía su frustración.

¿Por qué su amigo no podía ver lo problemática que iba a ser Miss Langton?

Nic podía sentirlo en la mocosa. Era un problema.

"Puede que esté mimada, lo admito," continuó Rob. "Tan mimada como cualquier chica Langton podría estarlo con los padres que tuvieron, en cualquier caso."

Nic frunció el ceño, preguntándose sobre ese comentario críptico, pero Rob no había terminado.

"Y no puede evitar cómo se ve, Nic," continuó suavemente, destacando lo insensato que sonaba Nic al quejarse de eso. Como si la chica fuera tan hermosa a propósito para molestarlo.

"Nunca te había visto así. Y me pregunto por qué."

Nic suspiró una vez más.

"Ya te lo dije," respondió mordazmente, inusualmente irritable, inclinando la cabeza y pellizcándose el puente de la nariz. "No lo sé."

Esperaba que Robert le gritara. Quizás incluso amenazara con hacerle daño físico.

Pero cuando no hubo más que silencio, levantó la vista para ver a su amigo sonriendo

enigmáticamente.

"Ya veo," dijo Rob de manera críptica.

¿Vio? Nic se rio sin humor para sí mismo.

Fuera lo que fuera que Rob veía, Nic no lo veía ni por asomo. Y no le preguntaría a qué se refería Robert porque sospechaba que no le gustaría la respuesta.

Le esperaba un largo verano.

***

“¿Por qué te escondes de Nicholas?” Abigail preguntó por centésima vez.

“No me estoy escondiendo. De él o de nadie,” Alison respondió por centésima vez.

La terquedad de Abigail era famosa.

La de Alison era peor.

Y no iba a dejarse provocar para decir algo comprometedor sobre el formidable duque.

Había sido más que desafortunado ser sorprendida diciendo cosas tan descorteses sobre él.

Ni siquiera eran ciertas; ese era el problema.

Alison no encontraba al Lord Barnbury aburrido. De hecho, era todo lo contrario. Estaba fascinada por él.

¿Por qué era tan serio? ¿Por qué estaba soltero siendo casi ridículamente apuesto? ¿Por qué la despreciaba tanto?

No podía ser por lo que había dicho sobre él.

Él la había despreciado mucho antes de eso.

Desde el momento en que se conocieron en Dashford, había sentido su aversión emanando de él en oleadas.

Para alguien que siempre había sido tratada bien, incluso mimada, por todos los que conocía, había sido bastante desconcertante.

Cada vez que lo miraba —y lo miraba mucho— él estaba frunciendo el ceño.

Y cuando había intentado conversar con él, había sido tan directo que rozaba la grosería.

Esto no le preocuparía tanto si no siguiera escuchando de todas partes lo educado, encantador y respetuoso que era el incomparable Duque de Barnbury.

Aparentemente, con todos menos con ella.

Alison se había sentido tan incómoda al respecto que había rogado a Robert que regresaran a Montvale después de la boda de Amelia con Lord Dashford.

Tenían la intención de viajar a Londres para que Alison pudiera familiarizarse con el lugar antes de la Temporada de este año.

Pero al enterarse de que el Duque de Barnbury nunca regresaba a Irlanda y en su lugar pasaba casi todo su tiempo en la capital, Alison había querido regresar a Montvale y esconderse del hombre.

Ella misma se había molestado con la solicitud, nunca habiendo sido del tipo de huir antes. Y tan pronto como regresaron a Montvale, se sintió completamente tonta.

Habiendo pasado el último año convenciéndose de que había malinterpretado lo extraña que se sentía en presencia de Lord Barnbury, lo afectada que estaba por esos ojos azul marino y esos hombros anchos, su reaparición fue algo chocante.

El ceño fruncido, sin embargo, no lo fue. Tampoco su desafortunada reacción hacia él.

Quería odiarlo tanto como él claramente la odiaba a ella.

Sin embargo, lo había observado con Lottie, y su corazón había dado un vuelco al ver esos grandes brazos fuertes sosteniendo a su pequeña sobrina.

Quizás solo porque lo había estado observando tan de cerca, pero Alison estaba segura de haber visto un destello de desolación en sus ojos mientras miraba al precioso bebé.

Aunque cuando había vuelto a mirar a Rob y Abby, sin mirarla a ella, parecía una vez más perfectamente controlado.

Podría haberlo imaginado, supuso.

Según todos, su gracia manejaba a todos y todo con perfecta ecuanimidad.

Parecía que ella era la única destinataria de algo que no fuera una perfecta cortesía controlada.

E inevitablemente, cuando Alison percibía un desafío, quería ganarlo.

Abigail estaba parloteando, hablando sobre las invitaciones que ya habían llegado, las citas que había hecho con modistas y sombrereros y una plétora de otras personas necesarias para que Alison fuera un éxito.

Alison solo escuchaba a medias.

Su mente estaba llena de pensamientos sobre el duque.

Parecía decidido a despreciarla, a evitarla.

Y eso la hacía determinada a descubrir por qué.

Por lo general, conseguía lo que quería.

Y, decidió, que las respuestas del enigmático duque no serían una excepción.

CAPÍTULO CINCO

“¿Siempre son así estas fiestas?”

Alison prácticamente tuvo que gritarle a su hermana para que la oyera por encima del estruendo en el salón de baile de Lady Freeman.

Su primer evento social, solo un día después de haber llegado a Londres, estaba abarrotado.

“Es porque la gente acaba de llegar a la ciudad,” le aseguró Abigail. “Nunca escogería un evento como este para asistir porque Lady Freeman tiene la terrible costumbre de invitar a todo ser con pulso. Pero queríamos que te vieran, querida. Y este es el mejor lugar para eso.”

Alison volvió a mirar la multitud en constante crecimiento.

Ciertamente había muchas personas para ser vistas.

Las observó a todas, con sus ojos encontrándose con más de una mirada insolente.

Los hombres en Nueva York habían sido igualmente atrevidos, y también lo había odiado entonces.

A juzgar por los ceños fruncidos y los murmullos de Robert, a él tampoco le gustaba particularmente.

“Cariño, ¿por qué no vas a ver si ha llegado Nic?” Abigail le sonrió a su esposo.

Alison observó con fascinación envidiosa cómo la expresión de Robert pasaba de asesina a adoradora al mirar a su esposa.

“No voy a dejarte sola,” dijo, levantando la mano para acariciar la mejilla de Abby con los nudillos.

Era un momento íntimo, pero Alison hacía mucho tiempo que había dejado de sentirse incómoda alrededor de la pareja.

Eran así juntos, siempre.

Y no eran los únicos.

James y Senna apenas podían mantener las manos alejadas el uno del otro, y Simon constantemente parecía querer devorar a su esposa en el acto.

Alison siempre había creído que los señores ingleses eran reservados y fríos, incluso mojigatos.

Sin embargo, el círculo de Abigail desafiaba las restricciones que la Sociedad intentaba imponer a los esposos y esposas.

Todos eran afectuosos.

Sabía que Robert y Abigail no dormían en habitaciones separadas y estaba segura de que ninguno de los otros lo hacía tampoco.

La manera en que James y Senna mimaban a Poppy ciertamente no coincidía con los padres tradicionales de la alta sociedad.

Y en cuanto a Abby y Rob con Lottie, tuvieron que ser alejados del bebé esta noche y parecían pasar todo su tiempo adorándola.

Alison también la adoraba, por supuesto.

La mejor parte de venir a Inglaterra había sido quedarse con Abigail durante su embarazo y luego conocer a la pequeña Lottie.

Y también se había acercado mucho a Abby. Más de lo que jamás habían estado en casa bajo la mirada desaprobadora y desinteresada de sus padres.

“Me da miedo dejar a las dos solas, no sea que los lobos desciendan,” dijo Robert en tono oscuro, espantando a uno de esos lobos con su famosa mirada.

“¿Y quién entre ellos sería lo suficientemente valiente como para arriesgarse a la ira del Monstruo de Montvale?” bromeó Abigail con picardía. “En serio, mi amor. Si no te vas, nadie se acercará a Alison. Los asustarás a todos.”

“No veo por qué eso es necesariamente algo malo,” argumentó Rob.

“Bueno, llámame anticuada, pero preferiría que mi hermana tuviera la oportunidad de hablar con un hombre antes de decidirse por él como esposo.”

Robert parecía dispuesto a discutir de nuevo, pero luego suspiró con cansancio.

“Está bien. Iré a ver si ha llegado Nic. Alison, por favor, mantén tus sentidos alertas.”

Alison asintió obedientemente, reservando su sonrisa para cuando su cuñado sobreprotector ya se había marchado.

“Honestamente, ¿qué cree que haré de tan tonto?” le susurró a Abby en cuanto se despejó el camino.

“¿Quién sabe?” Abby se encogió de hombros. “En verdad, él apenas ha pasado más tiempo en la Sociedad que tú. Para cuando vine a Londres para mi Temporada, ya estábamos comprometidos. Antes de eso, no se le habría visto ni muerto cerca de la ciudad a menos que tuviera negocios en el Parlamento. El año pasado, como sabes, pasamos más tiempo en Dashford que en Londres.”

Abigail miró con cariño a su esposo, que era al menos una cabeza más alto que casi todos los demás hombres en la sala.

Luego se volvió hacia Alison.

“Entonces, todo esto es bastante nuevo para él. Creo que en secreto está disfrutando ser un hermano mayor.”

Los ojos de azul aciano de Abigail, tan parecidos a los de Alison, de repente se oscurecieron, y Alison recordó la trágica historia del ahogamiento de la hermana de Robert.

Odiando ver la tristeza opacar los ojos de su hermana, Alison alcanzó dos copas de champán de la bandeja de un sirviente que pasaba.

“Entonces, tal vez debería portarme mal, solo un poco, para que él tenga la experiencia completa de ser un hermano mayor quisquilloso.” Sonrió.

Chocando su copa contra la de Abby, Alison rio ante la expresión de deleite travieso de su hermana.

Era hora de causar una impresión en la Sociedad londinense.

***

Nicholas frunció el ceño desde el otro lado del salón de baile; su humor estaba más oscuro de lo que había estado en años.

Bueno, no, eso no era estrictamente cierto.

En un año.

Desde la última vez que la mera presencia de Alison Langton lo había vuelto loco, para ser preciso.

Casi no había venido al baile esta noche. Pero le había prometido a Rob, y Nicholas nunca había decepcionado a nadie en su vida. No desde Ciara y su hijo.

Pasó toda su vida sin decepcionar a la gente. O al menos intentando no hacerlo.

Y así, se había armado con el recordatorio de que no era el tipo de hombre que se distraía con una cara bonita o una boca inteligente y entró en el salón de baile.

El segundo en que Nic vio a Alison Langton adornada con satén blanco, luciendo como un ángel, sintió esa extraña sensación que había sentido antes revolverse dentro de él. Una sensación que eligió ignorar porque, se recordó una vez más, no era el tipo de hombre que se distraía con una cara bonita o una boca inteligente.

Llevaba un rato allí y aún no había buscado a su amigo.

En su lugar, se había deslizado dentro, negándose a ser anunciado, queriendo evitar el inevitable alboroto.

Ser un duque, y uno soltero de menos de noventa años, tenía sus desventajas.

Aunque Nic pasaba todo su tiempo ahora en Londres, tratando inútilmente de calmar la culpa dejada por errores pasados, aunque visitaba los peores, más depravados y traicioneros abismos de la humanidad que Londres tenía para ofrecer, ningún lugar era más peligroso para un Par soltero con bolsillos profundos que la ciudad en medio del Mercado Matrimonial.

Enterrándose en una esquina, tanto como un hombre de más de un metro ochenta de altura podía enterrarse, Nic permitió que sus ojos azul marino escanearan el salón de baile.

Estaba abarrotado.

"Había gente por todas partes. Gritos de risa, gritos de saludo, y las heroicas melodías de una orquesta tratando de hacerse oír sobre la cacofonía llenaban la habitación.

Y en medio de todo eso, la mirada de Nic la buscaba a ella.

Y cuando la encontró, su estado de ánimo no mejoró.

Ella era hermosa. Etérea incluso. Él lo sabía, y ella también.

La observó mientras reía con su hermana.

Vio cómo las lenguas comenzaron a moverse a su alrededor, ignorando la rabia ardiente que eso le inducía.

Nic nunca sentía una rabia ardiente. Se cuidaba de no sentir demasiado de nada.

Pero tenía que admitir, para él al menos, que las miradas lascivas dirigidas a la señorita Langton lo estaban agotando más que la mayoría de las cosas.

De repente, vio a Rob abriéndose camino entre la multitud hacia él.

Nic no pudo contener su sonrisa mientras la alta sociedad se apartaba del camino del Monstruo de Montvale.

Rob no podía ser más diferente del hombre que había sido antes de Abby, pero incluso después de eso, aún podía sacar un ceño de desagrado para asustar hasta al alma más valiente.

"Pareces tan feliz de estar aquí como yo," Nic dijo como saludo, mientras Rob le estrechaba la mano brevemente y luego se daba la vuelta para contemplar la multitud.

"Solía pensar que me hubiera gustado llevar a Gina a Londres para su primer debut," Rob respondió oscuramente como respuesta.

Era otro testamento del cambio en el joven duque que hablara libremente de la hermana cuya muerte lo había convertido en el monstruo que había sido.

"Pero tener que lidiar con el baboseo sobre Ally está demostrando que esa noción particular es errónea. Si logro pasar la Temporada sin disparar al menos a cinco de estos pequeños cachorros, será un milagro."

El sentimiento de Rob coincidía con el propio Nic, aunque por supuesto, no podía confesar tal cosa.

En cambio, necesitaba hacer lo que mejor hacía: ser calmado, razonable, y sensato.

"La trajiste aquí para que pudiera tener una Temporada," le recordó Nic suavemente a Rob. "Esto es exactamente lo que querías. Debiste haber sabido que ella sería una sensación."

Rob gruñó una maldición bajo su aliento.

"Lo sabía," suspiró. "No soy ciego. Pero... bueno, mira."

Nic no necesitó que le pidieran dos veces.

Volvió sus ojos hacia la señorita Langton, ahora rodeada por un verdadero mar de caballeros.

Una vez más, su ira intentó brotar. Una vez más, la reprimió sin piedad.

"Tendrás mucho trabajo, de eso no hay duda." Su voz sonaba tensa incluso para sus propios oídos.

Afortunadamente, Rob no parecía notarlo.

"Debemos tener cuidado aquí, Nic," Rob dijo, un poco desesperadamente. "Ally es joven. Y aunque soy enormemente aficionado de ella, es un poco consentida. Según Abby, de las tres hermanas, Alison fue la única que recibió algún tipo de afecto de su madre. Aunque incluso eso fue fugaz. Pero no está acostumbrada a que su comportamiento sea controlado, y temo que sea demasiado ingenua para entender el potencial peligro de ciertos hombres de la alta sociedad."

La descripción de la señorita Langton era exactamente lo que Nic sospechaba que sería: una princesa de la sociedad consentida que está acostumbrada a que la adulen.

Sin embargo, incluso mientras fruncía el ceño en su dirección, no pudo evitar notar la luz de la vela danzar sobre sus rizos dorados, o el brillo en sus ojos de color azul centella.

La manera en que el vestido blanco como el ángel se deslizaba sobre su cuerpo, haciéndole sentir cualquier cosa menos angelical.

Esto no estaba bien. Podía darle a Simon una carrera por su dinero en el terreno inapropiado si permitía que sus pensamientos continuaran de esta manera.

Y eso significaba que necesitaba estar lo más lejos posible que fuera posible de la chiquilla.

Arrastró sus pensamientos y su cuerpo de vuelta bajo su control de hierro y se concentró en las palabras de su amigo. Fue por eso por lo que notó el uso de la palabra 'nosotros' por parte de Rob.

"Eso suena mucho como tu problema, Rob, y no tiene nada que ver conmigo."

Robert lo miró con desdén.

"No puedes hablar en serio," dijo. "Sabes que no puedo vigilarla yo solo. Abby era una joven traviesa, Nic, y Alison la hace ver como un ángel. ¿Cómo esperas que lidie con eso, y un bebé recién nacido?"

"Si ella se comporta escandalosamente, simplemente la enviarás de vuelta con su padre, ¿no?"

"¿Y sufrir la ira de mi dulce esposa?" Rob preguntó en tono irónico. "No, Alison quiere su Temporada, y la conseguirá. Vauxhall Gardens, helados en Gunther’s, compras en Bond Street, bailes en Almack’s. Ella querrá hacer todo, estoy seguro. Y tú vas a ayudarme."

Nic sintió el comienzo de un dolor de cabeza detrás de sus ojos.

"Rob, mírala."

Ambos volvieron a mirar en la dirección de la señorita Langton.

Si fuera posible, parecía que había aún más caballeros clamando por su atención ahora. Y entre ellos, algunos rostros que Nic definitivamente no describiría como caballeros.

Sus puños se apretaron por sí mismos.

"Realmente no creo que necesites mi ayuda en el escoltar a la chiquilla," continuó ahora, entre dientes apretados. "Ella no está corta de compañía."

Rob suspiró y se dio la vuelta para enfrentarlo, su rostro serio, sus ojos grises implorantes.

"Eso es exactamente lo que me preocupa," respondió. "Y eso es exactamente por lo que te necesito."

CAPÍTULO SEIS

La Temporada inglesa era exactamente como Alison se la había imaginado.

O al menos el baile de Lady Freeman lo era.

Su primera incursión en el *beau monde* de Inglaterra iba muy bien.

Observaba, complacida pero algo desconcertada, cómo cuatro caballeros se apresuraban a traerle ponche, mientras otro intentaba contarle una historia enrevesada sobre Tattersall's, y otros simplemente la miraban de una manera que era más incómoda que halagadora.

Abigail había sido arrastrada para hablar con un conocido de la Duquesa Viuda de Montvale, que no llegaría hasta fin de mes.

Robert había desaparecido hace tiempo para jugar cartas con el Duque de Barnbury.

Quizás por eso Ally se sentía tan tensa.

Estaba dividida entre querer estar lo más lejos posible del austero duque y querer cruzarse en su camino en cada oportunidad.

Aunque debería querer evitarlo y su obvia antipatía hacia ella, el desafío que representaba era demasiado tentador. Al igual que la necesidad de saber por qué exactamente le molestaba tanto.

No estaba acostumbrada a que la gente simplemente no le agradara, aunque se daba cuenta de lo insoportablemente arrogante que sonaría eso si lo dijera en voz alta.

Pero más que eso, hasta donde sabía, no le había dado ninguna razón para sentirse así hacia ella.

Desde casi el primer momento en que lo conoció en la mansión de Lord Dashford en Liverpool, él había estado cerrado, desaprobador y simplemente poco amable.

Era desconcertante. No menos porque, aunque dejaba en claro que nunca desearía su compañía, Alison no podía evitar ser atraída por el hombre.

Quizás ella era simplemente superficial. Después de todo, cualquiera con ojos podía ver lo pecaminosamente guapo que era, con sus ojos azul marino, cabello castaño, músculos sólidos como roca y mandíbula cincelada.

¿Era realmente tan vacía como para desechar todo sobre un hombre en favor de su apariencia?

Toda la noche sintió que su mirada se dirigía alrededor de la habitación, buscándolo.

Una tontería extrema, dado que apenas le había dicho el más breve de los buenos días antes de salir corriendo.

Su tarjeta de baile se había llenado inusualmente rápido, y aunque eso la halagaba y complacía, no podía evitar sentirse decepcionada de que Lord Barnbury no hubiera solicitado un baile.

"Caballeros, por favor, discúlpenme. Debo pedir prestada a mi hermana".

La oportuna interrupción de Abigail del Sr... Sr... oh, Sr. Alguien, describiendo la buena raza de caballos, no podría haber llegado en mejor momento.

Con un adiós general y un parpadeo de sus pestañas, Alison siguió apresuradamente a su hermana.

"Gracias", suspiró enfáticamente cuando estuvieron fuera del alcance auditivo de los caballeros. "Estaba completamente segura de que me dormiría de pie escuchando la forma correcta de comprar un caballo en Tattersall's".

"Sí, claro. Vi cómo se te vidriaban los ojos y pensé que debía venir al rescate. ¿Con quién vas a bailar el vals de la cena?", Abigail extendió una mano enguantada para la tarjeta de baile de Ally.

Alison la entregó diligentemente.

"No he aceptado ninguna oferta para el vals de la cena", respondió. "Después de tus advertencias sobre desagradar a las patronas de Almack's, pensé que era más seguro esperar hasta recibir tu permiso para bailarlo."

Eso no era del todo cierto. La verdad era que realmente no quería bailar esa danza íntima con ninguno de los hombres que había conocido esta noche.

En realidad, no quería bailarla con nadie.

Excepto con el único hombre en la habitación que no mostraba interés en ella.

"Oh, no me preocuparía demasiado por eso, querida", dijo Abigail ahora. "Después de todo, eres cuñada del Duque de Montvale. Eso te da cierta gracia cuando se trata de estas cosas."

Alison levantó una ceja, escéptica.

"Entonces, ¿por qué todas las advertencias al respecto?"

"Bueno, somos americanas, Alison", Abigail encogió los hombros. "Y he descubierto que eso nos hace un poco menos... rígidas que nuestras homólogas inglesas. Puede que haya exagerado en los sermones sobre la propiedad, dicho sea de paso. Si James estuviera aquí, nuestro gran primo se aseguraría absolutamente de que no metieras la pata. Pero nunca he sido exactamente conocida por mi naturaleza recatada, y a Rob no le importa en lo más mínimo la alta sociedad y sus reglas. Así que he sido un poco excesivamente cautelosa, estoy segura."

"Oh, claro." Alison acarició la mano de su hermana. "Puedo entenderlo. Es solo un baile, y no hay nadie con quien realmente quisiera bailarlo."

"¿Nadie en absoluto?"

Alison abrió la boca para responder cuando un movimiento al otro lado del salón captó su atención.

Él había desaparecido por un tiempo, al igual que su cuñado. Pero allí estaban, dos apuestos duques, cabeza y hombros por encima de casi todos los demás en la habitación.

Robert estaba frunciendo el ceño, con un aspecto amenazador y peligroso como siempre.

La única vez que Alison lo vio lucir algo *menos* que ligeramente amenazador fue cuando estaba mirando a su esposa o a su hija.

Y también a Poppy, cuando la sobrina de James estaba cerca.

Pero Rob no era quien mantenía la atención de Ally ahora.

No, su mirada estaba firmemente fija en su silencioso y severo compañero.

Los ojos azul marino del Lord Barnbury recorrían el salón. Desde aquí, Alison no podía decir si estaba complacido o disgustado con lo que veía.

Su rostro siempre era un estudio en estoicismo absoluto, excepto cuando la miraba frunciendo el ceño con evidente disgusto.

Pero sus ojos siempre lo delataban. Alguna pequeña señal de emoción siempre se hacía notar en su mirada.

Por lo general, pasaba desapercibida, estaba segura. Pero luego, razonó, era poco probable que alguien más que ella estuviera mirando lo suficientemente de cerca como para verlo.

Aunque una rápida mirada por la habitación demostró que no era necesariamente el caso.

Dondequiera que mirara, había un grupo de hermosas debutantes mirando adoradoramente al formidable duque.

El único consuelo era que él parecía ajeno a todas ellas.

Abigail tosió ligeramente, y Alison volvió rápidamente su mirada a la de su hermana.

Se dio cuenta de que no había respondido a la pregunta de Abigail, sino que había quedado muda mientras estudiaba cada centímetro de Lord Barnbury y luego evaluaba la competencia.

¡Competencia! Como si tuviera alguna posibilidad con el estoico duque. Como si quisiera.

"Así que, ¿nadie?", Abigail repitió con una sonrisa traviesa.

Alison sintió que sus mejillas ardían.

Se negó a responder, optando en cambio por olfatear píamente y apartar la mirada.

La risita de Abigail no hizo nada para calmar la vergüenza de Alison por haber sido sorprendida mirando a un hombre que claramente no tenía interés en ella.

"De acuerdo, de todos modos, no hay caballeros aquí con los que te permitiría bailarlo, en cualquier caso", dijo Abigail casualmente. Lo suficientemente casual como para despertar las sospechas de Alison. "Excepto uno."

"Oh", Alison dijo, deseando que sus mejillas dejaran de enrojecer. Podía sentir cómo el calor volvía a subir en ellas

"En efecto", dijo Abby. "Nicholas", continuó, "es un duque de igual categoría que Robert y su amigo más antiguo. No podría haber ninguna impropiedad en la acción. Y, por supuesto, sé que puedo confiar en él contigo".

"Oh, sí. Porque no le agrado, así que no tendrías que preocuparte por ningún intento de impropiedad", dijo Alison, sin poder evitar un ligero tono de amargura.

La boca de Abigail se abrió en sorpresa.

"Pensé que era porque Nic es la persona más estable y confiable que conozco", dijo cuidadosamente. "¿Por qué crees que no le agradas?"

Alison suspiró, molesta consigo misma por haberlo mencionado.

"Oh, creo que causé una impresión bastante pobre", trató de sonar despreocupada. No había manera de que admitiera que había besado al hombre y lo había dejado escapar sin decir una palabra al respecto desde entonces. Como si lo hubiera olvidado. Solo para añadir insulto a la herida. "Creo que tuvo la impresión de que intentaba seducir a Lord Dashford".

"¿A Simon?" Abigail rio. "¡Dios mío! ¿Cómo pudo pensar eso?"

"No lo sé", Alison encogió los hombros impotente. "¿Un malentendido? Aunque me dio la

impresión de que no le caí bien desde el primer momento en que nos vimos".

"Qué extraño", frunció el ceño Abigail. "Nunca he sabido que a Nic no le agradara alguien. Siempre ha sido perfectamente educado y amable con todos".

"Bueno, qué bien para mí ser la primera", dijo Alison irónicamente.

En verdad, le dolió un poco ser la única persona a la que el duque aparentemente no le agradaba.

"Tal vez estás equivocada", dijo Abigail ahora, acariciando su mano tranquilizadora. "De cualquier manera, no creo que Robert o James permitirían que Simon se acercara a ti".

Alison rio a pesar de la incómoda conversación.

Sabía que Lord Dashford había tenido el merecido título de Diablo de Dashford durante muchos años. Lo opuesto a su primo James en todos los sentidos posibles.

Sin embargo, cuando conoció a Dashford, ya estaba completamente enamorado de Amelia.

Así que, aunque las historias de las andanzas del conde la chocaban y escandalizaban, ella solo lo había conocido como alguien absolutamente prendado de la estudiosa condesa.

Pero la censura en la mirada y el tono del Lord Barnbury en las breves ocasiones en que había hablado con ella en Dashford, junto con la creencia equivocada de Amelia de que había una afectividad entre Alison y Simon, llevó a Alison a creer que Lord Barnbury pensaba que no era más que una coqueta libertina.

Y dado que él era tan recto y *bueno*, ella sería el peor tipo de persona para alguien como él.

"De todos modos, no tiene importancia", dijo con firmeza a su vigilante hermana. "No me ha pedido bailar. Ni el vals. Nada".

Abigail frunció el ceño una vez más.

"Eso no es típico de él", dijo. "Debe saber que se esperaría que un amigo tan cercano pidiera un baile. Además, bailar con el Duque de Barnbury haría maravillas por tu reputación".

Abigail se volvió para mirar a Lord Barnbury a través del salón mientras Alison se sentía cada vez peor, antes de que Abigail asintiera repentinamente con la cabeza.

"Está bien", Abigail enganchó sus brazos con los de Alison y comenzó a jalarla suavemente hacia los caballeros. "Vamos".

"Espera, Abby. ¡No!" Alison trató de soltarse del agarre de su hermana sin armar un escándalo. Pero Abigail era más fuerte de lo que parecía.

"No voy a ir allá a pedir un baile, Abigail", dijo Alison con enojo, lo suficientemente alto para que su hermana lo oyera.

"Por supuesto que no", respondió Abigail con aire de superioridad. "Una dama no ruega por un baile".

"Bueno, ¿entonces qué estamos haciendo?"

"Vamos a hacer que él ruegue por un baile", sonrió.

Alison hizo todo lo posible por parecer desaprobadora ante el vergonzoso plan de Abigail.

Pero fue inútil.

Su hermana estaba decidida y ella, para su vergüenza, secretamente esperaba que lo que Abigail planeaba hacer funcionara.

CAPÍTULO SIETE

"Hola, cariño", dijo Alison con torpeza mientras Robert besaba la mano de Abby y luego se inclinaba para susurrarle al oído.

Ella no tenía idea de lo que él dijo, y juzgando por el rubor en la mejilla de su hermana, no quería saberlo.

Arriesgó una mirada a Lord Barnbury, pero su rostro era una máscara de indiferencia mientras observaba la habitación y evitaba su mirada.

De repente, Alison sintió ganas de irse a casa y estaba a punto de sugerirlo, cuando Abigail se separó de su esposo y suspiró dramáticamente.

"¿Qué pasa?", preguntó Robert inmediatamente.

"Oh, no es nada", dijo Abby. "Solo ha sido bastante difícil mantener a raya a los caballeros alrededor de Ally".

Alison frunció el ceño hacia su hermana.

Los hombres en la habitación habían sido atentos. A veces, de manera embarazosa. Pero no era algo que no pudiera manejar.

Robert masculló un insulto, extrañamente fulminando con la mirada al Lord Barnbury, antes de volver su atención a las damas.

"Sabía que no debería haberte dejado sola", dijo sombríamente. "Quizás deberíamos irnos simplemente".

"No podemos irnos", dijo Abby rápidamente antes de que Alison tuviera la oportunidad de estar de acuerdo con su cuñado. "Alison está comprometida para casi cada baile. Sería terrible para sus perspectivas si se retirara ahora".

"Bien entonces, dime quién la estaba molestando".

Alison se sintió bastante alarmada por la expresión sombría en el rostro de Robert, pero Abby parecía despreocupada.

"No es que alguien la esté molestando exactamente", suspiró. "Es solo que hay tantos. Y no estoy segura de que todas sus intenciones sean honorables".

Esta vez, el insulto de molestia de Robert fue acompañado por uno del Lord Barnbury, y los ojos de Alison volaron a su rostro justo a tiempo para verlo oscurecerse de ira.

Por un momento, pareció tan aterrador como Robert, pero rápidamente su expresión se despejó.

"De todos modos, estoy segura de que estará bien", Abby continuó *despreocupadamente*. "Solo queda el vals de la cena libre ahora, y como saben, quien baile eso con Alison la acompañará a cenar, así que debe elegir sabiamente".

Alison estaba desconcertada por lo que su hermana estaba tramando.

Solo pudo sonreír débilmente ante la mirada curiosa de Robert.

"Por supuesto, la he advertido contra aceptar estar de pie con ciertos caballeros, pero, claro..." se volvió para sonreírle a Alison, acariciando su mano "es su primer baile en Inglaterra, y no puede llegar a sufrir mucho".

Se detuvo en su pequeño discurso, y Alison vio un destello de travesura de repente brillar en sus ojos.

"Incluso si baila con el Lord Tremont".

Alison se quedó boquiabierta ante Abigail.

Lord Tremont era una de las pocas personas con las que le habían prohibido absolutamente bailar. Y tan pronto como conoció al hombre, adivinó por qué.

Su sonrisa no había alcanzado sus ojos fríos y le había parecido una serpiente a punto de atacar.

Pero antes de que pudiera ofrecer alguna objeción a la afirmación de Abigail, fue superada por Robert y, para su sorpresa, Lord Barnbury.

"Sobre mi cadáver", ladró Robert.

"Ella no bailará con él", gruñó Lord Barnbury, y aunque la objeción de Robert fue más fuerte, la de Lord Barnbury fue la que captó la atención de Alison.

Seguramente a él no le importaría con quien bailaba.

"Oh, Dios", Abigail parpadeó con ojos inocentes y abiertos a los dos duques fruncidos. "No pensé que sus objeciones fueran tan fuertes".

"¿Qué estabas pensando, Abby? Sabes de la reputación del hombre".

Abigail frunció el ceño hacia Lord Barnbury, pareciendo por el mundo como una señorita inocentemente angustiada.

Su hermana podría haber tenido una carrera maravillosa en el escenario.

"No pensé que pudiera ser tan malo como la gente dice. Después de todo, Simon tenía la peor reputación de cualquiera que haya conocido, y es maravilloso".

"La reputación de Simon era la de un libertino incorregible, y créanme, fue bien merecida", frunció el ceño Robert. "Pero nunca fue cruel ni peligroso. No se puede decir lo mismo de ese ba..."

"Sea como sea, ya ha bailado con todos los demás que le interesaban, ¿no es así, querida?"

Alison logró balbucear incoherentemente, pero parecía suficiente para que Abigail continuara.

"Y realmente no estaría bien que bailara dos bailes con el mismo caballero en su primer baile. Así que, ¿qué más podemos hacer? Si ella se sienta, él solo se sentará con ella".

Ella sonrió serenamente a los dos duques gruñones, y aunque Alison se sintió algo humillada porque su hermana intentaba manipular a Lord Barnbury para que bailara con ella, no pudo evitar admirar la táctica.

Después de un silencio tenso, Robert suspiró.

"Está bien", dijo bruscamente. "Pero estaré vigilando de cerca, y juro que si intenta..."

"Señorita Langton", interrumpió Lord Barnbury cualquier advertencia sombría que Robert iba a emitir sin duda, y Alison miró hacia arriba para ver al apuesto duque mirándola impasible. "¿Me

haría el honor de bailar el vals de la cena conmigo?"

El corazón de Alison se detuvo en seco en su pecho antes de latir de repente descontrolado.

Era una tontería sentirse emocionada por el pobre hombre que se veía obligado a bailar con ella en contra de su voluntad.

Aun así, no pudo evitarlo.

Sin importarle lo que le decía su cabeza, de manera bastante severa también, su corazón no razonaba.

En cuestión de momentos, Lord Barnbury la tendría en esos fuertes brazos suyos.

Quizás entonces podría llegar al fondo de su antagonismo hacia ella, y al fondo de la misteriosa atracción que sentía hacia él.

***

Maldita Abigail Forsythe y su intromisión.

Nicholas luchó más de lo habitual para mantener su sereno exterior.

Suponía que Abigail tenía más sentido común como para permitir que su hermana se acercara a un canalla como Tremont, pero en ese momento no había podido pensar con claridad.

Sabía más sobre la profundidad de la depravación en la que un par como Tremont se hundía incluso más que sus amigos. Había escuchado historias de ellos y los había visto merodeando por los burdeles y antros de St. Giles lo suficiente como para saber que había verdad en todas las historias.

La idea de una criatura así poniendo sus manos en Alison lo hizo perder toda razón.

Y antes de que la neblina de furia ante la mera idea de Fulham cerca de Alison se disipara, se encontró pidiéndole bailar.

La orquesta tocó los acordes que a la vez esperaba y temía, y se volvió para ofrecer su brazo a la deliciosa rubia, diciéndose repetidamente que un baile no significaba nada.

Que una chica no era muy diferente de otra.

En el momento en que ella colocó una delicada mano enguantada en su codo, Nicholas supo que estaba equivocado.

La sacudida de deseo que lo golpeó casi lo hizo caer de rodillas.

Nunca había sentido algo así. Y lo aterrorizaba.

Exteriormente, logró mantenerse sereno y compuesto.

Llegaron a los otros bailarines, y Nic respiró hondo antes de tomar a la señorita Langton en sus brazos.

Ella era pequeña. Una frágil muchacha.

Sin embargo, podía sentir cuán femenina era cuando colocó su mano en su cintura y la acercó tanto como se atrevía.

Preparándose para el impacto, Nic finalmente miró hacia abajo.

Tal como temía, sus ojos color aciano lo taladraron, secándole la boca, acelerando su corazón y nublándole la mente.

Esperaba un aumento en la atracción no deseada que sentía hacia ella cuando la sostenía en sus brazos. Nunca podría haber esperado la sensación de *corrección* al tenerla allí.

La miró, atrapado en su mirada azul.

La señorita Langton no dijo nada, simplemente lo miró, atrapándolo en su hechizo.

Los primeros compases del vals le recordaron a Nic que debía moverse.

Es solo un baile, se dijo. Como cualquier otro baile.

Y ella es solo una chica, se dijo más severamente. *Como cualquier otra chica.*

Solo que cuando sus cuerpos comenzaron a moverse, la señorita Langton se acercó más, su mano quemando su hombro, con su aroma floral torturándolo, supo que ella no era como cualquier otra chica. Y ese era precisamente el problema.

"Se ve bastante severo, su gracia". Ella le sonrió con modestia, pero sus ojos brillaban con esa travesura en la que él no confiaba. "Seguramente no puedo haberlo disgustado ya. No he dicho nada escandaloso, y no he pisado su pie". Hizo una pausa. "Todavía no, en cualquier caso".

Para su sorpresa, Nic sintió una chispa de humor, incluso un poco de diversión ante la muchacha, pero lo apartó sin piedad.

"Baila muy bien, señorita Langton", dijo sombríamente. "No puedo imaginar que cometa el error de pisar mi pie".

Su sonrisa se volvió decididamente pícara, y Nic sintió que ese deseo siempre presente se despertaba en respuesta.

"No dije que sería un error".

Ella era incorregible, y Nic sintió que sus labios se curvaban a pesar de sí mismo.

"¿Desea hacerme daño físico, señorita Langton? No puedo imaginar qué podría haber hecho para merecer tal cosa".

Alison parecía tan sorprendida por el tono coqueteo de Nic como él mismo al usarlo.

¿Y cuándo empecé a pensar en ella como Alison?

Una noche en su compañía, un momento sosteniéndola en sus brazos, y de repente pensaba en ella como Alison y la sostenía más cerca de lo estrictamente apropiado, solo para captar el aroma enloquecedor de su piel, solo para envolver su mano un poco más firmemente alrededor de su delicada cintura.

"Dado que su cosa favorita en el mundo parece ser regañarme, estoy segura de que no pasará mucho tiempo antes de que encuentre una buena razón", respondió francamente y con una honestidad que no pudo evitar admirar.

Nic sintió tanto una punzada de culpa como una punzada de algo infinitamente más peligroso.

No pudo pensar en nada que decir en respuesta, así que no dijo nada en absoluto. En cambio, disfrutó del placer torturante de tenerla en sus brazos.

CAPÍTULO OCHO

El día amaneció brillante y dorado, y Alison yacía en la cama escuchando los sonidos del despertar de la casa de su cuñado.

Aunque apenas había dormido anoche, todavía estaba despierta como una alondra.

El baile de anoche había sido una de las veladas más maravillosas de su vida.

Lo había disfrutado inmensamente.

Había sido presentada a todas las personas adecuadas, conocido amigos de Abigail y Robert, había sido colmada de atención por caballeros cuyos nombres ni siquiera podía recordar.

Pero nada de eso podía compararse con la euforia de bailar con Lord Barnbury.

Incluso ahora, después de una noche inquieta pensándolo y de un sueño agitado soñando con él, el corazón de Alison latía de emoción.

La sensación de estar en sus brazos, su fuerza mientras la sostenía, como si estuviera hecha de fina porcelana. Su aroma, masculino e intoxicante a su alrededor, y milagrosamente, la sonrisa, aunque breve, que hacía que sus ojos azul marino brillaran más.

Todo eso hacía que Alison se sintiera mareada de emoción, deseo y tantas nuevas emociones maravillosas que apenas podía controlar.

Y aunque había terminado su baile con su usual forma estoica, aunque una vez más había estado sobrio mientras comían con Abigail y Robert, nada de eso importaba para Alison.

Había visto un breve y tentador destello de sentido del humor bajo su serio exterior, y eso la hizo determinarse a sacarlo de nuevo.

Sintiéndose mareada de anticipación y algo que era demasiado pronto para siquiera estar contemplando sobre el duque diligente, Alison llamó al timbre para que viniera su doncella.

Tan pronto como Eliza entró con una taza de chocolate, Alison saltó de la cama.

No tenía idea de lo que Abigail había planeado para hoy, pero esperaba con ansias volver a ver a Lord Barnbury.

"¿Qué le gustaría llevar para las visitas de esta tarde, señorita Langton? La duquesa va a ofrecer una recepción, así que querrá algo para impresionar a sus pretendientes."

Alison sonrió a la franca doncella. Eliza había venido con Alison desde las Américas, y estaba muy contenta de tener su propia doncella con ella. Sabía que había sido un sacrificio para Eliza dejar atrás a su familia para venir aquí.

Más de lo que había sido para Alison.

Apenas se había despedido de nadie excepto de Beth. Y Beth era la única que realmente echaba de menos.

"Supones que tendré pretendientes", se rió. "¿Qué pasa si todos me odian?"

"Tonterías", respondió su doncella de inmediato. "Estarán derribando la puerta, señorita. Ahora, ¿qué tal el azul?"

Sacó un exquisito vestido de día en el tono más suave de azul cielo. Cuando el modisto que Robert había convocado a Montvale Hall había entregado el vestido antes de su viaje a Londres, Alison se había enamorado de él.

Era sencillo en su corte, sin adornos excepto por el ribete blanco a lo largo del escote en forma de corazón, pero el color hacía que sus ojos parecieran más azules y su cabello más brillante.

"Es perfecto", asintió aprobando mientras tomaba su chocolate.

"De acuerdo, entonces, vamos a prepararla para todos esos caballeros que vienen a visitarla", dijo Eliza mientras salía de la habitación para planchar el vestido.

Alison se acercó a la ventana de su alcoba, mirando el verde césped y coloridos parterres de los jardines de Abigail.

No sabía si habría tantos caballeros llamando como Eliza imaginaba, pero no importaba. Solo le interesaba uno

***

"Su gracia, es un placer verlo", Nicholas fue sacado de su ensimismamiento, distraído por el sonido de una voz que le llamaba, el distintivo acento irlandés llenando sus oídos.

Se giró para sonreír a la mujer rechoncha y con delantal que se apresuraba hacia él.

La Sra. Cafferty era una joya. Alguien en quien él confiaba con su vida y con este centro, que era tan importante para él.

No había mucho motivo para sonreír en St. Giles, esta parte en particular, sin embargo, el ama de llaves madura y rolliza parecía perpetuamente alegre.

"¿Cómo está, Sra. Cafferty?", Nic hizo una reverencia a la mujer como si fuera una duquesa.

Quizás no tuviera título, pero sin duda tenía su respeto.

"Pues podría quejarme, vuestra gracia, pero ¿quién me escucharía?", sonrió, con sus ojos verdes descoloridos arrugándose en las comisuras. "No esperábamos verlo hasta fin de semana, su gracia. ¿Espero que no haya ningún problema?"

"No, en absoluto. Todo sigue funcionando tan bien como siempre, estoy seguro. Solo se me antojó pasar, si no es inoportuno."

"¡Bah! ¡Una imposición! ¿Cómo podría ser inoportuno en su propia casa, vuestra gracia? Vamos entonces."

Siendo un duque, apenas un paso por debajo de la realeza, Nic no recibía órdenes de nadie. Sin embargo, aquí en el Rookery, cuando la Sra. Cafferty le decía que avanzara, él se apresuraba a seguir a la respetable señora.

Nic había visto por primera vez a la mujer pelirroja diez años antes, cuando había estado buscando como un hombre poseído a Ciara y a su hijo por nacer.

Aunque los rizos de jengibre de la Sra. Cafferty ahora estaban salpicados de gris, era en gran medida la misma que había sido entonces; cuidando de todos los que la rodeaban, trabajando hasta el cansancio para asegurarse de que los que estaban bajo su ala estuvieran tan seguros y bien como fuera posible en los barrios bajos de St. Giles, y decidida a hacer del mundo un lugar

mejor y más seguro para los niños a los que cuidaba de cualquier manera que pudiera.

Se había encontrado con la Sra. Cafferty y su grupo de niños desconocidos y no deseados cuando había entrado por primera vez en el infierno de las intrincadas y nunca terminantes calles de Little Ireland.

Al principio sospechaba de él, sabiendo de primera mano lo que podía significar cuando un par venía en busca de niños en el lado de Londres.

Nicholas ni siquiera podía soportar el breve pensamiento sobre eso.

Pero ella había confiado en él y afortunadamente creyó que sus intenciones eran buenas.

Más que eso, la Sra. Cafferty había sido a quien había recurrido en busca de consuelo cuando finalmente descubrió la verdad sobre Ciara. Había estado allí con él el día en que se vio obligado a despedirse del sueño de encontrar a su hijo para siempre.

Ella se había convertido en una especie de figura materna para Nic, ya que nunca volvió a ver a la suya.

La correspondencia ocasional era toda la correspondencia que tenía con la duquesa. Y era todo lo que quería. Incluso sus hermanas, ambas casadas con familias propias, estaban en el perímetro de la vida de Nic.

Aunque habían sido jóvenes cuando su padre había actuado de manera tan abominable, y no tenían ninguna culpa de lo que había sucedido con Ciara y el bebé, Nic las mantenía a distancia. Las había visto bien, les había dado dotes y se había asegurado de que estuvieran bien atendidas durante sus respectivas presentaciones en sociedad. Pero desde que ambas habían hecho buenos partidos y se habían establecido, Nic tenía poco que ver con ellas. No porque no le importara. Porque no sabía cómo estar cerca de ellas sin que le recordaran a sus padres.

Aunque su madre no había sido tan cruel como su padre, estaba hecha de la misma tela y había estado tan ansiosa como el viejo duque por deshacerse de Ciara.

Nicholas y la Sra. Cafferty estaban ahora viajando por el pasillo de uno de los edificios que Nic había adquirido en las afueras de Little Ireland.

Después de enterarse del destino de Ciara, Nic había dedicado su tiempo a intentar ganar la guerra imposible contra la pobreza, el crimen y la depravación en las calles de St. Giles.

Nunca lo lograría. Lo sabía. Pero seguiría intentándolo.

Uno de sus primeros intentos de calmar su conciencia había sido este edificio, un hogar para los niños del Rookery. Un lugar donde tendrían el vientre lleno y un lugar limpio donde dormir. Un lugar seguro de los monstruos que acechaban en estas calles. Monstruos como el que había matado a Ciara y a su hijo.

Antes de que su mente pudiera arrastrarlo hacia sus recuerdos sombríos, la Sra. Cafferty una vez más lo sacó de sus pensamientos.

"Los niños estarán encantados de verlo de nuevo, su gracia". Sonaba un poco sin aliento ahora que habían comenzado el ascenso hacia su oficina en el segundo piso del edificio de tres pisos, pero Nic sabía mejor que mencionarlo. "Sus letras y números van progresando maravillosamente."

"¿Y los nuevos?", preguntó en voz baja.

Apenas dos semanas atrás, Nic había atrapado a un hermano y una hermana intentando robarle su

moneda. Algunas preguntas respondidas no por el chico amotinado y de diez años, sino por su delgada y atormentada hermana de solo seis, le dijeron lo que ya sospechaba. Estaban solos en este mundo. Su madre había muerto solo dos años antes y como ninguno sabía quién era su padre, o si incluso tenían el mismo padre, no había nadie que pudiera ayudarles.

Le había costado convencerlos, pero finalmente Nic logró que vinieran a la Sra. Cafferty, como se conocía cariñosamente el lugar.

"John y su hermana. Nunca ha dicho su nombre", dijo firmemente la irlandesa, pero Nic sabía que el conocimiento le dolería tanto como le dolía a él escucharlo. "La hemos empezado a llamar Bonnie, ya que es una niña tan bonita. Se están adaptando tan bien como se puede esperar", dijo ahora la mujer irlandesa. "Es un gran ajuste, pasar de la vida en las calles a un hogar. Todavía tienen la mirada de niños que esperan lo peor", dijo suavemente. "Pero seguro, el tiempo demostrará su seguridad como nada más."

Para entonces habían llegado al pasillo que albergaba las modestas habitaciones de la Sra. Cafferty, junto con una sala de clases, habitaciones para cuando el médico visitaba y una sala de juegos. Arriba era donde dormían los niños y el resto del personal.

La puerta de la sala de juegos estaba abierta y mientras pasaban, Nic vio a los recién llegados.

El niño, John, miró brevemente a Nic pero bajó la mirada casi inmediatamente, mirando con desafío a los soldados de juguete frente a él.

Mientras se preguntaba si debería intentar hablar con el niño, sintió un tirón en sus calzas de ciervo.

Mirando hacia abajo, Nic sintió que su corazón casi salía de su pecho cuando miró a la cara de la niña que había salvado.

La Sra. Cafferty tenía razón. Era una niña bonita. Su nombre le quedaba bien.

Pero no era eso lo que tenía el corazón de Nic martilleando.

Eran los rizos dorados. Los enormes ojos azules. La sonrisa tímida pero traviesa.

Se parecía a Poppy, pensó. Pero más que eso, se parecía a Alison Langton.

Y así, todos sus mejores planes -venir aquí y distraerse con el trabajo que le encantaba hacer, con las personas a las que necesitaba ayudar- se fueron completamente al garete.

Alison Langton había estado acechando en el perímetro de sus pensamientos, esperando que él se equivocara para llenar cada parte de su mente.

Ahora, mientras estaba allí mirando a la hermosa niña, alejándose de las imágenes y posibilidades que le presentaba, no pudo evitar pensar en Alison.

Exteriormente era su yo habitual, y se inclinó para hablar suavemente con la niña, consciente de que su hermano lo observaba atentamente desde el rincón.

Pero por dentro, una tormenta verdadera estaba retumbando dentro de él.

Una tormenta de cabellos dorados y ojos azules. Una que no estaba seguro de sobrevivir.

CAPÍTULO NUEVE

"De entre todas las joyas que Londres pueda ofrecer, señorita Langton, usted es verdaderamente la mejor de ellas."

Alison apretó los dientes mientras Lord Fulham recorría su figura con una mirada algo insolente.

Cuando el mayordomo anunció a Lord Fulham, Alison esperaba que Robert le negara la entrada al hombre. Sin embargo, una advertencia susurrada apresuradamente de Abigail para no armar un escándalo frente a los otros visitantes hizo que Robert lo permitiera, aunque de mala gana.

Era guapo, de eso no cabía duda. Alto y delgado, su cabello rubio estaba peinado al estilo Brutus que estaba de moda.

El cabello del Lord Barnbury era castaño, pensó ella, y más largo que la severidad de Fulham.

Los ojos de Lord Fulham eran azul pálido y helados. Los de Nicholas eran un profundo y cálido azul marino.

Cálmate, Alison, se reprendió a sí misma. Pero no servía de nada.

Sí, era guapo, aunque un tanto embustero. Y estaba siendo casi obscenamente atento. Sin embargo, no podía evitar que su mente divagara hacia su duque indiferente.

Había pasado una semana desde que había bailado con el duque en el baile. El hombre desde entonces había desaparecido. Toda la tarde había observado la puerta. Como lo había hecho todas las tardes.

Abigail había declarado a Alison una sensación, y había sido necesario que estuvieran "en casa" durante toda la semana para que Alison estuviera disponible para hablar con sus muchos admiradores.

Se sintió más que halagada de que tanta gente se hubiera interesado en ella.

Pero cada vez que el mayordomo tocaba la puerta, con otra tarjeta sobre una bandeja de plata, su corazón se aceleraba y luego se hundía en sus dedos de los pies.

Nunca era el duque de Barnbury. No importa cuánto deseaba que lo fuera.

Eliza había tenido razón, en cualquier caso, cuando había predicho que Alison estaría en demanda.

En cualquier momento dado, la sala de estar, que no era pequeña en absoluto, estaba llena hasta el borde de gente.

Aunque había algunas damas presentes, había una abundancia de hombres. Hombres que traían ramos de flores hermosas y la colmaban de atención y cumplidos.

Era mucho menos placentero de lo que hubiera imaginado.

Pero cada vez que miraba a Abigail, su hermana sonreía ampliamente, como una madre orgullosa. Y le recordaba el esfuerzo y el dinero que Abigail y Robert estaban gastando para darle esta Temporada.

Así que decidió que necesitaba apartar su mente del duque apático y concentrarse en uno de los muchos caballeros aquí que deseaban su compañía. Incluso buscaban su compañía, en lugar de que les fuera impuesta.

Miró brevemente a su cuñado, quien estaba de pie junto a la chimenea, con una mueca en el rostro.

Nadie en la habitación parecía lo suficientemente valiente como para acercarse a él, y a él no parecía importarle.

Eso era otra cosa: si se apresuraba y elegía un esposo, Robert recuperaría su vida de soledad. Podría llevarse a Lottie y Abby de vuelta a Northumberland, donde era feliz y estaba cómodo.

El estómago de Alison se retorció dolorosamente al pensar en casarse y mudarse lejos de Abigail y Robert.

Pero para eso había venido aquí.

Si podía dejar un océano entre ella y sus padres y su hermana menor, seguramente podría dejar unas cuantas comarcas entre ella y su hermana mayor también.

Con un renovado sentido de propósito, Alison dirigió toda su atención a Lord Fulham.

"¿Disfruta usted del teatro, señorita Langton?" preguntó ahora, sus ojos recorriendo lentamente su cuerpo de una manera que la hizo querer cubrirse con un chal.

Su simple muselina limón no era vulgar en absoluto, sin embargo, Lord Fulham hacía que se sintiera como si fuera algún tipo de descocada.

Pero tal vez se había estado enfocando tanto en miradas despectivas y frías que estaba malinterpretando una apreciación amistosa.

"Sí, mi lord", sonrió. "De hecho, creo que vamos a asistir a la función de esta noche".

"Ah", sonrió él. "Había esperado invitarla a acompañarme".

Alison se congeló, preguntándose cuál era la etiqueta en esta situación.

¿Debería invitar a Lord Fulham a unirse a ellos en el palco de Robert? Eso no parecía apropiado, pero él no estaba hablando, así que tenía la clara impresión de que esperaba algo.

Tenían espacio.

Robert acompañaría a ambas, a Abigail y a ella esa noche, así que no era como si Lord Fulham no tuviera un lugar. Y, siendo sincera, preferiría ser escoltada por un caballero como él que salir con su cuñado.

"B-bien, mi lord... si a Su Gracia no le importa, yo..."

"Su Gracia, el Duque de Barnbury, Su Gracia", interrumpió el mayordomo de repente. Y ahí estaba él, llenando la puerta, luciendo casi ridículamente apuesto con su traje de superfino verde oscuro, pantalones beige y brillantes botas.

Sus ojos recorrieron la habitación y a sus ocupantes, todos ellos esforzándose por hacer reverencias y cortesías, antes de posarse en Alison.

Ella contuvo el aliento ante el breve destello de alguna emoción intensa en sus ojos antes de que volvieran a ser tan impasibles como siempre.

Frunció el ceño al dirigir su mirada de ella a Lord Fulham y de regreso.

Alison sonrió tímidamente.

Cuando él no devolvió el gesto, sino que más bien se volvió para hablar con Robert, quien se había acercado a él, su temperamento y un diablillo de travesura despertaron.

"Lord Barnbury no parece muy complacido con lo que ve", dijo Fulham en tono equilibrado. Alison notó que la observaba de cerca.

"¿Alguna vez lo está?", preguntó irónicamente. "En todos los años que lo conozco, no creo haberlo visto sonreír nunca"

"Touché, querida. En todos los años que lo conozco, no creo haberlo visto sonreír nunca."

El corazón de Alison se retorció un poco al participar en una conversación tan vulgar sobre el duque, pero cuando volvió a mirarlo, vio que estaba logrando sonreír bastante bien a las pocas damas en la habitación que se habían acercado a él.

La intensidad de los celos que sentía fue sorprendente.

"Diría que quizás los malos humores vienen de perder en las mesas de juego de sus lugares favoritos, pero el hombre es rico como Creso, así que no puede ser eso."

Esto captó la atención de Alison cuando había vuelto a vagar por la habitación, y frunció el ceño confundida ante Lord Fulham.

"¿Lord Barnbury es jugador?" preguntó.

Alison se sorprendió al oírlo. Él no parecía ese tipo.

Sabía que jugaba a las cartas en fiestas y con Robert, James y Lord Dashford. ¿Pero apostar en esos lugares? Era sorprendente.

"Supongo que sí. Él y yo no frecuentamos los mismos lugares, pero lo veo en St. Giles todo el tiempo. Solo hay dos razones por las que un hombre estaría en esa parte de Londres, Miss Langton. Y no ofenderé sus sensibilidades contándole sobre la otra."

Alison sintió que un rubor calentaba sus mejillas ante el comentario escandaloso de Lord Fulham. Sabía exactamente a qué se refería y, aunque no se consideraba mojigata, eso la hizo sentir vagamente incómoda.

Sin embargo, no actuaría como una niña poco sofisticada, así que rió delicadamente.

"Estoy bastante segura de entender su significado, Lord Fulham. Me sorprende saber que su gracia esté interesada en cualquiera de esas cosas, para ser franca."

"Parece demasiado rígido, le concedo eso." Lord Fulham se inclinó hacia adelante para susurrar conspiratoriamente. Olía bastante agradable. "Pero lo veo lo suficiente en St. Giles como para saber que frecuenta el lugar. ¿Qué otra razón podría haber?"

Eso no tenía nada que ver con la impresión que Alison tenía de él.

En realidad, en lugar de encontrarlo desagradable, encontró este pedacito de información bastante emocionante.

No conocía St. Giles. Y no lo haría, si Robert y James tenían algo que ver con ello.

Según sus parientes sobreprotectores, ni siquiera era seguro estar cerca de esa parte de Londres, y mucho menos dentro de ella.

Entonces, ¿por qué alguien tan seguro y cumplidor como el duque de Barnbury frecuentaría tanto ese lugar?

Alison se volvió para estudiar al duque una vez más, y contuvo el aliento cuando se dio cuenta de que él ya la estaba estudiando a ella.

Bueno, no iba a sonreírle de nuevo solo para que la mirara con ceño fruncido.

Aunque su corazón martilleaba en respuesta a cualquier emoción tormentosa que oscureciera sus ojos azul marino, giró la cabeza y lo ignoró.

"Lord Fulham, estoy segura de que mi cuñado y mi hermana estarían encantados de que se nos una en el palco Montvale esta noche en el teatro."

Fue audaz.

Probablemente escandalosa en este mundo de virtud y juicio.

Pero ella quería pasar la tarde con un hombre que deseaba su compañía, en lugar de pensar en un hombre que apenas la toleraba.

La sonrisa de Lord Fulham fue triunfal.

"Sería un honor. Gracias, señorita Langton."

Se despidió y casi inmediatamente, su lugar fue ocupado por otro caballero, con otro ramo de flores.

Alison trató de no encontrar todo el asunto tedioso.

Arriesgó otra mirada a Lord Barnbury.

Él se había ido. Y no había dicho adiós. Ni siquiera había dicho hola, por cierto.

Alison ignoró la ligera punzada de decepción en su estómago y se dispuso a escuchar cualquier tontería que le fueran a decir.

CAPÍTULO DIEZ

¿Qué demonios hacía él aquí?

Nic se recriminaba, no por primera vez, mientras observaba las hordas de personas dentro y alrededor de la entrada del teatro.

Como la mayoría de los eventos de la alta sociedad, no le gustaban particularmente ni los detestaba. Asistía. Era cordial. Pasaba tiempo con quienes fueran sus amigos y conocidos allí, y luego regresaba a casa sintiéndose ni mejor ni peor.

Esta noche, sin embargo, estaba inquieto.

Observaba a todos con atención, buscando contra su voluntad un destello de cabello dorado, o unos ojos azul brillante imposiblemente intensos, o una sonrisa que pareciera pura travesura.

Más temprano, había escuchado a Alison Langton invitar a ese cretino de Fulham a acompañarla al teatro.

Obviamente no había consultado con Rob ni con Abby si sería aceptable, porque no había forma en el infierno de que Rob permitiera que alguien como Fulham se acercara a Alison.

No era asunto de Nic, por supuesto. Aun así, aquí se encontraba, en la noche de estreno de una obra que no le interesaba, parado como un maldito vigilante esperando proteger a una dama a la que ni siquiera estaba seguro de que le agradara especialmente.

Si sus amigos pudieran verlo ahora, o al menos ver las emociones revoloteando dentro de él que se esforzaba tanto en mantener ocultas bajo la superficie, nunca se lo dejarían pasar.

Ir a la casa de Rob esa tarde había sido un error.

Venir aquí esta noche fue otro error.

Su famoso autocontrol se estaba deslizando día a día, y no tenía ni idea de qué hacer al respecto.

Había logrado pasar una semana entera lejos de Alison Langton y de toda la tentación que ella representaba. ¿Por qué tenía que romperse su resolución hoy de todos los días, sintiéndose compelido a actuar como chaperón para la chica?

La peor parte era que había venido corriendo aquí, decidido a mantener un ojo en Alison y Fulham, y no había pensado en quién lo acompañaría ni en qué haría.

Aunque no le daba mucha importancia a la opinión del *beau monde*, incluso él sabía que sentarse solo en su palco sería... extraño.

Por supuesto, sería bienvenido a sentarse en el palco de Robert, pero eso significaba sentarse entre Rob y Abby, y Fulham y Alison.

Eso tampoco le atraía mucho.

Aunque estaría lo suficientemente cerca como para torcerle el cuello a Fulham si actuaba de otra manera que no fuera la de un caballero perfecto.

Maldita sea. Esto fue un error.

Nic estaba a punto de admitir la derrota consigo mismo y darse la vuelta para irse silenciosamente, cuando escuchó una voz familiar.

"Sonríe, San Nic, o un perro podría confundirte con una de estas estatuas y mearte."

Nic se dio la vuelta a tiempo para ver a Lady Dashford darle un codazo rápido a su esposo, deteniendo su declaración escandalosa antes de que pudiera terminarla.

Nic sonrió, su primera sonrisa genuina en días, mientras se acercaba para besar la mejilla de Amelia y estrechar la mano de Simon.

"Los trotamundos regresan", dijo con una sonrisa, sus ojos observando a uno de sus amigos más antiguos, sin acabar de creer el cambio en él.

Simon lucía como siempre, cabello negro azabache, ojos marrones casi negros. Pero su semblante era diferente.

Ya no era disoluto y descontento con todo lo que veía, ya no era peligroso.

El antiguo Diablo de Dashford parecía... contento. Eso era. Verdaderamente feliz.

Y por primera vez en mucho tiempo, Nic sintió una punzada de celos.

Por supuesto que estaba feliz por su amigo. El diablo y su novia bibliófila eran el uno para el otro. Eran perfectos el uno para el otro.

Y Nic estaba tan complacido por Simon como lo había estado por James cuando se casó con Senna, y por Rob cuando se casó con Abby.

Pero nunca antes había sentido la fealdad del celo mancillando su felicidad.

Entonces, ¿por qué ahora?

"¿Por qué estás aquí solo?" preguntó Simon.

Nic preferiría caminar sobre carbones ardientes que admitir que había estado vigilando la llegada de Miss Langton.

"Estaba esperando escuchar sobre todas sus maravillosas aventuras, por supuesto", dijo con ecuanimidad.

El ceño fruncido de Simon dijo que el conde sabía que estaba mintiendo, pero tal como Nic había esperado, la mención de los viajes de la pareja por Europa fue suficiente para que la amante de la historia, Amelia, se lanzara a una descripción detallada de cada sitio arqueológico que habían visitado y lo que había descubierto allí.

Nic escuchó educadamente el parloteo de la dama. Amelia era tan brillante como hermosa, y su matrimonio con el endiablado conde la había cambiado también.

Había desaparecido la tímida flor solitaria que solía sentarse en las esquinas y murmurar para sí misma.

En su lugar estaba una condesa regia y segura de sí misma, adornada con satén y diamantes y aceptando la atención que estaba recibiendo con naturalidad

La noticia del matrimonio del depravado Diablo de Dashford había causado nada menos que un alboroto entre la alta sociedad. Y dado que Simon y Amelia se habían marchado a Escocia tan pronto como se casaron, y luego a Noruega y después a Italia, nadie había tenido la oportunidad de ver realmente a la pareja hasta ahora, y por los susurros y las miradas de cejas levantadas, la

alta sociedad estaba aprovechando la ocasión.

"Eres toda una sensación", dijo Nic con ironía cuando Amelia hizo una pausa para tomar aire.

Ella frunció ligeramente el ceño, sus gafas deslizándose por su nariz.

"Criaturas extrañas", dijo con tono indiferente, antes de encogerse de hombros y volver a mirar a Nic.

"Dime, ¿cómo está Alison?" preguntó ahora, y Nic se tensó de inmediato. Tonto, pero cierto.

"No tengo idea", respondió Nic lo más serenamente que pudo. "La he visto muy poco."

"¿No la has visto?" preguntó Simon, evidentemente sorprendido.

"Sí la he visto, claro. Un poco." Nic buscó mantener la calma, odiando el brillo especulativo en los ojos de Simon. "Pero he estado ocupado, y..."

"¡Amelia!"

Un grito emocionado rompió el aire, salvando a Nic de tener que responder, y todos se volvieron para ver a la señorita Langton subiendo las escaleras de un salto, sin darse cuenta o sin importarle la sensación que estaba causando.

Amelia parecía tan despreocupada por lo que pensaban los demás como Alison, y corrió a encontrarse con su amiga a mitad de camino.

Simon y Nic observaron cómo las damas se abrazaban, mientras Nic trataba desesperadamente de no sentir celos de la condesa.

"Entonces", dijo Simon casualmente. Demasiado casualmente.

"Entonces, ¿qué?"

"¿Quieres decirme qué está pasando?"

Nic tragó saliva con fuerza.

"No sé a qué te refieres", dijo.

El silencio era ensordecedor, pero se negó a romperlo, al igual que se negó a mirar a su amigo. No podría haberlo hecho de todos modos, incluso si hubiera querido. Porque en ese momento, Alison fue acompañada por Lord Fulham, quien colocó una mano posesiva en su espalda baja.

Nic contuvo una maldición al ver la escena.

"Nicholas Fyfe, como vivo y respiro, nunca pensé que vería este día."

Nic se volvió para fruncir el ceño a Simon, su ira estallando al ver la mirada deleitada de su amigo.

"Cállate, Simon", dijo, inusualmente irritable.

Esto solo sirvió para divertir más a Simon, quien se rió suavemente.

"Vete al infierno, Simon", soltó Nicholas.

"He estado allí, amigo mío", rió Simon. "Hasta que llegó Amelia. Y parece que has tomado mi lugar

***

Alison estaba tratando de prestar atención a la actuación en el escenario, pero había demasiadas distracciones a su alrededor.

Por un lado, Lord Fulham parecía rozarla una cantidad desproporcionada de veces.

Y por los gruñidos que emanaban de Robert, ella no era la única que lo notaba.

Se decía a sí misma que debía sentirse halagada por las atenciones de Lord Fulham. Era un apuesto y rico noble. Y aunque Robert la había regañado cuando se enteró de que lo había invitado al teatro esa noche, Alison estaba segura de que él no era tan malo.

Solo la insistencia de Alison a Abigail, y Abigail haciendo lo que fuera que hacía para que Robert aceptara, llevó a que Lord Fulham los acompañara.

Esa sensación vagamente incómoda que Alison sentía cuando él se sentaba demasiado cerca, o cuando su mano rozaba la piel expuesta entre su vestido de noche rosa de mangas cortas y el guante de satén blanco, era solo su inexperiencia y nada más.

Además, ni siquiera las atenciones de Lord Fulham podían mantener su atención.

No cuando el palco de Robert estaba justo enfrente de la de Lord Dashford.

No cuando podía ver a Lord Barnbury desde donde estaba sentada.

Durante toda la primera mitad de la actuación, aunque hizo un esfuerzo valiente por concentrarse en los actores o en los comentarios de Lord Fulham, la mirada de Alison se dirigía repetidamente hacia el palco de Dashford y el duque de ojos azul marino que estaba dentro.

Y cada vez que miraba, su estómago se revolvía salvajemente.

Porque él la estaba mirando.

Ni sonriendo ni frunciendo el ceño, al menos hasta donde ella podía decir a esa distancia.

Alison no tenía idea de si él estaba complacido o disgustado.

Todo lo que sabía era que él la estaba mirando.

Y aunque no quería, ese hecho hacía que su corazón cantara.

Al llegar el intermedio de la obra, Alison no podría haber dicho en qué teatro estaban, y mucho menos qué obra estaban viendo.

A su alrededor, la gente se movía, ya sea para participar de los refrigerios o visitar los otros palcos.

"Querida señorita Langton, permítame traerle algo de ratafía."

Alison sonrió graciosamente ante la atención de Lord Fulham.

Cuando se fue, ella sintió que sus hombros se relajaban con alivio.

Eso probablemente no debía ocurrir durante un cortejo.

"¿Qué te ha parecido la actuación, Ally?" preguntó Abigail.

"Oh, eh..." No sabía qué decir. ¡No había visto nada! "N...no estoy segura."

"Hmm. Tal vez eso se deba a que no le prestaste atención." Abigail sonrió.

Alison sintió que sus mejillas se calentaban.

"Puede que haya estado un poco distraída", finalmente admitió.

"¿Y qué te distrajo? ¿Las atenciones de Lord Fulham, o..."

Abigail fue interrumpida por la repentina llegada de Lord Barnbury, Lord Dashford y Amelia.

Antes de que alguno pudiera saludar, Lord Barnbury se giró para enfrentar a Robert.

"¿Qué estás haciendo, dejando que ese sinvergüenza la manosee a la vista de todo el teatro?"

Hubo un silencio impactante ante el furioso estallido de Lord Barnbury mientras todas las miradas se centraban en el hombre que nunca antes había perdido la compostura.

"¿Qué diablos quieres decir?" finalmente espetó Robert, su temperamento evidentemente enardecido ante la crítica de Lord Barnbury.

"Quiero decir, ¿por qué no la estabas vigilando como es debido?" replicó Lord Barnbury.

Alison se levantó de un salto, sintiéndose culpable e incómoda porque los dos viejos amigos estuvieran discutiendo. Por *ella*.

"No seas tan ridículo", escupió Robert. "¿En cuánto peligro crees que podría haber estado en un palco de teatro?"

"No sé", interrumpió Lord Dashford, de manera poco útil. "Yo he hecho una cantidad obscena de daño en un palco de teatro. De hecho..."

"Eso no ayuda, Simon", interrumpió Abigail, lo que fuera indecente que Lord Dashford estuviera a punto de decir.

"Bien, continúa." Sonrió sin remordimientos.

"Tienes que hacer un mejor trabajo vigilándola", dijo ahora Lord Barnbury.

Alison estaba hartándose de que hablaran de ella como si no estuviera allí.

"Robert, Lord Fulham no estaba comportándose de manera inapropiada", intervino. "Yo..."

De repente, Lord Barnbury se volvió hacia ella.

"Quizás en América es aceptable que las damas solteras se comporten de esa manera, señorita Langton", dijo con dureza. "Pero en Inglaterra, tendemos a tener estándares sobre estas cosas."

Alison escuchó jadeos de sorpresa a su alrededor, pero su atención permaneció en el pomposo, arrogante y aburrido hombre frente a ella.

"Quizás en Inglaterra es aceptable que los hombres arrogantes, engreídos y aburridos digan a las jóvenes cómo deben comportarse. Pero en América, tendemos a no prestarles atención. Una costumbre que creo que me servirá muy bien de este lado del océano."

Sin esperar una respuesta de Lord Barnbury ni de nadie más, Alison se dio la vuelta y salió corriendo del palco.

No quería hablar con nadie.

No quería volver a ver a Lord Fulham después de las cosas horribles que había dicho Lord Barnbury.

Más que nada, nunca quería volver a ver ni hablar con ese odioso duque.

CAPÍTULO ONCE

“Vaya noche la de anoche.”

Alison levantó la vista con una mueca cuando Abigail entró en la sala de estar matutina, resplandeciente con un vestido de día color verde mar.

Alison no había podido dormir mucho y, cuando los pájaros comenzaron a cantar al amanecer, se rindió y bajó las escaleras.

Los sirvientes apenas habían comenzado sus tareas, así que ella deambuló sin rumbo, estorbándoles a todos.

La verdad era que encontraba las mañanas un poco aburridas.

Cuando Lottie estaba despierta, era maravilloso. Podía jugar todo el día con su sobrina de cabello dorado.

Pero Lottie todavía estaba en la cama, al igual que Robert y Abigail. Así que había deambulado sin rumbo por la casa, echando de menos su hogar por primera vez.

En casa, tendría a sus amigas. Personas que conocía desde la escuela de señoritas, a quienes podía visitar sin las restricciones de la alta sociedad.

Tendría su caballo, y el espacio para montarlo durante el tiempo que quisiera.

También tendría su trabajo de caridad, algo que extrañaba mucho.

Para la señora Langton era una fuente de cierta vergüenza que Alison se hubiera involucrado tanto en el orfanato que mamá patrocinaba.

Mientras mamá les decía que era de esperar que una dama de buena crianza estuviera en la junta de algunas organizaciones benéficas, detestaba que sus hijas se acercaran realmente a esos lugares.

Pero a Alison no le importaba. Había visitado el orfanato y el hospital para soldados heridos, y pasaba horas leyendo a los hombres y enseñando a los niños a leer, cantar y hacer todo tipo de cosas.

Aquí, ni siquiera sabría por dónde empezar.

En Montvale, había ayudado a Abigail con sus deberes como duquesa, pero la verdad era que Montvale y sus alrededores prosperaban, al igual que todas las propiedades de Robert. Sus arrendatarios estaban muy bien atendidos. Y los niños contaban con una escuela y un excelente tutor.

Alison no había sido de mucha ayuda. Y aquí en Londres, era aún menos útil.

Había desayunado con té y tostadas, perdida en sus pensamientos melancólicos, y así fue como Abigail la encontró ahora.

“Siento mi comportamiento, Abby,” dijo, sus mejillas enrojeciendo de vergüenza por sus acciones de la noche anterior. “Dejé que mi temperamento se apoderara de mí, e hice que tú y

Robert se fueran temprano. Ni siquiera me despedí de Lord Fulham. Me comporté terriblemente."

Estudió el patrón de su taza, negándose a mirar lo que seguramente sería una mirada censora.

Sin embargo, cuando su disculpa fue recibida con silencio, Alison no pudo soportarlo más y arriesgó una mirada a su hermana.

Abigail, en lugar de parecer avergonzada o furiosa, sonreía amablemente.

"Sabes, nunca en mi vida había visto a Nicholas de otra forma que no fuera completamente calmado y sereno. Fue bastante impactante verlo tan alterado."

La mención del duque autoritario despertó inmediatamente el temperamento de Alison.

"Has mencionado eso antes," dijo amargamente. "Solo lo he conocido como un aburrido insoportable e insufrible."

Los ojos de Abigail se agrandaron y, de manera extraña, parecía estar tratando de ocultar una sonrisa.

"Sí, me he dado cuenta. Es ciertamente extraño."

Alison entrecerró los ojos con sospecha hacia su hermana mayor, pero Abigail solo le devolvió la mirada inocentemente.

Antes de que pudiera cuestionar las travesuras de su hermana, la puerta de la sala de estar se abrió y Robert entró llevando a Lottie en sus brazos.

Caminó directamente hacia Abigail y le dio un beso suave en los labios. Aunque fue breve y para nada inapropiado, había tal sentimiento de amor entre ellos que Alison sintió que estaba invadiendo un momento privado.

Y ella quería lo mismo. Con tanta desesperación.

Sabía que Robert le daba el crédito a Abigail por haberlo salvado de una vida llena de dolor y desesperación.

El ahogamiento de su hermana menor cuando él, James, Simon y Nicholas eran niños los había afectado a todos. Pero a ninguno más que a Robert, quien había intentado y fallado en salvarla.

A Abigail le encantaba bromear sobre lo antipático que había sido Robert con ella cuando se conocieron. Y aunque Robert no lo negaba, a Alison le costaba creerlo.

Él adoraba a su esposa y, a diferencia de otros nobles, no tenía miedo ni vergüenza de demostrarlo.

Abigail extendió los brazos para recibir a la bebé, y Robert se la entregó antes de dirigirse a su asiento en la cabecera de la mesa.

"Robert, quería disculparme por mi arrebato de anoche." Alison se lanzó directamente a su disculpa, queriendo terminar con ello. "Nunca quise causar una escena, y me siento terrible porque tú y tu amigo discutieron por mi culpa."

"No discutimos por tu culpa, Ally." Robert sonrió amablemente. "Discutimos porque Nic está perdiendo la cabeza. Es realmente bastante entretenido."

Alison frunció el ceño, confundida

Ella estaba aliviada de que Robert no estuviera enojado con ella, pero sus comentarios crípticos, junto con los de Abigail, solo sirvieron para confundirla aún más.

La conversación giró en torno a Charlotte, a su próxima asistencia a Almack's, a la visita de Alison a la modista. Pero Alison apenas participó.

Se sentía inquieta. Incluso un poco apática.

Aquí tenía Londres a sus pies. Caballeros apuestos como Lord Fulham cortejándola. Invitaciones a Almack's y a todos los eventos sociales posibles.

Debería estar feliz. Emocionada y anticipando todas las cosas maravillosas que experimentaría.

Una vez más, había permitido que el Duque de Barnbury y su evidente desdén la afectaran mucho más de lo que debería permitírsele.

"Así que, Ally. ¿Compras en una hora?"

La pregunta de Abigail interrumpió los pensamientos melancólicos de Alison.

Ella le dio a su hermana la sonrisa más brillante que pudo gestionar.

"Maravilloso," dijo.

Y lo sería. Se aseguraría de ello.

Si Lord Barnbury quería acusarla de ser superficial y frívola, entonces le mostraría lo frívola que podía ser.

***

"¿Qué es todo esto que escucho sobre que realmente mostraste algo de emoción anoche? Y en público, además."

Nicholas levantó la vista de su vaso de brandy para ver a James Harrington, Marqués de Avondale, sonriéndole desde arriba.

El primo de Alison.

Con el mismo cabello rubio y ojos azules.

Maravilloso.

Nic se puso de pie para estrechar la mano de James y luego hizo señas para otro vaso.

"¿Acabas de llegar?", preguntó mientras ambos tomaban asiento en la mesa de White's, evitando la pregunta de James.

"Anoche", respondió James. "Abby y Alison fueron a ver a Senna esta mañana para ir de compras."

El estómago de Nic se revolvió incómodamente.

"¿Y te contaron sobre anoche?"

"No. Robert vino con ellas para decírmelo a mí."

"Es peor que una vieja cotilla de la sociedad con sus chismes", gruñó Nic, ganándose una ceja alzada.

"Parece que él tenía razón entonces", dijo James cuidadosamente.

Un sirviente llegó con un vaso limpio y una segunda botella de brandy. Debía haber sentido que Nic lo necesitaba.

"¿Razón acerca de qué?" preguntó, tratando de mantener su tono igualado.

"Sobre cómo has cambiado. Eres diferente. Algo, o alguien, te está molestando."

Nic no sabía qué decir.

¿Qué podía decir?

Tu prima me está volviendo loco. Estoy sintiendo cosas que no he sentido en años, tal vez nunca. Estoy aterrorizado por lo mucho que la quiero.

Ninguna de esas cosas parecía particularmente apropiada para decirle al primo sobreprotector de una dama.

"Nada me está molestando, James", dijo, luchando por mantener la calma. "No confío en Fulham y me sorprendió que Robert estuviera fomentando el cortejo del hombre. Pero, por supuesto, no es asunto mío."

James frunció el ceño ante la mención de Fulham.

"Robert no sabía nada sobre la invitación de él hasta que el bastardo apareció", dijo. "Y él estaba tan molesto como tú, aparentemente."

"Sin embargo, los acompañó, James, y sabes tan bien como yo que Robert es la última persona que se molestaría por las buenas costumbres o expectativas." Hizo una pausa. "Aparte de Simon", agregó, en aras de la honestidad.

"Sí, y sabes tan bien como yo que Robert es indefenso ante los deseos de Abigail. Ella accedió a dejarlo unirse a ellas. Y Rob no iba a decir que no a eso."

James rodó los ojos, y Nic tuvo que reírse a pesar de sí mismo.

"¿Realmente crees que estás en posición de juzgar?" preguntó secamente, riendo de nuevo ante la cara avergonzada de James.

"Eso es algo aparte", dijo James con una sonrisa. "La buena noticia es que Fulham no será invitado a acompañar a Alison a ningún evento de nuevo. No se acercará a ella, si yo puedo hacer algo al respecto."

Por un momento, James pareció fiero e intimidante, no como su usual yo afable.

Eso hizo que Nic se sintiera ligeramente mejor, aunque no debería estar afectado en absoluto por lo que Alison Langton hiciera o con quién pasara tiempo.

"Pero aquí está la cosa."

El alivio de Nic fue de corta duración cuando James se inclinó hacia adelante. Sus claros ojos azules, exactamente del color de los de Alison, lo miraron fijamente.

"Sé por qué me molestó escuchar que Alison estaba uniéndose a Fulham. Y sé por qué Robert estaba molesto."

Nic se negó a romper el contacto visual. Se negó a ajustar su corbata de repente demasiado ajustada.

"Pero no puedo entender por qué a ti te molestó tanto."

Nic tragó con dificultad.

James quería una explicación, lo cual estaba bien y era correcto. Pero Nic no tenía una, porque Nic tampoco podía entenderlo.

"Supongo que me he acostumbrado a cuidar de ustedes a lo largo de los años", dijo finalmente.

James lo estudió cuidadosamente antes de asentir y recostarse en su silla.

"De hecho, has cuidado de todos nosotros en algún momento u otro a lo largo de los años", dijo con una sonrisa. Nic pensó que detectaba un atisbo de tristeza o, Dios no lo quiera, lástima en la expresión. "No es de extrañar que Simon te haya apodado 'San Nic'."

Maldito Simon y sus apodos. Él fue el único que alguna vez se sintió orgulloso de él.

"No soy ningún santo", gruñó Nic. Y era verdad.

No había sido santo en su juventud, embarazando a Ciara y luego fallándole.

Y se sentía tan lejos de ser santo como era posible cuando pensaba en Alison Langton y esos ojos, ese cabello, esa boca...

"Realmente no lo sabría, ya que no compartes mucho sobre tu vida privada."

Otra cosa que Nic realmente no quería discutir.

No estaba seguro de por qué ocultaba su trabajo en St. Giles a sus amigos. Sabía que lo aprobarían. Tal vez incluso ofrecerían ayuda.

Quizás porque era tan personal para él. Tenía mucho que ver con Ciara y el bebé. No quería tener que contarles sobre ella. Iría a su tumba sin decir una palabra al respecto a nadie.

Era más fácil mantener a la gente fuera de su vida tanto como pudiera.

Nadie podía resultar herido de esa manera.

James suspiró de nuevo.

"Como dijiste, Nic, has cuidado de todos nosotros. No es que te haya dado mucho problema. Pero - necesitas cuidarte a ti mismo también. Y aunque no quiero interferir, déjame decirte que, si llegaras a sentir algo por Alison, bueno, ninguno de nosotros objetaría."

El corazón de Nic golpeó dolorosamente con las palabras de James.

Maldición.

¿Había estado dando la impresión de que le importaba la chica?

Eso no serviría.

"James, creo que ha habido un malentendido. Yo... "

"No hay malentendido. Solo estoy pensando en voz alta."

James se puso de pie y golpeó a Nic en la espalda.

"Creo que todos debemos asistir a Almack's mañana por la noche. Tal vez te veamos allí."

Nic no respondió, simplemente observó a James mientras se abría paso entre las mesas camino a la puerta.

Si sus amigos empezaban a pensar que estaba formando un vínculo con Miss Langton, entonces necesitaba mantenerse alejado de ella aún más de lo que había estado haciendo.

En resumen, dondequiera que estuviera ella, él necesitaba no estar.

La Temporada no podía durar para siempre.

Y simplemente la evitaría hasta que se casara o se fuera a casa.

CAPÍTULO DOCE

Nic estaba más enojado consigo mismo hoy que en el teatro.

¿Por qué estaba parado en la maldita sala de baile de las Salas de Asamblea de Almack?

¿Por qué no se había mantenido alejado, como había planeado?

El mayordomo anunció la llegada del Duque y la Duquesa de Montvale, y de la Srta. Alison Langton.

Y allí estaba ella. La razón por la cual no se había mantenido alejado.

Alison.

Nic tragó el repentino nudo en su garganta.

Era etérea. Más hermosa que cualquier otra persona que hubiera visto.

Su cabello dorado estaba peinado en rizos sobre su cabeza, con mechones sueltos que rozaban sus hombros desnudos, diseñados, estaba seguro, para llevarlo al manicomio.

El vestido era exquisito. La seda azul hielo hacía que sus ojos parecieran grandes pozos de agua cristalina. Ojos en los que un hombre podría ahogarse, si fuera lo suficientemente tonto como para caer en ellos.

Observó cómo un grupo de debutantes se apresuraba a acoger a Alison entre sus filas.

Parecía que no solo los caballeros de la alta sociedad se habían rendido a sus pies.

Hablando de dichos caballeros, Nic los observó rodearla en cuanto Alison llegó. Eran como malditos sabuesos, captando su olor en el momento en que cruzaba la puerta.

Y ver cómo babeaban por ella no ayudaba en absoluto a su tan elogiado equilibrio.

Mantuvo su distancia mientras ella era presentada a las matronas.

Estas mujeres, sabía él, podían elevarla o arruinarla. Si ellas la aprobaban, seguramente sería considerada una Incomparable. Si no, podría enfrentarse a la oscuridad social.

Era absurdo. Pero era el mundo en el que vivían.

La oleada de sobreprotección que Nic sintió cuando ella se acercó hacia ellos, con la barbilla en alto y la cabeza erguida, era ridícula.

Se sentía protector hacia los niños que rescataba en St. Giles, hacia las mujeres que veían y hacían cosas que ningún ser humano debería hacer.

Eso tenía sentido.

Este impulso de correr hacia allá y apoyar a Alison Langton no lo tenía.

Además, ella era cuñada del Duque de Montvale y prima del Marqués de Avondale. No lo necesitaba a él.

Aun así, sus palmas se volvieron húmedas, su nerviosismo agudo mientras observaba a las

patronas estudiar a Alison.

Después de unos tensos momentos, las vio sonreír, y se sorprendió por el orgullo y el alivio que lo recorrieron.

Ella lucía tan complacida que una ternura que él no quería sentir se abrió paso en su corazón.

"Hola, Nic."

Nicholas se giró al sonido de una voz detrás de él y sonrió al ver a Senna Harrington, que lucía impresionante con su vestido verde esmeralda.

"Senna, es bueno verte." La sonrisa de Nic fue genuina mientras besaba la mejilla de la joven marquesa.

Era difícil creer que hace solo tres años, James y Senna ni siquiera se conocían. Ahora, después de la tragedia que los unió y los convirtió en tutores de su sobrina Poppy, estaban felizmente casados y esperando un hijo propio.

Nicholas siempre había apreciado a Senna. Y ella había ganado su respeto y gratitud eternos cuando arriesgó su propia vida para salvar a James.

"Parece que Alison ha recibido la aprobación de las matronas." Senna asintió hacia donde Alison estaba, un rizo rojo deslizándose sobre su frente con el movimiento.

"En efecto", respondió Nic, negándose a mirar para no delatarse.

"Y no son las únicas que la aprueban", se rió Senna. "Dios mío. Su tarjeta de baile estará llena antes de que la abra a este ritmo."

Esta vez, Nic no pudo evitarlo, y fulminó con la mirada justo a tiempo para ver a Fulham, de todos los hombres, acercarse a Alison con una mirada depredadora en el rostro.

"Está bien, eso es suficiente", dijo, y sin siquiera mirar de vuelta a Senna, se dirigió hacia Alison y sus muchos admiradores.

"Srta. Langton."

Ella se giró al sonido de su voz, con sus ojos azules mirándolo, y maldición si no sintió el impacto de ellos en lo más profundo de su alma.

"Buenas noches, su gracia."

Su reverencia fue perfectamente ejecutada, pero Nic no pudo evitar notar que el destello en sus ojos se desvaneció tan pronto como lo miró a él.

Y a pesar de sí mismo, lo echó de menos.

"¿Me haría el honor de bailar conmigo en el próximo baile, Srta. Langton?"

Sus ojos se abrieron de par en par y por un momento, pensó que vio alegría en las profundidades azules de ellos

Pero parpadeó, y desapareció.

“Me temo que la señorita Langton ya ha aceptado bailar el siguiente baile conmigo, su gracia.”

La voz nasal de Lord Fulham irritó a Nicholas, y le dirigió una mirada fría al hombre.

Nicholas sabía que volvería a ver su cara engreída esta noche o, más probablemente, mañana por la mañana cuando él saliera tambaleándose de uno de sus lugares habituales. Los lugares menos salubres que Nic vigilaba.

Nic no tenía problemas con los vicios.

El Señor sabía que no habría sido amigo de Simon, de todas las personas, si los tuviera.

Pero Simon solo jugaba en antros respetables. Y nunca trataba mal a las mujeres de ninguna clase.

No se podía decir lo mismo del canalla que tenía delante ahora.

La orquesta arrancó las primeras notas del vals, algo que Alison absolutamente no debería estar bailando con Fulham, y Nic no pudo hacer nada más que observar mientras Fulham le sonreía insolentemente antes de tomarla del brazo y llevarla a unirse a los otros bailarines.

Nicholas miró alrededor del salón.

¿Dónde estaban sus guardianes? ¿Los que no iban a permitir que Fulham se le acercara?

Robert no se veía por ningún lado, y James, como era de esperar, había sido abordado por un grupo de matriarcas.

La alta sociedad amaba a James. Y en cualquier momento, se le podía encontrar rodeado de más de una admiradora.

Mantente al margen, se dijo Nicholas. *Ella no es asunto tuyo.*

Miró de nuevo en dirección a los bailarines, y su mandíbula se tensó al ver a Fulham inclinarse para susurrarle al oído a Alison.

¿No le importaba al bastardo su reputación? ¿Lo que diría la gente al verlo manosearla en público? Ella acababa de recibir la aprobación de las matronas de Almack's.

Sabía que debía dejarlo estar.

Pero la razón lo había abandonado.

Cruzó el salón, ajeno a todos y todo excepto a ella.

Fulham giró a Alison para enfrentarla, con su mano descansando demasiado baja en su cintura, con su cuerpo demasiado cerca del suyo.

Antes de que pudieran moverse, Nic dio un paso adelante y tocó al otro hombre en el hombro, no muy suavemente.

Obtuvo un perverso placer en la mueca de disgusto de Fulham.

“¿Qué estás haciendo, Barnbury?” espetó el otro hombre.

Nicholas le dio su más altiva mirada ducal y disfrutó del trago de Fulham.

“La dama bailará esta pieza conmigo,” dijo en voz baja y firme.

Hubo un tenso silencio entre los dos caballeros mientras Fulham obviamente consideraba qué hacer.

Finalmente, Nic vio la derrota en los ojos del hombre más pequeño y, con una mueca de disgusto, Fulham se dio la vuelta y se marchó a zancadas.

Sintiendo una satisfacción maliciosa, Nic se volvió para enfrentar a Alison, una rara sonrisa genuina iluminando su rostro.

Sin embargo, esa sonrisa desapareció rápidamente ante su palpable enojo. Ella lo miraba furiosa, con los ojos entrecerrados, los labios fruncidos.

Parecía un gatito enojado, inofensivo y encantador, aunque Nic instintivamente sabía que no debía decir eso.

Las notas del vals resonaban en el salón, y Nic tomó a Alison en sus brazos, encontrando más difícil que nunca ignorar la sensación de bienestar al tenerla allí.

Todavía lo miraba furiosa, todavía enojada. Pero incluso sabiendo que estaba furiosa con él no podía apagar el deseo ardiente que inflamaba su sangre solo por sostenerla así.

"¿Qué exactamente cree que está haciendo, su gracia?" soltó ella, manteniéndose rígida, con la cabeza todavía inclinada hacia él para poder seguir fulminándolo con la mirada.

Estaba tan cerca que podía oler su fragancia floral, ver los destellos plateados en sus ojos.

"Estoy bailando, señorita Langton," respondió él con calma, disfrutando bastante ahora que ella estaba lejos de Fulham y en sus brazos.

Sus ojos se entrecerraron ante su respuesta despectiva.

"Sí, pero no acepté bailar esta pieza con usted. Acepté bailarla con Lord Fulham."

"Pero él no está aquí," respondió suavemente, permitiéndose una pequeña sonrisa. "Yo sí."

"Porque lo echó," espetó ella enojada.

"Sabe, estoy empezando a sentirme bastante ofendido, señorita Langton. Uno pensaría que no desea bailar conmigo."

Su boca se abrió, y le costó toda su fuerza no inclinarse y capturarla con la suya.

Esa noche en el balcón de Simon cuando ella había presionado sus labios contra los suyos todavía lo atormentaba.

No había sido un beso. No uno real. Había estado tan sorprendido por sus acciones y su reacción a ellas, que ni siquiera había respondido. Simplemente la había apartado y se había negado a pensar en ello de nuevo.

Pero si la besaba ahora...

"Pensé que sería al revés," dijo finalmente, interrumpiendo sus pensamientos. "No da precisamente la impresión de que ansíe mi compañía, su gracia."

Nic se puso serio ante el dolor en su tono.

Aunque su comentario había sido, estaba seguro, intencionado en tono ligero, no se podía negar la verdad en él.

Era injusto de su parte, lo sabía. Ser inconstante con ella. Ignorarla y despreciarla un momento, luego actuar como un pretendiente celoso al siguiente.

La verdad era que *sí* ansiaba su compañía. Pero no debería.

Aun así, su conflicto no era culpa de ella.

Si no hubiera sentido esta intensa, ardiente y abrumadora atracción por ella desde el segundo en que la conoció, habría sido más cortés, sabía Nic.

¿No era la cortesía por lo que se le conocía, después de todo? Como primo de un amigo cercano y cuñado de otro, habría prestado más atención a Alison. Habría bailado más con ella. Habría sido más amable. Habría tenido una conversación de más de diez segundos con ella.

Una incómoda culpa lo roía. Y no la culpa que vivía en su alma todos los días. Sino una nueva.

Una nacida de su mal comportamiento y no de las circunstancias trágicas de su pasado.

Miró hacia el hermoso rostro de la mujer en sus brazos y se dio cuenta de que ella estaba esperando una respuesta.

Podría intentar decir algo encantador, incluso coqueto, como haría Simon. O darle una sonrisa desarmante, como James.

Robert probablemente solo diría algo insultante.

Pero Nic no era otra cosa que honesto hasta la exageración. Y no era diabólico como Simon, ni encantador como James, ni brutal como Robert.

“He ansiado su compañía, señorita Langton,” dijo suavemente, sinceramente. “No he querido hacerlo. Pero créame, lo he hecho.”

Sus ojos se abrieron, y él escuchó su respiración entrecortada.

“Oh,” susurró finalmente, lo cual, dada su inclinación por decir cosas que lo volvían loco, era una novedad.

Hubo un momento de silencio ensordecedor antes de que ella frunciera ligeramente el ceño y hablara de nuevo

“No sé por qué no debería desear su compañía, ¿sabe?” dijo ella, sonando mucho más como su exasperante yo. “No quiero sonar arrogante, su gracia. Pero realmente nunca he conocido a nadie que deseara no querer estar cerca de mí.”

“Lo puedo creer,” dijo Nic sin rodeos.

Ningún hombre en su sano juicio la evitaría a propósito.

Él no había estado en su sano juicio en años.

“Entonces, ¿por qué...?”

“Señorita Langton,” la interrumpió, no queriendo ni siquiera intentar explicar la confusión de sus pensamientos sobre ella. “Me disculpo. Debería haber sido más amable. ¿Me haría el honor de dar un paseo conmigo mañana por la tarde?”

Una vez más, su boca se abrió de sorpresa.

Una vez más, Nic tuvo que contenerse para no aprovecharse.

Estaba cansado de preocuparse por la chica a la distancia. Si Robert y James no iban a mantenerla alejada de Fulham y su calaña, entonces Nic lo haría. Si eso significaba pasar sus días con ella en lugar de evitarla a toda costa, entonces eso haría.

“¿Quiere decir que quiere pasar tiempo conmigo voluntariamente?” preguntó secamente.

Era una maliciosa, de eso no había duda.

Y maldita sea si no encontraba eso casi dolorosamente atractivo.

“Si lo permite, sí.”

Ella lo miró con desconfianza, los bailarines a su alrededor olvidados por ambos.

“¿Es solo para mantenerme alejada de Lord Fulham?” preguntó, demasiado perspicaz para su gusto.

Una vez más, su sentido de la honestidad hizo acto de presencia.

“En parte, sí,” respondió con sinceridad, su corazón martillando ante la decepción que cruzó su rostro.

Ella guardó silencio por una eternidad.

La danza llegó a su fin, y Nic se encontró teniendo que hacer un esfuerzo para soltarla.

“Iré con una condición,” dijo finalmente mientras él la acompañaba de vuelta al borde del salón de baile.

Sus labios se curvaron.

“¿Y cuál es?”

“Quiero ir a Gunther’s,” dijo de repente, con la luz del desafío brillando en sus ojos. “Todo el mundo habla de lo deliciosos que son los helados. Quiero uno. Y quiero que usted tenga uno. Es frívolo y tonto e insignificante. Y quiero ir.”

Nic estaba seguro de que Alison pensaba que él se negaría a desperdiciar su tarde en algo tan frívolo.

Y, a decir verdad, raramente pasaba sus tardes lejos de St. Giles y los orfanatos y hogares que patrocinaba.

Pero de repente le repugnaba que Alison pensara que él era – ¿cómo lo había llamado? *Un viejo aburrido.*

Así que, solo esta vez, se permitiría eludir responsabilidades y demostrar que podía divertirse.

“Tiene un trato, señorita Langton.”

CAPÍTULO TRECE

"Oh, Ally, te ves maravillosa."

Alison se cepilló nerviosamente las manos por enésima vez por sus faldas. Al menos la mantenía alejada de retorcerlas.

Estaba llena de nervios y emoción.

Anoche, Lord Barnbury había sido, bueno, maravilloso.

Aunque le había molestado que él hubiera aparecido y tomado el control del vals, podía admitir para sí misma que por dentro había estado extasiada.

Él no había vuelto a bailar con ella, y Lord Fulham había sido todo cortesía cuando había venido a reclamar un baile, después de haber sido despojado del vals.

Sin embargo, James había intervenido, declarando que era hora de irse.

Alison debería haber estado irritada por la autoridad de su primo. Pero después de su baile con Nicholas, después del cambio en él, el vislumbre del hombre divertido y carismático que se escondía bajo su superficie sombría, nada podría haber empañado su estado de ánimo.

Había regresado a casa flotando en una nube de expectación.

Ahora estaba en el salón de estar, esperando la llegada de Nicholas y esperando desesperadamente que no hubiera vuelto al gruñón que usualmente era con ella.

"¿Crees que sí?" preguntó ahora, mordiéndose el labio.

"Por supuesto", respondió Abby inmediatamente. "Te verías maravillosa hasta con un saco, querida. Pero el limón te sienta tan bien".

Le había tomado una eternidad a Alison elegir qué ponerse para su tarde con Lord Barnbury. Debió haber probado cincuenta vestidos antes de que la pobre Eliza pudiera escapar a buscarle una chaqueta blanca, y un sombrero blanco adornado con un lazo de limón para combinar con el color de su vestido de paseo.

Mientras esperaba, Robert y Abigail se habían emocionado al escuchar el plan. Y aunque ninguno de ellos, especialmente Alison, lo consideraría un intento de cortejo, era agradable ver a Lord Barnbury intentando ser amable.

En las partes secretas de su corazón, partes a las que se negaba a dar credibilidad, Alison se preguntaba si el duque podría estar comenzando a apreciarla un poco.

Sus palabras de anoche habían sido tan crípticas. Había dicho que ansiaba su compañía, pero que no debería.

Esas palabras la confundían y emocionaban por igual.

Un gorgoteo de su sobrina la sacudió de su ensimismamiento, y miró hacia ella para ver a Lottie sonriéndole, con sus enormes ojos azules estudiándola intensamente.

El corazón de Alison se derritió.

Nunca se había considerado del tipo maternal. Sin embargo, al mirar a Charlotte ahora, tan encantadora en los brazos de su mamá, sintió una punzada de anhelo.

Alison se acercó y tomó al bebé de los brazos de Abigail, deleitándose con el chillido de Lottie.

Acunó a la bebé contra su pecho, inhalando el aroma de sus suaves rizos.

"Va a babear sobre tu vestido," Abigail le advirtió riendo.

Se escuchó un golpe en la puerta, y el corazón de Alison saltó de su pecho.

¡Él estaba aquí!

Captó la sonrisa cómplice de Abigail y sintió que sus mejillas se calentaban.

Sin embargo, antes de que pudiera reprender a su hermana, la puerta se abrió de golpe, y allí estaba él.

El aliento de Alison se cortó, no por la belleza del duque que, lo admitía, aún le quitaba el aliento, sino por la mirada en sus ojos al observar a Alison y Lottie.

Era tan intensa que la sintió en lo más profundo de su alma.

Al principio, los profundos ojos azules se iluminaron con un deseo tan fuerte que Alison sintió que podría quemar su piel.

Pero en el siguiente momento, se tornaron tan oscuros, tan desolados, que le dolió mirarlos.

¿Qué podría haber causado tal mirada de miseria absoluta en sus ojos?

Alison quiso acercarse a él, ofrecerle consuelo por un dolor que ni siquiera entendía.

Pero en un abrir y cerrar de ojos, todo rastro de emoción desapareció. Y él había vuelto a ser el duque frío, calmado e imperturbable de siempre.

Alison estaba comenzando a entender que él podía enmascarar cualquier emoción real con más facilidad que cualquier otra persona que hubiera conocido.

"Buenas tardes, Abigail. Buenas tardes, señorita Langton."

Se inclinó ante las dos damas, pareciendo completamente tranquilo.

Pero Alison sabía que no había imaginado esa mirada, y eso lo hacía aún más intrigante para ella.

"Si está lista, señorita Langton, mi faetón está afuera."

"Por supuesto." Sonrió, sintiéndose inexplicablemente tímida.

Anoche, cuando le había bromeado sobre llevarla a tomar helados y ser frívola, se había sentido segura en su compañía.

Ahora, se sentía insegura de sí misma.

Abby se apresuró a tomar a Lottie de los brazos de Alison.

"Adiós, dulce." Alison se inclinó para besar la mejilla de Lottie.

Se enderezó y observó cómo Lord Barnbury extendía un dedo y acariciaba suavemente la mejilla del bebé. Su estómago revoloteó alarmantemente al desatarse dentro de ella un deseo potente ante esa pequeña acción.

¡Dios mío! Qué lujuriosa de su parte.

"Estoy lista, su gracia," murmuró, sintiendo el calor en sus mejillas.

Salió de la habitación antes que él, ignorando deliberadamente la sonrisa de su hermana al pasar.

***

Nic aprovechó el tiempo que ayudó a Alison a subir al carruaje de asientos altos para tranquilizarse.

Ver a Bonnie el otro día y que le recordara a Alison lo había sacudido.

Ver a Lottie en los brazos de su tía lo había dejado perplejo.

Nic a menudo se había preguntado qué tenía Alison Langton que se le metía tanto bajo la piel desde el primer segundo que la vio.

Verla sostener a la sobrina que se parecía tanto a ella había sido una revelación cegadora.

Aunque no se parecían en nada, ni en apariencia ni en modales, la complexión de Alison era similar a la de Ciara; su altura, su figura. Su cabello rubio, aunque siempre perfectamente peinado a diferencia del de una doncella, era de un color similar. Y ambas tenían una alegría de vivir que era contagiosa. Aunque Nic había evitado hasta ahora la luz y el calor natural de Alison.

Ver a Alison sostener a Lottie había traído a su mente la imagen de Ciara sosteniendo a su bebé. Y eso le hizo darse cuenta de que el primer efecto inmediato que Alison tuvo en él fue porque por un breve instante, le recordó a la mujer a la que había fallado de la manera más imperdonable.

Sin embargo, todo después de ese primer momento, pensó con ironía, había sido completamente Alison. Y ahora que la conocía mejor, cómo podría haberle recordado a Ciara estaba más allá de su comprensión.

Al ver a Alison sostener a Lottie, el deseo y algo más que recorrió su cuerpo fue abrumador. Pero en ese mismo momento, recordó a Ciara y al bebé que había perdido, y su corazón se retorció de dolor. ¿Cómo podía una sola mujer causarle tanta fascinación como dolor?

¿Cómo podría contemplar ser padre alguna vez cuando había tenido la oportunidad y había fallado tanto a Ciara como a su hijo de la manera más atroz?

Reuniendo apresuradamente su control, se aseguró de que Alison estuviera segura y rodeó el faetón hasta su asiento.

Anoche mismo se había prometido que solo estaría en compañía de la señorita Langton, mantendría la cabeza fría y conservaría su elogiado equilibrio.

Subió al vehículo, girándose para enfrentar a Alison.

Ella le sonreía radiante. Vestida de limón y blanco, su cabello brillando bajo el sol de verano, sus ojos azules resplandecían como pozos de aguas cálidas y exóticas, parecía un soplo de aire fresco. Una joven inocente y despreocupada que no necesitaba ser arrastrada a su complicado y triste pasado.

El problema era que Nic estaba encontrando cada vez más difícil mantenerla al margen.

Se encontraba queriendo compartir la verdad con ella, queriendo explicarle por qué la mantenía a tanta distancia. Y por qué le resultaba tan difícil hacerlo.

"Entonces, ¿creo que exigió helados, señorita Langton?"

Su risa era como un bálsamo para su alma.

"Solicité helados, su gracia. Muy educadamente."

Su propia risa se unió a la de ella.

"Muy educadamente." Sonrió, sintiéndose más joven y ligero de lo que se había sentido en años.

Hizo avanzar a los dos caballos grises hacia el concurrido tráfico y los jinetes, en silencio mientras navegaba por la bulliciosa calle.

"Gracias, su gracia."

Miró ante la tímida declaración, sorprendido de ver sus ojos bajos de una manera inusualmente modesta.

"¿Por qué, señorita Langton?"

Ella levantó la vista hacia él entonces, sus mejillas sonrojadas, haciéndolo anhelar tocarla.

"Por decidir perdonarme por cualquier crimen que hubiera cometido cuando nos conocimos. Y por... bueno, por acosarlo en el balcón de Simon," soltó ella.

Nic sintió esa nueva e incómoda culpa llenarlo nuevamente.

Había sido injusto. Lo sabía.

La señorita Langton era consentida y frívola, quizás un poco superficial.

No había nada de malo en eso. Era una joven hermosa que experimentaba su primera Temporada. Debería ser frívola y superficial.

No era culpa de ella que Nic se sintiera tan ferozmente atraído por ella. Ni tampoco era su culpa que nunca pudiera estar con alguien como ella.

El pasado de Nicholas lo había cambiado de una manera fundamental. No podía hacer nada más que dedicar su vida a ayudar a otros, tratando de alguna manera de aliviar la culpa que ahora era una parte tan grande de él.

Era simplemente quien era.

Y alguien como él no pertenecía a alguien como ella.

Pero por ahora, por hoy, podía simplemente intentar disfrutar de su compañía. Incluso sabiendo que la brecha entre ellos era demasiado grande y siempre lo sería.

"No cometió ningún crimen," dijo suavemente. "Estaba... frustrado. Por cosas que estaban fuera de su control... y aparentemente del mío."

Podía ver su confusión ante su críptico comentario, pero no estaba dispuesto a confesar la atracción casi insoportable que sentía hacia ella. Y por supuesto que no se acercaría a una conversación sobre besarla.

"Ahora, dígame qué sabor exigió... ejem, *solicitó*," rió.

Su ceño se despejó, y esa sonrisa iluminó su rostro una vez más.

"No tengo idea," dijo emocionada. "Hay muchos, ¿verdad? Quiero probarlos todos."

"Bueno entonces." Asintió. "Serán todos."

CAPÍTULO CATORCE

Se estaba divirtiendo muchísimo, decidió Alison algún tiempo después. ¡De una manera peligrosa! Su corazón estaba en más peligro que nunca hoy, cuando Nicholas estaba siendo tan encantador. ¡Tan alegre!

Habían hablado, reído y bromeado sobre la alta sociedad y las marcadas diferencias entre la sociedad inglesa y la americana.

Tenía un sentido del humor pícaro, y sus comentarios sobre la alta sociedad y sus miembros eran tanto cautivadores como hilarantes.

Ahora, habían cruzado la calle hacia Gunther's para conseguir los helados que ella tanto quería.

Ella había objetado riendo cuando él declaró que traería uno de cada sabor.

Por supuesto que no lo haría. ¡No podría!

Alison miró a su alrededor, absorbiendo los vaivenes a su alrededor. Como en todos los lugares que Abigail le había descrito, Gunther's estaba positivamente rebosante de personas de alta sociedad, y Alison estaba encantada con la cantidad de saludos que le dirigían.

Parecía que realmente se había asegurado un éxito en la ciudad.

Hace solo unas semanas, eso habría emocionado a Alison, ya que significaría que tendría su elección de pretendientes.

Ahora, aunque estaba aliviada y contenta, la idea de un esposo le resultaba detestable.

La verdad era que no había conocido a un solo caballero que le interesara.

Excepto uno.

Como si sus pensamientos lo hubieran invocado, apareció Nicholas, y Alison se llevó una mano a la boca.

Llevaba una bandeja de plata llena de cuencos de helado de diferentes colores.

Y detrás de él, dos sirvientes, llevando bandejas idénticas llenas de más cuencos.

Rió a carcajadas mientras él se acercaba a ella, sin importarle los suspiros, murmullos y miradas a su alrededor.

"Mi querida señorita Langton." Hizo una reverencia elaborada al llegar al faetón. "Su selección."

Le entregó la bandeja antes de saltar ligeramente al asiento del conductor.

Luego tomó las bandejas de los sirvientes que esperaban, una en cada mano.

"¿Dónde vamos a poner todo esto?" Alison jadeó.

"Hmm. Supongo que no quiere comer todos."

"No creo que *pudiera* comer todos," rió. "No puedo creer que haya traído todos."

"Usted quería todos," respondió simplemente, pero el corazón de Alison se elevó como si él

hubiera declarado su amor por ella. “¿Por qué no los prueba y elige los que le gusten?”

Se mordió el labio, recorriendo con la mirada los helados que se derretían, tratando de decidir cuál parecía mejor. “¿No quiere probar?”

Miró hacia arriba cuando él no respondió para encontrarlo observándola, con sus ojos brillando con un calor que le quemaba la piel.

Se sintió atrapada en esa mirada, incapaz de apartar la vista, incapaz de respirar.

Un grito repentino desde el otro lado de la calle rompió el aire, y los ojos de Nicholas se apartaron de los suyos.

Alison respiró profundamente, con su corazón palpitando.

No estaba muy segura de lo que acababa de pasar, pero sentía como si algo hubiera cambiado entre ellos.

Sintiendo un calor febril, tomó un helado de limón y comenzó a comerlo con la delicada cuchara de plata.

Estaba bastante segura de que era delicioso. Pero no podía saborear nada

***

El corazón de Nicholas latía tan fuerte que le sorprendía que Alison no pudiera escucharlo.

Contrólate, hombre, se decía una y otra vez.

Estar tan cerca de ella, percibir ese aroma floral, ver la brisa de verano jugar con los mechones sueltos de su cabello ya era suficiente tortura.

Su deseo había estado vibrando en sus venas desde el segundo en que la había visto.

Ver su deleite cuando llegó con un helado y sorbete de cada sabor del menú había despertado algo infinitamente más potente y peligroso que el deseo. Ternura.

Había levantado más de una ceja durante su compra, y conocía a la alta sociedad lo suficiente como para saber que las lenguas estarían murmurando.

Pero a Nic no le importaba. Todo había valido la pena para ver su rostro iluminarse de alegría.

Pero cuando ella le preguntó si quería probar, Dios lo ayudara, casi la habría devorado allí mismo. A la vista de todos.

Había requerido un esfuerzo hercúleo simplemente apartar la vista de ella.

Esta situación estaba rápidamente escapando de su control. Y eso no era algo a lo que estuviera acostumbrado. De hecho, siempre se aseguraba de que cada parte de su vida estuviera rigurosamente bajo su control.

Pero eso fue antes de Alison Langton.

Sin embargo, no podía quedarse ahí en la tormenta interna. Y no castigaría a Alison nuevamente por sus propias deficiencias volviendo a ser un gruñón y desagradable.

Se giró para enfrentarla, preparándose para el impacto de su presencia.

"El limón", sonrió. "Una buena elección."

Ella lo miró por un momento antes de parpadear rápidamente.

"Oh, sí. Combinaba con mi vestido", dijo irónicamente.

Tomó aliento y luego miró a su alrededor.

"Temo que estos se desperdiciarán, su gracia."

"Tonterías", respondió de inmediato. "Quería probarlos todos, y habría sido negligente si no hubiera asegurado que su primera experiencia en Gunther's fuera todo lo que pudiera desear."

Ella le sonrió ampliamente, y él tuvo que tragar un nudo repentino en la garganta.

"¿Cree que podríamos dejar de lado el título formal?" de repente soltó. "Lo odio."

"Pero eso no sería para nada adecuado, su gracia", dijo, luego levantó la comisura de la boca en una expresión traviesa. "Y sabemos que es todo un campeón de la propiedad."

Él no pudo evitar que se le curvara la comisura de los labios en respuesta.

"Es una traviesa, señorita Langton", la reprendió con falsa seriedad. "Pero creo que comprar todo el salón de té al menos debería darme que me llame por el nombre de pila."

Ella sonrió, sacudiendo la cabeza.

"Muy bien", concedió. "Lo llamaré Nicholas. Y usted me llamará Alison."

La idea complació a Nic más de lo que debería, y sin confiar en sí mismo para hablar, simplemente asintió.

Pasaron diez minutos agradables riendo mientras probaban los helados que se derretían rápidamente.

Finalmente, sin embargo, tuvieron que admitir la derrota, y Nic hizo señas para que los sirvientes vinieran a recoger las bandejas y los vasos.

"Me siento avergonzada de haber desperdiciado tanto", dijo Alison. "Pero no podría comer ni un bocado más."

"¿Al menos logramos encontrar su favorito?" preguntó él.

Ella se mordió el labio en concentración mientras consideraba las opciones, y a Nic le costó no gemir en voz alta por esa acción.

Finalmente, encogió los hombros.

"No pude elegir uno", dijo. "Había demasiadas opciones deliciosas."

"Bueno, entonces lo intentaremos de nuevo la próxima vez", dijo él.

Sus ojos se levantaron hacia él, y pudo ver claramente el deleite nadando en sus profundidades.

"¿La próxima vez?", preguntó ella.

El corazón de Nic martilleaba en su pecho.

Sonrió suavemente hacia ella.

"La próxima vez", dijo.

Mientras conducían de regreso a la casa de Robert, Alison charló a su lado todo el camino.

Su *joie de vivre* era contagiosa, y Nic se encontró riendo a carcajadas por sus declaraciones escandalosas y opiniones sobre la vida como estadounidense en Inglaterra.

Olvidó ser contenido. Olvidó ser siempre sombrío y serio. Simplemente habló, rió y disfrutó de la compañía de la mujer en la que no había dejado de pensar en un año.

Cuando llegaron a la casa de la ciudad de Robert, a pocos pasos de la suya, Nic se sorprendió de

lo decepcionado que estaba de despedirse de ella.

Saltó del faetón, lanzando las riendas a un lacayo que esperaba, luego corrió para ayudarla a bajar.

No pesaba nada en absoluto y mientras sus manos rodeaban su cintura y la levantaban, colocándola lentamente sobre sus pies, la llama de su deseo crepitaba con vida.

Deseaba más que nada inclinar la cabeza y capturar su boca en un beso que estaba seguro cambiaría su vida para siempre.

Solo la fuerza de voluntad pura lo mantenía alejado de hacerlo.

Y esa fuerza de voluntad se estaba debilitando segundo a segundo.

"Alison, yo..."

"Ahí está."

Nic insultó suavemente entre dientes mientras Rob aparecía en la puerta de su casa.

Aunque su amigo parecía lo suficientemente tranquilo, Nic no pasó por alto que lo observaba con mucha perspicacia.

Se alejó de Alison, maldiciendo la interrupción de su amigo.

Podría haber sido un pensamiento esperanzador, pero podría jurar que también vio arrepentimiento en los ojos de Alison.

¿Podría ser posible que ella hubiera querido su beso?

Ella se apartó de él y subió rápidamente los escalones hacia la casa, dejándolo atrás para seguirla.

Una vez que estuvo a la altura de los ojos con Robert, Nic descubrió que no podía sostener la mirada especulativa de su amigo, y entró en la casa sin invitación, sin haberla necesitado nunca.

Siguió el aroma de limón hacia el salón, con sus pies tirando de él tras ella, incluso antes de que su mente lo alcanzara.

Esto, sabía, no era bueno.

Dejar caer su guardia por una tarde lo había hecho aún más susceptible a ella.

Sentimientos que había logrado enterrar se volvían más difíciles de ignorar. Sentimientos aterradores, imposibles.

"¿Bebida?"

Saltó al sonido de la voz de Robert justo detrás de él.

"¿Qué estás haciendo, acechándome así?" gruñó.

"No te aceché", respondió Robert. Hubo una ligera pausa. "Quizás estabas simplemente distraído."

La mirada perspicaz en los ojos grises de Robert hizo que Nic se pusiera nervioso, y se aclaró la garganta.

"Y debes quedarte a cenar con nosotros, Nic", dijo Abby, que estaba sentada junto a Alison en un chaise cerca de la ventana.

Las hermanas eran increíblemente parecidas con su brillante cabello rubio y grandes ojos azules.

Entonces, ¿por qué podía mirar a Abigail, ver lo hermosa que era, y no sentir nada?

¿Por qué miraba a Alison y sentía que era una parte de él que ni siquiera sabía que le faltaba?

Un pánico comenzó a agitarse en él, deslizándose por sus venas y acelerando su corazón.

Nunca se había considerado cobarde, pero estos sentimientos lo estaban asustando. Necesitaba alejarse de aquí. Lejos de ella.

"Oh, sí." Alison sonrió hacia él, sus ojos azules tan confiados. "Por favor, quédese."

El corazón de Nic estaba retumbando, aterrorizado por los cambios que esta chica había provocado en él.

Había abandonado sus responsabilidades para llevarla a dar un paseo por la tarde. Ahora, después de jurarse a sí mismo que nunca volvería a amar, él era...

Nic apartó su mirada de un sentimiento al que no estaba listo para enfrentarse.

"No puedo", balbuceó.

Robert, Abigail y Alison fruncieron el ceño en confusión ante su arrebato.

"Tengo... tengo que ir a algún lugar. ¿Me disculpan?"

Con una breve reverencia, y evitando el contacto visual con Alison, se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación como si los demonios lo persiguieran, poniendo la mayor distancia posible entre él y todo lo que sentía en esa habitación.

CAPÍTULO QUINCE

“Vaya, Ally. ¿Qué le hiciste?”

Alison se encogió de hombros impotentemente, tratando de disimular el dolor y la decepción que sentía.

Era una tontería, por supuesto, sentirse *herida* porque el hombre no se quedaba a cenar.

Pero... bueno, no podía sacudirse la sensación de que acababa de huir.

¿Adónde podría necesitar ir a esta hora? Era demasiado tarde para visitar a alguien, y Abby había dicho que Nicholas solía asistir a los mismos eventos que ellos.

No había nada por lo que apresurarse esa noche.

Lo único que valía la pena notar era una velada musical en casa de Lady Amberley, algo a lo que Robert se negaba a asistir porque no estaba seguro de despertarse del sueño que el evento induciría. Y si Robert no iba a asistir, entonces era probable que Nicholas tampoco lo hiciera.

Alison no había tenido objeciones para asistir a la velada con su hermana más temprano.

Mientras esperaba la llegada de Nicholas, no habría objetado a nada.

Ahora... bueno, ahora que él se había marchado, una noche tranquila llena de nada más que música y tiempo para obsesionarse con el desconcertante duque no sonaba tan atractiva.

Recordó lo que Lord Fulham había dicho el otro día, sobre Nic siendo un ávido jugador que frecuentaba los infiernos alrededor de St. Giles.

Simplemente no le parecía cierto. Siempre era tan concienzudo, tan correcto. ¿Sería realmente el tipo de hombre que jugaba descuidadamente todo el tiempo?

No es que le molestara, per se. Simplemente parecía fuera de su carácter.

La otra alternativa era que él frecuentaba *otro* tipo de establecimiento en The Rookery. Algo que probablemente no debería saber, siendo una joven soltera.

Pero no era ingenua, y no era estúpida.

Debería haberle preguntado al respecto. Lo molestaría hasta saber la verdad. Le incordiaría como una picazón que no podía rascarse. Pero tenía demasiado miedo de escuchar algo que no quería saber. Demasiado miedo de que la verdad la lastimara de alguna manera.

Alison se levantó de un salto, enojada consigo misma por pensar demasiado en todo. Precisamente por eso necesitaba salir esta noche. Para distraerse de cualquier pensamiento sobre Nicholas Fyfe.

“¿Nos preparamos para irnos, Abigail? Estoy bastante ansiosa por el musical de Lady Amberley.”

Salió apresuradamente de la habitación, antes de que su hermana le hiciera más preguntas sobre el duque de Barnbury.

Lo último que quería era hablar de él

***

"Es solo sorprendente, eso es todo. Parece tan diferente últimamente. Y no lo vemos ni la mitad de lo que solíamos verlo."

Alison apretó los dientes mientras Abigail seguía parloteando sobre Nicholas.

Normalmente, estaría más que feliz de hablar sobre el duque en menor detalle. Pero no esta noche, cuando necesitaba un descanso de sus pensamientos y sentimientos sobre el exasperante hombre.

"Buenas noches, su gracia. Señorita Langton."

Alison se sintió aliviada por la interrupción y levantó la vista para ver a la señorita Harriet Billings sonriéndoles.

Había conocido a la señorita Billings en algunos eventos anteriores de la sociedad. Era una chica agradable y tranquila. No exactamente fascinante, pero lo suficientemente amable y, lo más importante, una distracción del monólogo de Abigail sobre Nicholas.

"Buenas noches, señorita Billings. Qué bien se ve esta noche. Por favor, únase a nosotras." Abby señaló una silla vacía junto a Alison.

La señorita Billings tomó asiento, sus faldas con volantes se desplegaron a su alrededor.

"¿Está disfrutando de las actuaciones?" preguntó Alison.

"Oh, sí." La señorita Billings sonrió. "Confieso que estoy un poco nerviosa por si me llaman. A mamá le gusta que toque para la gente, pero me pongo tan ansiosa."

El corazón de Alison se compadeció de la joven. La señora Billings ciertamente parecía empujar a su hija al centro de atención en cualquier oportunidad. Y Harriet Billings no parecía ser del tipo que disfruta de ese tipo de cosas.

"Estoy segura de que lo hará maravillosamente bien." Alison sonrió.

"¿Toca o canta, señorita Langton?"

Lo hacía, de hecho. Y hacía ambas cosas razonablemente bien. Pero no tenía intención de hacerlo esa noche.

"Me temo que no," dijo Alison con calma, ignorando la ceja levantada de Abby. "Pero estoy deseando escuchar a los demás."

Las damas charlaron un poco más antes de que la señora Billings se acercara, exigiendo que su hija actuara

Alison hizo una mueca en señal de apoyo.

Resultó que la señorita Billings era una encantadora cantante y pianista.

Alison la observó, sintiéndose desesperadamente apenada por la chica cuyas mejillas estaban escarlata todo el tiempo que actuaba.

Luego, estaba a punto de acercarse cuando notó que Lord Fulham se dirigía hacia Harriet.

Si era posible, las mejillas de la chica se colorearon aún más.

Parecía verdaderamente deslumbrada por el lord de cabello rubio.

Lord Fulham había, hasta esta noche, prestado atención particularmente cercana a Alison. Sin embargo, esta noche aún no le había hablado.

Alison se cuestionó por no preocuparse en lo más mínimo.

No tenía interés en Lord Fulham, ni en nadie más.

Mientras observaba, sin embargo, la mirada de Lord Fulham se movió hacia la suya como si estuviera viendo su reacción.

¿Esperaba que estuviera celosa? ¿Debería estar celosa?

Exhaló un suspiro de consternación.

Como temía, Nicholas Fyfe la había arruinado completamente para cualquier otra persona

[JS1][NM2]

***

Han pasado tres días.

Tres días exasperantes.

Y aunque Nic había pasado la mayor parte del tiempo en St. Giles, entregándose a sus causas como nunca antes, había notado cada día. Cada hora. Cada segundo.

Porque eran días, horas y segundos que pasaba lejos de Alison.

No ayudaba que cada mañana, al abrir los periódicos, leyera algo sobre su tarde con ella. Aunque se enorgullecía de no leer las hojas de escándalo, no había podido resistir echar un vistazo.

¿Ha logrado el nuevo diamante de Londres lo que ninguno pensó posible, y capturado la atención del duque soltero?

¿Se ha rendido el misterioso Duque de B al arco de Cupido en forma de la belleza americana de cabello rubio y ojos azules que ha cautivado a la Ciudad?

Parece que, con todo Londres a sus pies, nadie es inmune a los encantos de la señorita L. Incluso nuestro estimado Lord B parece haber caído bajo los favores de la dama.

¿Qué diablos le había pasado?

¿Cómo había pasado de encontrarla mimada e irritante a sentir que no podía respirar sin ella cerca?

Ni siquiera se habían besado, por Dios. Bueno, a menos que contáramos la vez que lo abordó en el balcón de Simon hace más de un año.

Durante los últimos días, había intentado convencerse de que quizás solo estaba ansioso por compañía femenina.

Pero la idea de estar con otra mujer no le atraía en lo más mínimo. De hecho, se sentía extrañamente culpable solo por considerarlo.

Así que había merodeado por las casas y hospitales que financiaba, sintiéndose miserable y confundido.

El problema era que había llegado a *apreciar* realmente a Alison Langton, más allá de estar más visceralmente atraído por ella que por cualquier otra persona antes.

Sí, era juguetona y un poco mimada. Pero era brillante, burbujeante y alegre. Amaba a su familia; era amable con todos los que veía con ella. Y pasar tiempo con ella lo hacía sonreír más

que en años.

Pero el hecho seguía siendo que eran y siempre serían incompatibles.

Los eventos de la vida de Nic, la tragedia de la pérdida de Ciara y la pérdida de su hijo lo habían convertido en una persona completamente diferente. Una persona que no estaba particularmente interesada en el mundo brillante al que pertenecía. Una persona que había pasado los últimos diez años de su vida dedicado a ayudar a los menos afortunados, sintiéndose culpable por la riqueza y el privilegio con los que había nacido, y haciendo todo lo posible por compartirlos.

Alison Langton había venido aquí para encontrar un marido que estuviera en el centro de ese mundo. Quería fiestas y frivolidades. Una vida social digna de un miembro de la nobleza.

No podía imaginarla queriendo pasar sus días ayudando a niños de las calles, o a prostitutas en problemas.

Y él nunca se lo pediría.

Nic apenas tenía estómago para algunas de las cosas que veía en las calles de St. Giles. Nunca desearía exponer a Alison a las cosas que presenciaba. La depravación que lo rodeaba todos los días de su vida.

Así que, eso dejaba una brecha entre ellos que nunca se cerraría. Estaban mundos aparte el uno del otro, en más de un sentido.

Nic no sabía si alguna vez se casaría. Aunque sabía que tenía un deber con su título, estaba dispuesto a permitir que un primo lo heredara todo.

Si dejaba este mundo solo, en la periferia de la vida de sus amigos, eso sería suficiente para él. Al menos sabía que al mantener a todos a distancia, no podía lastimarlos.

Se convenció de esto.

Y luego se imaginó a Alison en todos los eventos a los que seguramente asistiría. Ataviada con sus galas y luciendo como un ángel. Con los caballeros de la sociedad rendidos a sus pies.

Se la imaginó eligiendo a uno de sus muchos admiradores. Casándose. Llenando una guardería. Perteneciendo a otra persona.

Y la envidia que lo atravesó fue exquisitamente dolorosa.

Finalmente, ahora, después de tres días, admitió la derrota.

Quería verla.

Aunque fuera una tontería.

Salió de su casa, sintiéndose más ligero de lo que había estado en días solo por la mera posibilidad de estar en su compañía, y caminó la corta distancia hasta la casa de Robert.

Aunque era pasada la hora de la cena, y no cerca de los horarios habituales de visita, Robert, James, Simon y Nic siempre habían tratado las casas de los demás como propias.

Nadie pestañearía si Nic apareciera ahora.

De hecho, cuando el lacayo abrió la puerta, nadie sugirió siquiera anunciarlo, dada la hora tardía. No habría ningún miembro de la sociedad allí para comentar sobre la falta de ceremonia, así que se dirigió hacia el salón donde sabía que estaría la familia.

Al llegar, Nic abrió la puerta y entró.

Robert y Abigail se separaron de inmediato, y a juzgar por el rubor en las mejillas de Abby, habían estado haciendo algo en lo que Nic preferiría no pensar.

“Espero no interrumpir” dijo Nic irónicamente, escaneando la habitación con los ojos.

Seguramente no habrían estado actuando así delante de Alison.

El resto de la habitación estaba vacío.

Ella no estaba aquí.

“De hecho lo haces” dijo Robert, colocando a Abigail bajo su brazo cuando ella intentó moverse.

Nic ignoró la ridícula envidia que lo recorrió al ver la libertad de Rob para actuar como quisiera con la mujer que am... bueno, mejor no. Su mente se apartó rápidamente de ese tren de pensamiento particular.

Sonrió ante el malhumor de Rob.

Al menos Rob tenía la decencia de parar. Si hubiera entrado en casa de Simon y Amelia, estaba seguro de que habría presenciado todo un espectáculo.

Nic deseaba desesperadamente preguntar por Alison, pero no quería ser demasiado obvio, no fuera a levantar preguntas que no estaba dispuesto o no podía responder

"¿No saliste esta noche?", preguntó.

Rob levantó una ceja. "Bueno," dijo con una sonrisa burlona. "Estoy aquí. Así que, no."

Hubo un silencio tenso mientras marido y mujer simplemente lo miraban.

"E-estás solo? Es decir, ¿no tienes compañía?", tartamudeó.

Abigail frunció el ceño, confundida hacia Rob. Nic no la culpaba. No es como si estuviera diciendo algo coherente.

"Um, no", respondió educadamente. "Lottie está en la cama. Somos solo nosotros."

Ella debía malditamente saber que no estaba preguntando por Lottie.

Nic trató de no mostrar ninguna frustración.

Hubo otra pausa tensa antes de que Rob riera suavemente y se dirigiera a la mesa de bebidas.

"Si quieres saber dónde está Ally, Nic, solo pregunta", dijo Robert suavemente.

Nic se congeló ante las palabras dichas suavemente por Robert.

Miró a Abby, quien le estaba sonriendo, luego a Rob, quien ya había llenado un vaso de brandy y se lo tendía.

Nic trató de no dejar que su mano temblara al aceptar el vaso.

¿Qué se suponía que debía decir a eso?

No estaba acostumbrado a sentirse desorientado. Y ciertamente no estaba acostumbrado a ser el objeto de burlas en su círculo de amigos.

"N-no sé a qué te refieres", logró balbucear antes de vaciar el contenido de su vaso.

Una vez más, el silencio descendió, y Nic maldijo a ambos al infierno.

Finalmente, no pudo soportarlo más.

"Ahora que lo mencionas", intentó, probablemente fallando en sonar casual. "¿Dónde está la

señorita Langton esta noche?"

Frunció el ceño ante el resoplido de Rob.

Al menos Abigail tuvo compasión de él, pues lanzó miradas asesinas a Rob antes de volver a Nic.

"Ella está en los Jardines de Vauxhall esta noche", dijo casualmente. "La señorita Harriet Billings la invitó."

Nic frunció el ceño, no del todo feliz con este giro de los acontecimientos.

Sabía que los Jardines atraerían a Alison. Los fuegos artificiales, las fuentes, y los caminos secretos. A ella le encantaría un lugar así.

Pero junto con lo caprichoso, había un verdadero potencial para que una joven se metiera en problemas.

De todos los lugares en Londres que frecuentaba el *beau monde*, los Jardines de Vauxhall eran los menos decorosos, los menos inhibidos.

Se mezclaban clases, comerciantes y sirvientes codeándose con los Pares. Y más de una persona había sido conocida por tirar la precaución por la ventana allí.

Nic no podía creer que Rob dejara que Ally fuera allí sola.

"No estoy familiarizado con la señorita Billings", dijo, tratando de no entrar en pánico. "¿Su familia es conocida?"

"Su padre y yo nos hemos encontrado brevemente", dijo Rob. "Parecen bastante decentes."

"Y su padre también va, ¿verdad?", dijo Nic entre dientes.

Rob y Abby intercambiaron una breve mirada, lo que lo irritó aún más.

"No, la señorita Billings mencionó que su hermano las acompañaría. Él es oficial del ejército de Su Majestad", dijo Abby tranquilizadoramente.

Un soldado.

¡Eso era peor! Nic había conocido a demasiados soldados por las calles de St. Giles como para confiar la seguridad de Alison a uno.

"¿Y simplemente la dejaste ir así?", arremetió contra Robert, perdido el sentido y la razón.

Rob entrecerró los ojos ante la furiosa crítica de Nic.

"Si pensara que estaría en peligro, Nic, no la hubiera dejado ir."

"¿Y cómo sabes si está en peligro o no?", gruñó. "Parece que has estado más que un poco distraído."

La cara de Abigail cayó ante las palabras de Nic, y él sintió un retorcijón de culpa en las entrañas, que ignoró.

Racionalmente, sabía que tanto Abby como Rob estaban dedicados a darle a Alison una Temporada exitosa y segura. Que nunca la pondrían en peligro a propósito.

Pero la racionalidad no tenía lugar en su mente en este momento.

"Nic..."

Escuchó la advertencia en el tono de Rob, pero ya no le importaba.

"Robert, ¿crees que deberíamos haberla dejado ir?" Abigail sonaba angustiada, pero una vez más, Nic se negó a sentirse culpable por ello.

"Voy a asegurarme de que esté bien", espetó.

Robert suspiró. "Voy contigo", dijo. "Y necesitas calmarte."

"No te esperaré", dijo a su amigo.

En alguna parte de su mente, sabía que se estaba poniendo al descubierto. Abriéndose a la interrogación, pero sin esperar una respuesta de ninguno de los dos, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Quería encontrar a Alison y asegurarse de que estuviera a salvo.

Después de eso, podría preocuparse por las consecuencias de lo revelador de sus acciones.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Alison estaba cautivada por los paisajes y sonidos a su alrededor.

Cuando la señorita Billings había enviado una nota invitándola a unirse a su grupo para ir a Vauxhall Gardens, Alison había estado emocionada. No solo porque sería una buena distracción de tres miserables días preguntándose por qué Nicholas había desaparecido una vez más.

Al principio, Abby se había opuesto a que aceptara la invitación. Y Robert se había negado rotundamente.

Pero con ruegos, súplicas, peticiones y ofreciendo la perspectiva de una noche a solas, finalmente cedieron.

Robert había interrogado al Capitán Billings, el hermano de Harriet, cuando su carruaje llegó para llevar a Alison a Vauxhall y se aseguró de que estuviera en buenas manos.

El Capitán y su amigo habían estado atentos a Harriet y Alison toda la noche, asegurándoles un palco y cuidando que no se acercaran caballeros de dudosa reputación.

Este lugar era como nada que hubiera visto antes.

Había artistas acrobáticos, un quiosco para bailar y un laberinto de senderos iluminados con farolillos, salpicados de fuentes y asientos escondidos.

Incluso había falsas ruinas en el medio, para su asombro.

Era emocionante. Mágico, incluso.

Y aunque deseaba estar experimentándolo con Nicholas, estaba decidida a disfrutar cada momento.

Ya había bailado con el Capitán Billings, un caballero discreto y tranquilo, muy parecido a su hermana, y con su amigo, el Capitán Sorrell, quien hablaba líricamente sobre la chica con la que planeaba casarse una vez que regresara a su natal Escocia.

Alison se sintió invadida por la envidia mientras el Capitán Sorrell hablaba emocionadamente de sus planes de boda.

No podía imaginar nada más maravilloso que una vida tranquila en el campo con la persona que amaba.

El glamour y la emoción de Londres estaban bien, pero podía imaginar que podría perder su brillo bastante rápido.

Era estimulante, pero vacío. No parecía haber ningún *significado* en nada de ello.

En Montvale, Abby tenía una vida ocupada. Tenía trabajos de caridad, cuidaba a sus inquilinos e incluso había sido responsable de la construcción de una escuela para los niños locales.

Alison quería una vida así.

Una vida donde pudiera llenar sus días haciendo el bien para la gente y regresar por la noche a

un esposo amoroso.

El Capitán Sorrell la había escoltado de regreso a su palco y luego se fue a procurar refrescos.

A medida que avanzaba la noche, el lugar se volvía más ruidoso.

Cuando Alison entró en el palco, se sorprendió al ver a Lord Fulham sentado cerca de Harriet, con sus cabezas inclinadas juntas.

Él levantó la vista y sus ojos la recorrieron, brillando con evidente admiración.

"Buenas noches, señorita Langton." Se levantó e hizo una reverencia sobre su mano, colocando un beso en el dorso de la misma.

Alison resistió el impulso de retirar la mano.

"Buenas noches, Lord Fulham. Qué sorpresa encontrarlo aquí."

Su sonrisa no alcanzó del todo sus ojos mientras se acercaba más a ella.

"¿Una sorpresa agradable, espero, mi querida señorita Langton?"

"Por supuesto." Sonrió educadamente.

Él no dijo nada más, por lo que Alison buscó un tema de conversación.

"¿Está disfrutando de su noche, mi señor?" preguntó.

"Siempre disfruto de un viaje a Vauxhall Gardens," dijo Lord Fulham, echando un vistazo a los juerguistas afuera. "Tan decadente. Tanto para ver."

"Estoy realmente asombrada," confesó. "Nunca he visto nada igual."

"¿Y ha visitado las ruinas y las fuentes?"

Alison negó con la cabeza. "Aún no," dijo. "Espero que lo hagamos, una vez que el Capitán Billings y el Capitán Sorrell hayan regresado."

"Oh, pero no hay un momento que perder." Sonrió encantadoramente. "Debe ver a los funambulistas sobre los senderos. Y quiere regresar a su palco a tiempo para los fuegos artificiales, ¿no es así?"

"Definitivamente," dijo rápidamente. Estaba desesperada por ver los fuegos artificiales, y los funambulistas sonaban emocionantes. "Quizás la señorita Billings y yo podríamos..."

"¿Por qué no la escolto para verlos, señorita Langton?" continuó suavemente. "Me aseguraré de que no le ocurra nada. No sería seguro para dos jóvenes damas vagar solas por allí. Las cosas pueden ponerse bastante... eh... *animadas* a veces."

Podía imaginar lo que quería decir.

Incluso ahora, damas y caballeros de ambas clases tropezaban por ahí. Y lo que ocurría en algunos de los palcos a su alrededor era nada menos que alarmante.

Tenía muchas ganas de verlo todo. Pero este era Lord Fulham. Lord Fulham, que parecía estar enamorado de Harriet en el musical y solo momentos antes. Sin mencionar que James y Rob realmente, realmente no querían que pasara tiempo en su compañía.

Nicholas tampoco quería que estuviera con él.

El pensamiento de Nicholas hizo que su estómago se retorciera de dolor y un sentimiento de terquedad despertara dentro de ella.

Lord Fulham siempre había sido tan atento con ella. A diferencia de ese caballero, que había estado ocupando demasiados de sus pensamientos.

Con la decisión tomada, Alison sonrió al hombre, ignorando sus recelos sobre sus coqueteos con su amiga y las graves advertencias de sus guardianes.

"Eso sería encantador, gracias, mi señor."

Sus ojos azules se iluminaron con un brillo triunfante, y Alison se preguntó si estaba cometiendo un error.

Si Robert se enterara de que se había alejado con un caballero con el que no había llegado, y con quien le había prohibido pasar tiempo con él, la mataría.

Pero entonces, razonó, Robert no estaba aquí.

Y Lord Fulham nunca había sido otra cosa que amable y encantador con ella.

Además, llevaría a Harriet con ella.

Miró a su amiga, sorprendida al verla bebiendo vino de una copa sostenida en sus labios por un hombre al que ni siquiera había notado entrar en el palco.

"Mi amigo, Lord Severill," dijo Lord Fulham. "Él cuidará de la señorita Billings. Ahora, ¿nos vamos?"

Alison sintió una punzada de inquietud. El nombre Severill le resultaba familiar, estaba segura.

No estaba del todo segura, sin embargo, de que esto fuera una buena idea.

Sin embargo, otra mirada a Harriet le dijo que no quería estar en su palco en ese momento, tampoco.

¿Quién hubiera pensado que la tranquila y discreta señorita Billings sería tan... bueno, tan escandalosa?

Alison estaba lo suficientemente incómoda como para decidir irse con Lord Fulham a pesar de sus preocupaciones.

Daría un paseo rápido y regresaría cuando estuviera segura de que el Capitán Billings estaría de vuelta para llevarlas a casa. Además, no quería estar presente cuando el capitán regresara y viera a su hermana así.

Entonces, aplastando todos sus recelos, tomó el brazo que Lord Fulham extendía y le permitió llevarla lejos de la multitud

***

Los Jardines del Placer habían llegado al punto donde las inhibiciones se habían arrojado al viento cuando Nic entró apresuradamente.

No se sorprendió ni se preocupó cuando Robert apareció detrás de él solo minutos después.

Habían comprado las entradas rápidamente, y ahora estaban dentro. Y enfrentados al absoluto caos.

"Supongo que han conseguido un palco," dijo Nic con brusquedad.

Sabía que las posibilidades de que le ocurriera algo a Alison eran escasas.

Pero igualmente sabía que no podría relajarse hasta tenerla a salvo y bien, si no en sus brazos, al

menos a su vista.

Se apresuraron hacia donde se encontraban los palcos, los ojos de Nic recorriendo a las personas más borrachas que sobrias.

"¡Billings!"

Nic se giró bruscamente al sonido del grito de Robert a tiempo para ver a dos oficiales con abrigos escarlata apresurarse hacia ellos, con una joven llorosa entre ellos.

"S-su gracia," uno de los jóvenes capitanes, Billings, presumiblemente, jadeaba.

"¿Dónde está la señorita Langton?"

Nic ni siquiera había sido presentado al hombre frente a él, pero ya no le importaba.

Los ojos del hombre más delgado pasaron de Robert a Nic.

"E-ella fue a dar un paseo, ¿señor?"

"El duque de Barnbury," espetó, observando con sombría diversión cómo los ojos del hombre se abrían de par en par. "¿Un paseo?"

"S-sí, su gracia. Volví al palco, y mi hermana..." Lanzó una mirada fulminante a la joven llorosa. "Estaba en compañía de Lord Severill."

El estómago de Nic se hundió, y compartió una mirada de preocupación con Robert.

El año pasado, Simon había estado a punto de matar a Severill con sus propias manos cuando el hombre había atacado a Amelia en el balcón de Dashford Manor.

Era un bastardo, y lo mismo eran los hombres con los que se asociaba.

Nic sintió que una serpiente de miedo se deslizaba por sus venas.

"¿Y la señorita Langton?" instó.

Algo de lo que estaba sintiendo debió mostrarse en su rostro, porque el joven palideció significativamente.

"¿Harriet?" Empujó a la debutante sollozante, quien levantó brevemente la mirada hacia Nic y Rob antes de bajarla de nuevo a sus pies.

"Se fue a dar un paseo como dijo mi hermano," murmuró.

"¿Sola?" Rob escupió.

"N-no, su gracia." Ella sorbió antes de levantar los ojos llenos de lágrimas una vez más hacia Robert. "Con Lord Fulham."

Nic ni siquiera se quedó para escuchar lo que Rob dijo al grupo.

Se dio la vuelta y se lanzó hacia el laberinto de senderos y rincones oscuros.

Sabía exactamente a dónde iría un sinvergüenza como Fulham.

A algún lugar oscuro y aislado, donde Alison estaría vulnerable.

Se repetía una y otra vez que ella estaría bien.

Si tan solo pudiera creerlo.

CAPÍTULO DIECISIETE

"Realmente preferiría regresar ahora, mi lord."

Alison clavó los talones, negándose a dejar que Lord Fulham la llevara más adentro del oscuro laberinto de senderos.

Los equilibristas habían sido maravillosos, tal como él había dicho.

Sin embargo, notó que la multitud de personas se estaba dispersando, y no estaba dispuesta a ponerse en peligro.

"Pero hay mucho más que ver, señorita Langton." Él sonrió, pero en lugar de encontrarlo encantador esta vez, Alison solo lo encontró inquietante.

Había sido una tontería salir aquí con él. Lo sabía.

Tan desesperada estaba por escapar del comportamiento de Harriet, por distraerse de sus pensamientos sobre Nicholas, que había ignorado todas las advertencias de su intuición y se había apresurado a salir aquí con él.

"Hay una fuente bellísima un poco más adelante," dijo ahora. "Es realmente un espectáculo digno de contemplar. Sería una pena que se lo perdiera."

Él tiró de su brazo, obligándola a dar unos pasos hacia adelante.

"Preferiría no hacerlo, Lord Fulham," dijo ella entre dientes, soltándose de su agarre.

"Lo lamentará si se lo pierde, querida," insistió.

"¡Y usted lamentará no quitarle las malditas manos de encima!"

Alison y Fulham se volvieron al sonido de la voz detrás de ellos.

Allí estaba Nic, luciendo fríamente furioso.

Alison se estremeció al ver la expresión en sus ojos.

Aunque nunca le había temido, y nunca lo haría, podía sentir el poder que emanaba de él y sabía que intimidaría incluso al hombre más valiente.

Fulham, resultó ser un cobarde.

"No la toqué," dijo de inmediato, retrocediendo y levantando las manos.

La sonrisa en el rostro de Nic era tanto hermosa como aterradora.

"Y tampoco lo hará," prometió, con una tranquilidad mortal.

"La dama quería ver la... "

"Tal vez no me he expresado con claridad."

Nicholas dio un paso adelante, y hasta Alison se apartó ante la mirada de furia en sus ojos

"No me importa lo que la dama quería o no quería. No me importa lo que hizo o dejó de hacer." Se acercó aún más, su voz baja y engañosamente calmada, y más aterrador por eso. "Si lo veo

cerca de ella otra vez, lo destrozaré con mis propias manos. ¿Entendido?"

Alison se quedó con la boca abierta y, aunque sintió un destello de irritación por haberla ignorado durante tres días y luego actuar como un pretendiente celoso, no pensó que fuera el mejor momento para mencionar eso.

Por un lado, él estaba furiosamente enojado. Por otro, ella quería que Lord Fulham se mantuviera alejado de ella.

Fulham lanzó una mirada entre Alison y Nicholas antes de girarse y, sin decir otra palabra, se apresuró de regreso hacia los palcos.

El alivio que sintió Alison solo fue superado por la alegría de estar de nuevo con Nicholas.

Aunque había estado herida porque él había desaparecido, el hecho de que apareciera aquí cuando ella necesitaba a alguien como un caballero en armadura brillante le derritió el corazón.

Ella levantó la mirada hacia él, preparándose para agradecerle.

Pero su rostro seguía impasible, sus ojos brillaban con un fuego profano.

Sus palabras murieron en su garganta mientras se quedaba atrapada en la intensidad de esa expresión.

Él aún no se había movido, ni había hablado. Y el silencio se volvía insoportable.

"Nicholas, yo..."

Solo esas dos palabras inocuas parecieron descongelarlo, y de repente extendió las manos, envolviendo sus brazos superiores.

Ella no tuvo tiempo de sentirse extasiada por el tacto de él antes de que él la mirara con furia.

"¿Qué demonios le pasa?" preguntó, y cualquier pensamiento de agradecimiento o gratitud rápidamente huyó mientras la ira se encendía caliente y potente dentro de ella.

***

Nic vio exactamente el momento en que el alivio y la ternura abandonaron su mirada azul profunda para ser reemplazados por una rabia cruda y ardiente.

"¿Qué *me* pasa?" chilló ella, y él resistió la urgencia de encogerse.

Ahora que tenía sus manos sobre ella, su corazón dejó de retumbar tanto. Aún latía de manera errática, pero por una razón muy diferente.

Sin embargo, no se centraría en el aroma floral de ella, ni en lo hipnotizantes que eran sus ojos cuando brillaban de furia.

No se distraería por esa boca, ahora abierta, sin duda para quemar sus oídos.

Y absolutamente no la arrastraría contra él solo para sentir su cuerpo presionado contra el suyo. Solo para sentir que ella estaba aquí con él. Segura.

"Es muy atrevido, su gracia, ignorándome durante días y luego apareciendo aquí, actuando como si tuviera el derecho de controlar lo que hago y con quién."

"¿Quería ser arrastrada por un oscuro pasaje por un ser como Fulham?" replicó él, su temperamento encendiéndose una vez más. "¿Tiene alguna idea de lo que podría haberle pasado? Incluso venir a un lugar como este sin supervisión adecuada es peligroso e imprudente."

"Oh, por el amor de Dios."

Ella se apartó de su agarre, y él sabía que era todo un tonto por extrañar la sensación de tenerla entre sus brazos.

"Estaba bien supervisada por el hermano de Harriet", dijo, frunciendo el ceño ante su ceja arqueada.

¿Acaso gruñó?

"Puede que haya sido un poco apresurada al permitir que Lord Fulham caminara conmigo."

Él resopló con desprecio, ganándose otro ceño fruncido.

Ella era bastante hermosa cuando estaba enojada. Algo más que sentía, pero mejor no decirlo.

"Pero quería ver los jardines. Quería ver las fuentes y los equilibristas y los fuegos artificiales. Y usted sabría todo eso si no se hubiera ido corriendo y me hubiera ignorado después de pasar una tarde tan encantadora juntos."

Nic estaba empezando a calmarse ahora, y sentía el comienzo de un ligero pinchazo de culpa en su conciencia.

Una vez más, el miedo a su propio corazón la había lastimado.

"Aun así, fue completamente irresponsable venir aquí con él."

Ella se quedó con la boca abierta, y golpeó con el pie como un niño antes de girarse, sus faldas blancas girando alrededor de sus pies, y se alejó por el camino.

"¡Alison!" la llamó él, pero ella lo ignoró.

Con un suspiro y una oración por paciencia, Nic fue tras ella.

La encontró de pie cerca de una fuente ornamentada rodeada de árboles de ramas bajas, bancos medio escondidos entre sus ramas.

Esto, pensó Nic, era el lugar perfecto para una cita. Casi gimió en voz alta ante el deseo que se desplegó en él ante la idea.

No es el momento, Nic, se dijo firmemente.

"Alison..."

No tuvo la oportunidad de terminar lo que había estado a punto de decir.

Ella se dio la vuelta, con las manos en las caderas, mirándolo fijamente.

"Es agobiante, controlador, *aburrido* sin alegría", le gritó.

Estaba con una furia descomunal.

Probablemente se lo merecía, pero no pudo evitar sentirse un poco ofendido por su opinión poco halagadora de él.

"Se pone ahí enjuiciando a todos y todo lo que no cumple con sus altas expectativas", continuó ella, entrando realmente en su discurso ahora. "Y nadie jamás *podría*."

Él dio un paso adelante, odiando la herida que se escondía detrás de la ira.

"Si tan solo..."

"¿No se cansa de ser tan *responsable* todo el tiempo?" continuó ella, sin importarle sus intentos de interrumpir su diatriba. "¿Tan malditamente santurrón?"

Se sorprendió al escucharla maldecir.

Y realmente no debería encontrarlo excitante. Lo sabía. Por supuesto, lo sabía.

"¿No quiere romper las reglas alguna vez? ¿Pecar un poco?"

Se rompió.

El último vestigio de su celebrado autocontrol se rompió.

"Demonios, sí", respondió antes de atraerla hacia él y capturar sus labios en un beso abrasador.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Alison se quedó congelada en un estado de shock absoluto durante una milésima de segundo, antes de estallar en llamas.

Durante tanto tiempo había soñado con ser besada por él.

Nunca podría haber imaginado que se sentiría así.

Como si ardiera con un fuego descontrolado que él despertaba en ella.

El hecho de que hubiera pensado que se habían besado en el balcón de Simon hace un año era risible. Eso no había sido un beso, no si esto era algo en lo que basarse.

Gimió ante el embate de emociones, y su lengua se adentró en su boca, incitando a la suya a bailar con la de él.

Sus rodillas se doblaron, y ella se estiró para aferrarse desesperadamente a las solapas de su abrigo mientras sus brazos la envolvían por la cintura y la acercaban imposiblemente cerca de su dureza inquebrantable.

Alison no sabía cuánto duró el beso. Parecieron segundos y eras.

Esto estaba más allá de todo lo que había experimentado, y no estaba segura de cuánto podía soportar.

El corazón que había estado intentando volar hacia él durante semanas estalló con un amor tan fuerte, tan intenso, que todo su mundo se desplazó en su eje.

El beso continuó y continuó, y nunca quiso que terminara.

Sus manos estaban por todas partes. Sosteniendo su rostro, moviéndose hacia su cabello, luego quemando un rastro sobre su espalda, sus caderas, acercándola más aún.

Las suyas se movieron como si tuvieran vida propia para hundirse en su cabello castaño.

Podría morir feliz aquí mismo, en este momento.

De repente retiró sus labios de los suyos, pero antes de que pudiera protestar, se movió para presionarlos contra el pulso que latía rápidamente en su garganta.

Alison gimió de placer torturado mientras él trazaba besos por su cuello, se movía para morder suavemente su oreja.

"Nicholas," jadeó, suplicando por algo que ni siquiera entendía.

"Nicholas."

El sonido de la voz de Robert sonó de repente desde el camino, y Nicholas retrocedió de Alison como si lo hubieran escaldado.

Ella lo miró, su respiración tan trabajosa como la suya propia parecía ser.

Dios, pero se veía guapo. Su cabello estaba alborotado y sus ojos azul marino estaban tan calientes que ella sentía que la quemaban incluso a distancia.

"Yo... "

Lo que sea que él estuviera a punto de decir fue interrumpido por la aparición repentina de Robert, cuyos ojos grises invernales se movieron lentamente entre ellos, su rostro estoico.

"Entonces la encontraste," dijo suavemente.

Mientras Alison observaba, los dos caballeros se miraron intensamente.

Era como si estuvieran comunicándose sin decir una palabra.

Finalmente, después de unos momentos tensos, Robert asintió y volvió su mirada hacia Alison.

"¿Estás bien?" preguntó suavemente, y ella no pudo decir si estaba enojado con ella o no.

No se atrevió a hablar. No después de ese beso. No con las tumultuosas emociones aun revoloteando dentro de ella.

En lugar de intentarlo, simplemente asintió con la cabeza, sintiendo cómo el cabello suelto por las manos de Nicholas comenzaba a caer de sus alfileres.

Sintió que sus mejillas se calentaban cuando los ojos de Robert se desviaron hacia los mechones rubios, luego volvieron a su rostro.

"Tal vez sea hora de regresar a casa, ¿estamos de acuerdo?"

Él extendió un brazo y ella se apresuró a tomarlo, temerosa de mirar a Nicholas, y mucho menos de hablar con él.

"Vine aquí en Dante", dijo Robert, dirigiendo su mirada hacia Nicholas. "Alison tendrá que regresar en tu carruaje."

Su corazón se le subió a la garganta ante las palabras de Robert.

No estaba segura de si eso era algo bueno o no.

Nicholas aún no había hablado con Robert, ni siquiera con ella.

"Por supuesto", dijo de repente, con voz ronca. "Yo..."

"Montarás a Dante", interrumpió Robert con suavidad. "Y yo tomaré tu carruaje."

Hubo otra mirada llena de tensión entre los caballeros, y Alison deseó que Nicholas se negara. Que dijera que quería viajar de regreso con ella.

Pero, por supuesto, él era San Nicholas. Nunca haría eso, incluso si acababa de besarla hasta dejarla sin aliento.

"Vamos, Alison", dijo Robert, con un tono que no admitía argumentos, y ella apresuradamente subió por el camino, con la mano atrapada en su brazo.

Nicholas los siguió, en silencio, pero ella podía sentir su presencia en cada paso del camino.

***

El corazón de Nicholas latía dolorosamente mientras cabalgaba a Dante de regreso a casa por las calles de Londres.

Estaba ocupado con miembros de la alta sociedad regresando de varios eventos, y caballeros dirigiéndose lejos de Mayfair para satisfacer sus inclinaciones.

Nicholas apenas veía nada de eso.

No podía concentrarse en los lugares y sonidos a su alrededor.

No podía pensar en nada más que en ella.

La sensación de ella. El aroma de ella.

El sabor de ella.

Maldición.

Nic gimió en voz alta mientras su mente reproducía en detalle vívido cada segundo de su abrazo.

Llamarlo un simple beso sería inexacto.

Él sabía que, si dejaba deslizarse su control, si arriesgaba probarla, solo una vez, sería explosivo.

Pero nunca podría haber imaginado el efecto que había tenido.

Desde el momento en que sus labios tocaron los suyos, el mundo se movió bajo sus pies. Lo que había sentido iba más allá del deseo. Más allá del anhelo. Más allá de la atracción.

Era mucho más que todo eso. Y mucho más aterrador de lo que él había sospechado que sería. Porque ahora sabía que la anhelaría con cada fibra de su ser por el resto de su vida.

No debería haber dejado que Robert se la llevara.

No debería haberse quedado allí en silencio mientras ella miraba hacia atrás, sus ojos azules llenos de confusión, mientras Robert la entregaba en el carruaje de Nic.

Pero ¿qué más podía haber hecho?

Alison era inocente. Pero Nicholas, aunque ella lo llamaba santo, no lo era. Y tampoco lo era Robert.

Robert sabía exactamente lo que había sucedido en esa fuente, y Nic no insultaría la inteligencia del hombre mintiendo al respecto.

Entonces, ¿dónde lo dejaba a él?

Si hubiera sido cualquier otro que hubiera caminado por ese sendero en lugar de Robert, la mano de Nic se habría visto forzada.

Los habrían obligado a casarse.

El estallido de euforia que lo invadió ante ese pensamiento fue aterrador, pero ahora tenía que admitir para sí mismo que no era del todo inesperado.

Su corazón sabía lo que su mente se negaba a reconocer.

Pero había sido Robert. Y Robert nunca obligaría a Nic o Alison a hacer nada.

La cabeza de Nicholas daba vueltas hasta que se sintió mareado.

¿Qué demonios iba a hacer?

Ahora que había algo de distancia entre ellos, le resultaba más fácil recordar todas las razones por las que no quería casarse. Todas las razones por las que no quería ser responsable de la felicidad de otra persona, no de una manera tan íntima. No de una manera más allá del bien que hacía en St. Giles.

Más importante aún, podía recordar por qué él y Alison eran tan incompatibles.

Su vida tranquila y modesta sin duda sería aburrida para ella.

Y aunque ella amaba a su familia con pasión y era amable con todos los que conocía, no podía

imaginarla involucrándose de manera real en el trabajo que él hacía en St. Giles. Y, de todos modos, no querría tenerla cerca de ese lugar.

Pasaba tanto tiempo allí, estaba tan involucrado en ello. Y no quería dejarlo. Era lo único que mantenía la culpa alejada. Eso y bloquear la mayor cantidad de emociones y sentimientos que podía.

Alison... bueno, Alison traía a la superficie emociones intensas, imparables, y transformadoras solo con estar en la misma habitación que él.

Y sabía que, si ella fuera suya, verdaderamente suya, no querría estar lejos de ella el tiempo suficiente para continuar su trabajo.

Si se lo permitía, ella consumiría cada parte de él.

Así que no podía permitirlo.

No encajarían.

Esto que había entre ellos no podía ir a ninguna parte, y eso era definitivo.

Al llegar a su casa, llamó a un lacayo para llevar a Dante de vuelta a casa de Robert.

Sabía que él y Robert tenían una confrontación pendiente, pero no podía enfrentarla esta noche.

Robert querría una respuesta, y Nic no podía pensar en una que darle.

No cuando estaba consumido por ella.

No cuando sabía que significaría perderla para siempre.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Toda la mañana, Alison había estado sentada en la ventana del salón de dibujo, observando la carretera afuera.

Podía ver la casa de Nicholas desde aquí.

Ver cuándo se iba.

Si viniera aquí.

No había dormido ni un instante la noche anterior, y estaba de mal humor. Lo sabía, y Abigail también lo sabía, porque había dejado a Alison en casa mientras visitaba a Senna.

Amelia iba a unirse a las damas en la casa de James esa mañana, y Alison debería estar allí también.

Después de todo, Senna era su prima política. Y Lottie estaría allí, junto con Poppy.

Las damas disfrutarían de una cómoda charla y pasarían una maravillosa mañana juntas. Poppy las entretendría, y todas podrían suspirar por Lottie y hablar emocionadas sobre el bebé de Senna.

Y Alison se perdería todo eso. Un hecho por el que se sentía particularmente culpable, dado que apenas había visto a Senna y Amelia fuera de los eventos nocturnos, dado que solía pasar sus días obsesionada con el duque sombrío del que se había enamorado desesperadamente.

Como una idiota.

El viaje a casa anoche con Robert había sido agotador.

Él no le había preguntado qué había pasado entre ella y Nicholas.

La había interrogado sobre el capitán Billings, y al final estaba satisfecho de que el hombre había hecho todo lo posible por cuidarla.

Luego la había interrogado sobre Lord Fulham, lo que no había ido nada bien.

Después de que Robert hubiera expresado un par de formas alarmantemente descriptivas de dañar al hombre, la había advertido firmemente que no debía ni siquiera mirarlo de nuevo.

Por mucho que intentara explicar que Lord Fulham en realidad no había hecho nada inapropiado, cayó en oídos sordos.

Robert apreciaba al joven vizconde tanto como Nicholas parecía hacerlo.

Robert no necesitaba preocuparse de todos modos. Dudaba mucho que Lord Fulham quisiera tener algo que ver con ella ahora. No había un hombre vivo que pudiera resistirse al considerable poder de dos duques. Especialmente esos dos.

Y cuando James lo supiera, probablemente también le echaría una buena reprimenda.

Pero cuando se trataba de Nicholas, Robert no dijo una palabra.

Ni una sola palabra.

Robert la había ayudado a salir del carruaje, envió al conductor de regreso a casa de Nicholas y, una vez dentro, había dicho sus buenas noches y desaparecido.

Esta mañana en el desayuno, había sido como siempre. Y aunque Abigail le había preguntado sobre la noche anterior, era evidente que Robert no había dicho nada sobre cómo la había encontrado a ella y a Nicholas juntos.

Con solo una breve advertencia sobre Lord Fulham y una sugerencia de que quizás Harriet Billings no era la mejor amiga, un sentimiento con el que Alison estaba completamente de acuerdo, Abigail había llevado la conversación adelante.

Alison frunció el ceño confundida, pero cuando atrapó la mirada de Robert, supo que debía quedarse callada.

Abigail pronto dejó la mesa para preparar a Lottie para su visita a Senna, y Robert anunció casualmente que las acompañaría, diciendo que necesitaba hablar con James.

El estómago de Alison se revolvió inquieto, pero Robert no parecía en absoluto sombrío, ni que fuera a discutir nada serio.

Quizás, se dijo a sí misma de manera bastante poco convincente, *él no notó nada inusual anoche. Quizás no parecía tan obvio como temía.*

Pero no servía de nada.

Se preocuparía por ello hasta que los viera a todos juntos y pudiera ver con sus propios ojos que no había arruinado su amistad o forzado la mano de Nicholas, si Robert y James decidían insistir en que se casaran.

Nada en el mundo significaría más para Alison que convertirse en la esposa de Nic.

Pero no así. No porque se viera obligado a hacerlo. No porque el honor dictara que protegiera su reputación.

Lo amaba demasiado como para confinarlo a una vida con ella si no la amaba.

Y dado que él no la había visitado hoy, estaba dejando bastante claro sus sentimientos.

Pero ¿podría realmente haberla besado así, abrazarla así, si no sintiera nada?

Un movimiento repentino en la casa de Nicholas distrajo a Alison de sus pensamientos melancólicos.

Y allí estaba él.

Se quedó sin aliento al verlo descender los escalones de su casa hacia un carruaje esperando.

Era tan guapo que le dolía el corazón.

Su chaqueta superfina era de un azul oscuro y rico, solo un tono más claro que sus ojos.

Y ahora ella sabía con certeza que no estaba acolchado; que los hombros anchos y los grandes brazos superiores eran todo suyos.

Lo observó hasta que un brillo Hessian desapareció en el carruaje, preguntándose adónde iba.

Un sirviente se apresuró hacia él, y él se volvió para hablar con el lacayo antes de subir al carruaje.

No creía que fuera a ir a casa de James hoy.

No a menos que lo hubieran llamado.

Su estómago se retorció inquieto una vez más ante esa idea y, de repente, estaba de pie.

Robert le cortaría la cabeza por lo que estaba a punto de hacer.

Subiendo las escaleras hacia su alcoba, Alison agarró su cuaderno, que siempre contenía algo de su dinero, un abrigo ligero en un tono de rosa oscuro que hacía juego con el lazo de su vestido blanco y un sombrero de paja con un ramillete de flores rosas y blancas, y se volvió corriendo hacia abajo de las escaleras.

Abrió de golpe la puerta principal, sin esperar siquiera a que el lacayo lo hiciera, y corrió hacia la calle.

El carruaje de Nicholas apenas había comenzado a moverse, y el lacayo que lo había retrasado acababa de regresar a la casa.

Se apresuró rápidamente por la calle, consciente de las miradas que recibía dado que ni siquiera tenía una doncella con ella.

Robert y James probablemente la encerrarían en una torre después de esto.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Alison corrió hasta la parte superior de la concurrida calle. Como esperaba, vio un carruaje de alquiler.

Sin detenerse a comprobar si era reconocida al subirse, se lanzó dentro e indicó al conductor que se dirigiera en la misma dirección que el carruaje de Nicholas, señalando el escudo bastante útil de Barnbury en el costado del coche negro lacado.

Iba a enfrentarse a Robert y James, o iba a uno de sus misteriosos viajes sobre los que nadie parecía saber nada.

De cualquier manera, iba a averiguar qué estaba tramando.

Se recostó, deseando que su corazón dejara de retumbar.

Había cosas peores en el mundo, se aseguró a sí misma, que una mujer viajando sola.

Mirando por la ventana bastante sucia del coche, se alarmó y se sintió aliviada al ver que viajaban en dirección opuesta a la casa de James.

De hecho, parecían estar dejando Mayfair por completo.

Curiosa ahora, Alison mantuvo sus ojos en las calles exteriores, con temor que comenzaba a formarse mientras se volvían más oscuras, los edificios más deteriorados, la gente ciertamente no de la aristocracia pulida y prístina.

Los señores y las damas dieron paso primero a comerciantes y tenderos, pero luego incluso ellos parecían desaparecer.

Habían entrado en una parte de Londres que Alison no conocía, y dado el hedor que comenzaba a impregnar el carruaje, no estaba segura de querer conocerla.

Aunque había una o dos áreas que no parecían tan malas como donde estaba ahora; los edificios limpios, las calles adecuadamente pavimentadas e incluso los caballeros obviamente ricos merodeando por ellas, en su mayor parte, este lugar era verdaderamente deplorable.

Los barrios bajos, porque llamarlos edificios sería una exageración grosera, parecían estar derrumbándose unos sobre otros, y apenas podía decir dónde terminaba uno y comenzaba el otro.

Para su horror, vio a niños pequeños y sucios que entraban y salían de ellos y concluyó que estas chozas debían ser donde vivían.

Las calles estaban llenas de personas medio hambrientas y apenas se movían, el suelo fangoso con algo que ni siquiera podía considerar.

Estos eran los despojos de la sociedad. Los más pobres de los pobres. Y el corazón de Alison dolía por cada alma que contemplaba.

¿Cómo podían vivir las personas así? Tan cerca pero tan lejos de donde ella misma vivía en grandiosidad y lujo.

No parecía justo. No era justo.

Alison estaba tan distraída por sus reflexiones melancólicas que ni siquiera sintió que el carruaje se detenía.

"Aquí está, señorita."

Ella giró la mirada hacia el conductor y luego miró afuera para ver que habían llegado a una parada frente a un edificio sorprendentemente limpio y agradable.

Este era limpio y bien mantenido, con tres pisos de ventanas y un techo de aspecto robusto.

"¿Es... aquí donde el carruaje se detuvo?"

"Apenas ha dado la vuelta a la parte trasera, señorita," confirmó el conductor, señalando hacia un amplio callejón al lado del edificio.

"¿Sabe qué es esto?" preguntó, esperando contra toda esperanza que no fuera un burdel o algo igualmente escandaloso.

Su corazón se rompería solo con la idea de que Nicholas podría haber pasado de besarla la noche anterior a –

"No tengo ni idea, señorita. Usted me dijo que siguiera el carruaje, y eso hice."

Alison se alarmó al notar un tono impaciente en la voz del cochero.

No quería dejar la relativa seguridad del coche de alquiler, pero tenía la sensación de que, si no se iba, o le decía que diera media vuelta de inmediato, la echaría sin miramientos.

La autopreservación luchaba contra la curiosidad.

"¿Señorita?"

Alison respiró profundamente, tratando de no ahogarse por el hedor a podredumbre y suciedad que llenaba sus pulmones.

"G-gracias."

Presionó una guinea en su guante sucio y bajó del coche de alquiler.

Tropezando ligeramente al descender del carruaje al suelo, se enderezó y miró a su alrededor.

Su estómago se hundió al captar rápidamente la atención de más de una persona con aspecto hostil, y el miedo se enroscó alrededor de su corazón.

No debería haber venido, pensó un poco histéricamente.

Solo había unos pasos entre donde estaba parada y el frente del edificio en el que Nicholas aparentemente había desaparecido, pero de repente se sintió como si fueran millas.

De reojo, Alison vio a un hombre cubierto de suciedad y tambaleándose ligeramente, comenzar a acercarse hacia ella.

Sin dudarlo, se lanzó hacia el edificio.
Lo que fuera que encontrara allí dentro, solo podía esperar que fuera más seguro que las calles.

CAPÍTULO VEINTE

“Y ¿cómo están John y Bonnie ahora?” Nic estaba terminando una reunión con la Sra. Cafferty, la cual debería haber captado toda su atención.

Pero en cambio, inevitablemente, su mente estaba en otro lugar.

En un par de ojos azules en los que no podía dejar de pensar y una boca que lo mantuvo despierto toda la noche pasada.

“Bonnie está perfectamente bien, su gracia.” La mujer mayor sonrió.

“¿Y John?”

Aquí, su rostro cayó.

“Es diferente para él, creo,” comenzó cuidadosamente, “Él es mayor. Recuerda cosas que, si Dios quiere, Bonnie ha olvidado. Le tomará un tiempo. Está nervioso. No deja que nadie se acerque a él.”

Nic frunció el ceño.

El problema con chicos como John no era que no fueran confiados. Dios sabía que no tenían motivos para serlo.

Pero a veces eran huidizos. Y Nic no podía estar seguro de encontrarlo de nuevo si se escapaba.

La idea de perder a un niño que intentaba salvar lo llenaba de horror.

“¿Cómo van sus estudios?”

La Sra. Cafferty suspiró.

“Nuevamente, su gracia, no es que el chico no tenga cerebro. Pero no deja que nadie lo ayude. Aunque Bonnie va bien con sus letras y números.”

Nic asintió.

“Estoy seguro de que le encantaría verlo. A todos los niños le encantaría.”

Ver a Bonnie sería otra razón para pensar solo en Alison Langton, Nic lo sabía. Pero siempre se aseguraba de ver a los niños cuando venía aquí, y hoy no sería diferente.

Después de todo, no podía dejar de pensar en Alison de todos modos. Podría visitar a los niños. Si algo iba a distraerlo de Alison, serían ellos.

Caminó hacia las aulas. A esta hora del día, los tutores que Nic pagaba tendrían grupos pequeños de niños en varias salas enseñándoles a leer, escribir y, para los más capaces, historia y ciencias.

El objetivo de Nic era darles una buena educación a los niños y luego, cuando fueran mayores, ayudarlos a conseguir un buen trabajo honesto con un ingreso estable y un techo confiable sobre sus cabezas.

Muchos de ellos terminaban en sus diversas propiedades.

Los grupos se mantenían intencionalmente pequeños.

Cuando los niños venían aquí, no se desempeñaban particularmente bien en grupos grandes.

Y ninguno de ellos era obligado a participar en ninguna de las lecciones.

Hacerlo gradual funcionaba mejor.

Todos los niños que venían aquí habían sufrido abusos a manos de adultos. Algunos peores que otros. Algunos tan inefables que Nic no podía permitirse pensar en ello.

“Bonnie y John estarán en la sala de juegos amarilla,” dijo la Sra. Cafferty refiriéndose a una de las muchas habitaciones luminosas y aireadas llenas de juguetes y libros. “John aún no quiere unirse a las lecciones, y Bonnie no lo dejará solo. Enviamos un tutor todas las mañanas para ayudar a ambos.”

Nic asintió, frunciendo el ceño preocupado.

“¿Pasan mucho tiempo al aire libre?” preguntó.

“Cuando podemos asignar a alguien para llevarlos,” respondió la Sra. Cafferty. “Todavía no se están mezclando demasiado bien con los otros niños. No hay nadie libre esta tarde, pero nos aseguraremos de que salgan mañana.”

Al igual que las salas de juegos y las aulas, el jardín exterior había sido diseñado pensando en los niños. Había un rocalla y árboles para que treparan, estanques para estudiar peces y ranas. Jardines con camas de verduras y flores donde podían aprender a cultivar su propia comida, y en el centro, una fuente donde podían chapotear durante los meses de verano.

Al llegar a la puerta de la sala amarilla, Nic la empujó abierta.

Estaba vacía.

Se volvió para interrogar a la Sra. Cafferty y vio que el rostro de la mujer palidecía.

“¿Dónde están ellos?” preguntó, su voz llena de preocupación.

“No lo sé,” jadeó ella. “Estaban justo aquí, su gracia. Yo... “

Una criada apareció al final del pasillo, y la Sra. Cafferty le llamó.

“Lizzie, ¿has visto a Bonnie y John?”

La criada parpadeó en shock, sin duda sorprendida de que la generalmente afable Sra. Cafferty sonara tan severa.

“Sí, señora,” respondió, haciendo una reverencia a Nic. “La joven los llevó afuera. Bonnie tenía ganas de ver los peces.”

“¿Qué joven los llevó?” Nic preguntó, sintiéndose culpable cuando el rostro de la joven se puso pálido.

“Su amiga, su gracia,” dijo Lizzie, confundiéndolo aún más.

¿Su amiga?

¿Quién sería...?

¡No! No podía ser.

Nadie sabía cuánto tiempo Nic pasaba personalmente aquí. Conocían sus esfuerzos caritativos, pero creían que daba su dinero y no su tiempo y atención a sus causas.

Y no tenía amigos de St. Giles que no trabajaran en una de sus organizaciones benéficas.

La única forma en que alguien sabría que él estaba aquí sería si lo hubieran visto entrar.

Y solo una persona, una irritante y desafiante revoltosa sería lo suficientemente tonta, valiente y desinteresada en desafiar las reglas de la sociedad para seguirlo en las profundidades de St. Giles.

Pero ¿seguro que el destino no sería tan cruel?

“Miss Langton, su gracia.”

Y aparentemente, el destino era exactamente así de cruel.

¿Ella lo había seguido?

¿Había venido malditamente sola a St. Giles?

Un miedo como ninguno que hubiera experimentado en años explotó dentro de él y puso sus pies en movimiento antes de que la criada hubiera terminado de hablar. Tenía que asegurarse de que Alison estuviera bien.

Luego podría decidir si quería besarla o retorcerle el cuello.

Nic irrumpió en los jardines, con la Sra. Cafferty resoplando detrás de él.

Movió la mirada rápidamente, divisando un destello de cabello rubio brillante junto a la fuente.

Se acercó, con su corazón retumbando por lo que podría haber pasado.

Preparándose para regañarla, Nic se detuvo abruptamente y observó la escena ante él, con la mandíbula abierta en shock.

Bonnie chapoteaba en la fuente, chillando y riendo a sus anchas.

Como de costumbre, John estaba de pie a un lado, observando con ojos hoscos y desconfiados.

Y Alison – Alison estaba de pie entre ambos, vestida de blanco y rosa, un soplo de aire fresco y pureza en un mundo tan lleno de miseria y depravación.

Una vez más, le recordaba a un ángel mientras reía por las salpicaduras de Bonnie, el sonido como una melodía resonando por los jardines.

Alison estaba siendo salpicada – su cabello, su rostro. Nic tragó saliva ante un repentino nudo en su garganta.

Incluso el frente de su vestido.

Agradeció a Dios por su abrigo porque no estaba del todo seguro de poder controlarse si no la cubriera.

No conocía a una sola mujer de calidad que no se horrorizaría al ver a una niña de la calle arruinando un vestido costoso, mojando su peinado perfectamente arreglado.

Sin embargo, allí estaba, sin preocuparse por nada de eso.

Nic había planeado acercarse y después de asegurarse de que no hubiera un solo cabello fuera de lugar, darle la reprimenda que claramente necesitaba.

¿No tenía cuidado con su seguridad?

¿Tenía alguna idea de lo que acechaba en estas calles mañana, tarde y noche?

Cualquier cosa podría haber pasado.

Podría haber salido de aquí y encontrado su cuerpo, sin vida en la calle.

Así como...

No. No pensaría en eso. No podía pensar en eso.

Todas las intenciones de gritarle se desvanecieron de su mente. Permaneció congelado. Hipnotizado.

Bonnie corrió hacia Alison y la abrazó, empapándola por completo.

Pero en lugar de alejarse, Alison levantó a la niña en un abrazo que Nic estaba seguro de que rara vez había recibido en su corta vida.

Con las cabezas juntas, se parecían tanto. Alison podría ser su madre.

Y el corazón de Nic latió por una razón muy diferente.

Después de una conversación susurrada, ambas se volvieron para mirar a John.

Él las observaba a ambas. Una mezcla de anhelo y desafío en sus jóvenes ojos.

"¿Debemos llevarnos a los niños, su gracia?" La Sra. Cafferty, de quien Nic se había olvidado, hablaba en tonos suaves, aparentemente como si no estuviera dispuesta a que los ocupantes del jardín supieran de su presencia.

Simplemente agitó la cabeza, no confiando en sí mismo para hablar.

Mientras observaba, Alison puso a Bonnie cuidadosamente en la fuente de paredes bajas y se dirigió hacia John.

La niña la miró fijamente, pero ella continuó agazapada frente a él cuando estaba cerca.

Hablaron por un momento y Nic podía decir, incluso desde aquí, que John no estaba dando mucho más que respuestas de una palabra.

Alison señaló hacia la fuente, ganándose un terco no con la cabeza.

Nic estaba a punto de intervenir, temiendo que John se escapara, cuando de repente, Alison se sentó en el suelo demostrando de una vez por todas que no le importaba mucho su vestido.

Miró, no pudo apartar los ojos, mientras ella se agachaba y se quitaba las botas.

Seguramente ella no estaba haciendo lo que él pensaba que estaba haciendo.

El mismo diablo no podía haber arrastrado la mirada de Nic lejos de ella mientras ella se metía las manos bajo sus faldas y se quitaba las medias.

Nic había visto mujeres desnudas desde que era un muchacho.

Ninguna de ellas le había afectado tanto como ver las pantorrillas de Alison Langton.

Necesitó toda la fuerza que tenía para no gemir en voz alta al ver las piernas que ahora lo acosarían tanto como su beso.

Ella se puso de pie y se enganchó las faldas hasta las rodillas, avanzando y, sin dudarlo, entrando en la fuente junto a Bonnie, riéndose del grito de alegría de la niña.

Maldición, pensó. *Ella será mi muerte.*

CAPÍTULO VEINTIUNO

Si alguien de la alta sociedad la viera ahora, estaría completamente arruinada.

Pero Alison sonrió mientras la adorable niñita, tan parecida a Poppy, salpicaba agua por el aire, destruyendo por completo su vestido.

Eso requeriría algunas explicaciones, lo sabía.

Observó de reojo al hermano de Bonnie, John.

Él había dado algunos pasos vacilantes hacia adelante. Pero Alison sintió que incluso eso era difícil para el pobre niño.

Cuando irrumpió por la puerta principal de este lugar hace apenas dos horas, nunca habría imaginado que esto es lo que encontraría.

Era difícil creer que un lugar tan aterrador y sombrío se ocultara más allá de estas paredes.

Incluso el aire parecía más limpio en este jardín apartado. Tan lleno estaba del aroma de las flores y manzanas del pequeño huerto en la esquina.

Era como un pequeño rincón del Cielo, justo en medio del Infierno.

Todo el lugar era increíble.

Subió corriendo los escalones hasta la puerta principal, golpeándola en su pánico.

Le había abierto un fornido lacayo que la miró con desconfianza, con sus ojos suspicaces e implacables.

"Y-yo soy una amiga de Su Gracia, el Duque de Barnbury", había jadeado, aún sin saber lo que encontraría, pero esperando que fuera más seguro que afuera.

Los ojos del hombre se habían agrandado mientras hablaba y luego la escudriñaron por su vestimenta antes de retroceder y permitirle entrar.

Alison había estado asombrada.

Estaba parada en un brillante y soleado vestíbulo, impecablemente limpio y lleno de muebles sólidos y de buena calidad.

Miró a su alrededor con la boca abierta, segura de que no era un burdel ni un antro de juego.

La llegada de una joven, no en nada escandaloso sino en un vestido gris limpio y funcional, confirmó que esto no podía ser ningún lugar pecaminoso.

"¿Puedo ayudarla, señorita?" Había hecho una reverencia, mirando curiosamente a Alison.

"Miss Langton", finalmente dijo Alison. "Estoy familiarizada con el Duque de Barnbury. Yo..."

"Oh, ¿usted es una de nuestras benefactoras?" La doncella sonrió amablemente. "No ha venido sola, ¿verdad, señorita?”

"Um, m-mi doncella se enfermó. Así que la envié a casa."

Había sido una excusa tan pobre como cualquier otra que se le había ocurrido, pero era lo mejor que podía hacer en ese momento.

Si Lizzie, la joven doncella, le había creído o no, Alison no lo sabía.

Afortunadamente, no había indagado más.

"¿Qué es este lugar?", había preguntado Alison.

Lizzie había comenzado a explicarle el increíble trabajo que hacían allí, mostrándole las habitaciones, presentándole a los niños.

Un alivio como nunca había conocido había invadido a Alison. Esta era la razón por la que él venía a St. Giles todo el tiempo. No era depravación ni juegos de azar. Era para ayudar a aquellos menos afortunados.

El recorrido la llevó a las salas de clase, y así fue como se encontró con Bonnie y su desconfiado hermano, solos en una hermosa habitación. Bonnie estaba mirando por la ventana; John estaba sentado con los brazos cruzados, frunciendo el ceño hacia la nada.

Había costado algo de esfuerzo, pero había logrado persuadir a John para que saliera al jardín, alegando que quería verlo, pero no se sentía del todo segura sin un acompañante masculino.

Como había supuesto, el niño tenía un instinto innato de protección, y había accedido a regañadientes a acompañar a Alison y a Bonnie.

Ahora, esperaba que al hacer un espectáculo de sí misma, John se convenciera de unirse a la diversión en el agua.

Era solo un niño. Merecía divertirse como un niño.

Ella no lo presionó ni lo obligó.

En cambio, jugó con Bonnie y le dio algo de espacio.

Alison tenía la espalda vuelta hacia donde había estado John cuando escuchó el distintivo chapoteo de unos pies.

Su corazón latía rápido mientras se giraba lentamente, tratando de parecer despreocupada.

Para su alegría, John estaba de pie en el agua, con los pantalones cortos color carbón enrollados hasta la rodilla.

Le sonrió y se emocionó cuando él le devolvió la sonrisa.

Abrió la boca para decir algo cuando de repente él pateó, cubriéndola con un diluvio de agua.

Ella dio un respingo de sorpresa cuando le golpeó de lleno en la cara.

Se miraron el uno al otro por un momento antes de que Alison estallara en carcajadas.

El sonido de la risa de John mezclado con la suya propia la hizo más feliz de lo que podía recordar.

Alison no tenía idea de cuánto tiempo había estado en esa fuente, ella y Bonnie chillaban mientras John las perseguía alrededor y rodeándola, todos chapoteando a su paso.

Esperaba que los niños pudieran jugar en ella, pero razonó que debían poder hacerlo. Todo aquí parecía tan bien pensado, tan centrado en los niños, que sería absurdo tenerlo tan accesible si no estuviera destinado a que ellos lo disfrutaran.

Además, incluso si se metía en problemas, valdría la pena ver a los hermanos reír y jugar.

Finalmente, los dientes de Bonnie empezaron a castañear, y Alison preguntó en voz alta si deberían terminar su juego.

Sin embargo, el sonido de una campana ahogó su pregunta.

"¡Es hora de cenar!", exclamó Bonnie y saltó fuera de la fuente hacia sus zapatos.

No habían pensado en secarse, así que Alison usó un parche seco de su vestido para secarles los pies lo mejor que pudo antes de ayudar a Bonnie con sus zapatos.

Finalmente, los niños tenían los zapatos puestos, y los envió primero, temiendo que se metieran en problemas si los mantenía hasta tarde.

No sabía qué tan estricta era esta tal Sra. Cafferty de la que le habían hablado. Aunque a Bonnie, al menos, parecía que le gustaba bastante la mujer.

Alison se inclinó para recoger sus medias y botas, sabiendo que no había manera de que pudiera volver a ponérselas, estando tan mojada y desaliñada como estaba.

Encogiendo los hombros en derrota, Alison se dio la vuelta, y se topó de frente con algo sólido como una roca.

Jadeando de sorpresa, levantó la vista.

Directamente al rostro de Nicholas Fyfe.

Y él no parecía feliz.

***

Si Nic viviera hasta los cien años, nada lo sorprendería tanto como ver a Alison Langton destrozar su ropa y jugar en una fuente con dos huérfanos de las calles de St. Giles.

Extendió los brazos para estabilizarla mientras ella retrocedía.

Ella lo miró fijamente, sus ojos del color aciano bajo el sol de verano, con su cabello mojado y pegado a su rostro.

Había enviado a la Sra. Cafferty adentro con Bonnie y John, cuidando de no mostrar lo complacido que había estado al ver a John unirse al juego.

¿Cómo lo había hecho Alison?

En una corta tarde, había logrado conectar con John de una manera en la que nadie más había podido.

Parecía que Nicholas no era el único vulnerable ante la encantadora pequeña.

Había tanto que quería decirle.

Tanto sobre hoy. Sobre lo peligroso, arriesgado y completamente absurdo que había sido para ella seguirlo hasta aquí.

Sobre anoche. Cómo besarla había despertado algo en él que creía perdido para siempre. Cómo lo aterraba y avergonzaba, porque era más fuerte que cualquier cosa que hubiera sentido antes. Jamás.

Y tenía preguntas.

Preguntas como: ¿cómo había logrado que John se involucrara con ella y actuara realmente como un niño por un breve tiempo?

¿Por qué no estaba llorando y desmayándose por los horrores que había atravesado para llegar

hasta aquí?

¿Qué poder tenía sobre él?

¿Por qué ni siquiera podía imaginar dejarla ir sin que un dolor agudo y visceral le atravesara el pecho?

Abrió la boca, sin saber ni por dónde empezar.

Y entonces, ella le sonrió.

Y él no dijo ni una palabra.

Simplemente inclinó la cabeza y la besó.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Alison se había enfriado cuando el sol de la tarde se alejó de su piel húmeda, pero al segundo Nic tocó sus labios a los suyos, estaba en llamas una vez más.
No sabía qué esperar de él.
¿Ira, preocupación, decepción?
Cuando él simplemente se paró y la miró, ella arriesgó una sonrisa, esperando obtener una a cambio.
Pero, oh, esto fue mucho mejor.
Ella dejó caer sus botas y medias y torció sus brazos alrededor de su cuello, permitiéndose ser arrastrada por la marea de sensación que una vez más había evocado en ella.
Nic envolvió sus brazos alrededor de ella y la acercó. Ella apartó su boca, mientras todavía tenía una pequeña apariencia de sentido en ella.
"Mi vestido," jadeó. "Su ropa."
Nic presionó sus labios contra los de ella una vez más.
"No me importa su vestido," gruñó contra su boca. "No me importa mi ropa."
Su lengua ahondó dentro de su boca, y ella estaba perdida.
El deseo, tumultuoso y fundido, se estrelló dentro de ella, y quedó atrapada en la vorágine, incapaz y poco dispuesta a escapar.
Temblaba de necesidad, desesperada por algo que no podía nombrar. Algo que solo él podía darle.
De repente, Nic se alejó de ella.
"Cristo, Alison," graznó, apretando su frente contra la suya. "Lo siento."
"¿Perdón?" Se apartó de él. "¿Por qué?"
Se ahogó una risa.
"Porque está temblando de frío. Porque no debería seguir maltratándola. Porque no estoy tan arrepentido como debería estar."
"No estoy temblando de frío," argumentó, su necesidad de él, su amor por él soltando su lengua. "Estoy temblando de... "
Ella se detuvo justo a tiempo, pero sintió sus mejillas sonrojadas, y dado el repentino brillo profano en sus ojos, la entregaron.
Extendió una mano, rozando sus nudillos a lo largo de una mejilla.
"¿De qué pequeña libertina?" Sonrió.

Alison no podía tener suficiente de este lado juguetón y coqueto de Nic. Aunque él lo mostraba raramente, ella sabía que estaba ahí debajo de su exterior severo.

"Vaya, su gracia, usted sí que puede hablar", dijo con falsa altanería. "Difícilmente se comporta como un santo."

Su sonrisa se volvió claramente lobuna.

"Créame, cariño, cerca de usted, me siento todo menos un santo."

Sus palabras hicieron que su sangre se calentara de nuevo, y de repente se alejó de ella,

inhalando temblorosamente.

"Necesitamos llevarla adentro y..." Sus ojos la recorrieron y tragó saliva. "...y secarla", dijo roncamente.

Ella miró hacia abajo, viendo las manchas de hierba en su vestido, el material húmedo pegado a su piel.

"Oh, cielos", se mordió el labio. "Parezco un desastre, ¿verdad?"

"Es irresistible", respondió sinceramente. "Por eso necesitamos alejarla de mí y tratar de hacerla presentable para su cuñado."

Esta vez fue el turno de Alison de tragar saliva.

Robert definitivamente la encerraría en una torre cuando la viera así.

Asintió tímidamente y fue a rodearlo.

Él extendió la mano y agarró su brazo, deteniéndola.

"Y luego", dijo suavemente, "vamos a hablar sobre cómo vino aquí y qué estaba haciendo en St. Giles sola."

***

Nic apretó los dedos contra sus sienes.

La chica era exasperante.

Suspiró y dejó caer las manos sobre el escritorio en la pequeña oficina que se había asignado al construir el hogar para niños.

"Alison", dijo entre dientes, su humor jovial anterior completamente olvidado.

Había escuchado lo mejor que pudo mientras ella confesaba que la curiosidad la había llevado a seguirlo.

Debió haber envejecido una década durante su relato de contratar un maldito cochero por sí misma y luego salir sola a las calles fuera de su refugio.

Podría haber sido asesinada. Realmente asesinada.

"¿Tiene idea del peligro en el que se ha puesto?" preguntó ahora, deseando que las imágenes que llenaban su mente, atormentándolo, desaparecieran.

Imágenes del tipo de hombres fuera de estas paredes, más animales que humanos, y lo que le harían a una mujer como Alison.

Solo pensar en ello le hacía sentir enfermo.

Ella suspiró y se echó el cabello sobre el hombro.

Realmente deseó que no lo hubiera hecho.

Ya era suficiente que tuviera que sentarse allí y mantenerse bajo control mientras fluía por su espalda como una cascada de seda dorada.

Había estado secándose junto al fuego en su oficina, y había tenido que salir y traer una bandeja de té como una maldita sirvienta para evitar besarla de nuevo.

Ahora, había vuelto.

Ella tenía su té, su cabello se había secado en suaves rizos dorados alrededor de su rostro y por su espalda, y él estaba tratando de hablarle con sentido.

"Ya se lo he dicho, Nicholas", dijo ella, con un tono de impaciencia en su voz ahora.

Y, maldición, incluso eso provocó un leve deseo en él.

No eres un muchacho inexperto, se dijo con severidad. *Deja de actuar como uno.*

"No sabía qué esperar. Y ciertamente no vendré sola la próxima vez. Traeré una doncella, y..."

"¿Qué demonios quiere decir con 'la próxima vez'?" gruñó él.

Ella parpadeó con inocencia, con los ojos muy abiertos.

Él no se lo creyó ni por un segundo.

"¿La próxima vez que visite, por supuesto? Ya le dije a Bonnie que vendría, y me gustaría ver a John de nuevo también. Y ni siquiera he conocido a los otros niños todavía. Estoy segura de que la Sra. Cafferty podría encontrar algo para que yo ayude."

Él estaba sin palabras.

Solo podía mirarla mientras ella socavaba el muro de defensa que había construido para mantenerla fuera.

Ella era absolutamente sincera en lo que decía, podía saberlo.

Lo pensaba realmente. Iba a regresar aquí. Aquí, donde las mujeres de calidad ni siquiera querían pensar, y pasar tiempo con estos niños sin educación y sin pulir.

Esto no debería estar sucediendo.

Se suponía que ella debía ser mimada y frívola, encantadora e intacta por el lado oscuro del mundo que la rodeaba.

Sin embargo, saltaría en fuentes con niñas sin madre y convencería a jóvenes volátiles para que tuvieran algo de diversión inocente.

Regresaría aquí y no solo pasaría tiempo con estos niños de manera voluntaria, sino que también buscaría trabajo para hacer por ellos.

En resumen, era increíble y diferente a cualquiera que hubiera conocido.

Pero eso no venía al caso.

No permitiría que regresara a este lugar, aunque fuera lo último que hiciera.

“Déjeme ser muy claro”, respondió, pronunciando cada palabra para que llegara a esa testaruda y encantadora cabeza suya. “No volverá aquí. Ni con una doncella. Ni con un ejército”.

Sus ojos se entrecerraron, y él percibió problemas.

“¿Y quién me va a detener?” preguntó ella, con las cejas levantadas y una luz desafiante en sus ojos tan distraídos.

“Señorita Alison, no es seguro”, repitió. “No conoce estas calles. Este lugar. No sabe lo que le puede pasar a una joven aquí”.

“Sé que usted viene aquí”, respondió ella obstinada. “Sé que ayuda a toda esta gente. No solo a los niños, sino a las personas que trabajan aquí. Y sé que ha construido hospitales y hogares para la gente por todos lados – oh, ¿dónde era?”

“Pequeña Irlanda”, respondió rígidamente, dándole el apodo del barrio marginal que albergaba a miles de personas irlandesas que se encontraban allí por cualquier motivo desafortunado.

“Sí, Pequeña Irlanda. Me pareció un nombre extraño”.

“Así se llama por la cantidad de almas irlandesas que se encuentran allí”, dijo cansado.

Su dolor, su culpa, empezaban a pesarle enormemente sobre los hombros.

Nic nunca antes había sentido la necesidad de hablar de Ciara o su bebé.

Sin embargo, con Alison parloteando alegremente sobre estar allí, en ese lugar, con su bondad manchada por los horrores que se encuentran allí, cada vez le resultaba más difícil mantenerlo en secreto.

“Supongo que por eso es tan importante para usted”, preguntó suavemente.

Los ojos de Nic se clavaron en Alison.

Seguramente, no lo sabía.

No podía saberlo.

“Yo...” No estaba seguro de qué decir, pero ella no parecía estar escuchando, en cualquier caso.

“Abigail dijo que su ducado está en Irlanda. Me gustaría ver Irlanda”. Sonrió tímidamente, y su corazón se detuvo en seco en su pecho.

Su mente estaba dando vueltas, su pasado y lo que deseaba profundamente que pudiera ser su futuro se fusionaban de tal manera que no podía pensar con claridad.

Pellizcándose el puente de la nariz, se puso de pie.

“Señorita Alison”, trató de recuperar la conversación y sus emociones bajo su rígido control.

¿Por qué era tan condenadamente difícil?

“No se va a acercar a ninguno de esos lugares, ni a este lugar, nunca más”.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

“Pero le dije a Bonnie y John que vendría”, dijo. “Y Lizzie mencionó que no tienen a nadie para tocar música para los niños, así que pensé que quizás si hubiera un pianoforte, podría... “

“¡Maldita sea, dije que no!” gritó.

Ella parecía sorprendida y herida, y él se sintió como un monstruo.

“Podría ir con usted”.

Dios, pero era persistente.

“No me pasaría nada con usted. Y... “

“Alison”, la interrumpió, su exasperación evidente en su voz. “No la *quiero* aquí. No la quiero en este lugar. No la quiero en el Rookery. Quiero que se mantenga alejada”.

Ella se puso de pie de un salto.

“¿Por qué?” exigió. “Quiero ayudar. Habría ayudado todo este tiempo si lo hubiera sabido”.

Su declaración sonaba como una acusación.

El pánico comenzó a apoderarse de él. Recuerdos de Ciara. De su cuerpo blanco y quieto. De ser informado de que no había salvación para el bebé.

“Pero no me lo dijo. No se lo dijo a nadie. ¿Por qué demonios mantuvo esta maravillosa parte de su vida en secreto para sus amigos? ¿Por qué no me deja entrar, señor Nic?”

“Porque aquí es donde la mujer con la que se suponía que me casaría *murió*”, gritó, finalmente, misericordiosamente, silenciándola. “Aquí es donde descubrí que mi bebé estaba muerto. Y no puedo tenerla cerca de eso. Simplemente no puedo”.

Salió furioso.

Como un cobarde, salió, dejándola con el veneno de sus palabras.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Alison no supo cuánto tiempo estuvo allí parada, el silencio después de la partida de Nic era ensordecedor.

Todo su cuerpo se sentía congelado por la conmoción.

¿Había estado comprometido? ¿Había perdido a un hijo?

Sacudió la cabeza con confusión.

¿Por qué nadie le había contado eso? Ni James, ni Robert. Ni siquiera Abigail.

Repasó innumerables conversaciones en su mente, tratando de recordar si alguien había mencionado algo al respecto.

Nic es una persona reservada.

Nic no comparte mucho sobre su vida.

Nic guarda sus cartas muy cerca del pecho.

Robert dijo que volvió siendo una persona diferente. Un día simplemente... cambió.

¡No lo sabían!

Alison soltó un grito ahogado al comprender la verdad.

Dios mío. ¡Ninguno de ellos lo sabía!

Y eso significaba que esta cosa horrible y espantosa era una cruz que él llevaba solo.

Su respiración se cortó al imaginar el dolor que el orgulloso, sereno y confiable duque había estado llevando en secreto todos estos años.

De su grupo de cuatro, Nicholas era, lo sabía, el tranquilo. A quien todos acudían.

Él había evitado que Robert se sumergiera en la verdadera locura en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Gina.

Había ofrecido consejo y un oído atento cuando Senna había hecho que el mundo de James se tambaleara con la noticia de que su hermano había sido asesinado a sangre fría.

Y siempre había cuidado de Simon, de manera discreta y sin pretensiones. Una voz de razón y una mano firme que impedía que su amigo descendiera a profundidades de depravación de las cuales no habría retorno.

Pero todo ese tiempo, ¿quién estaba cuidando de él?

Alison sintió que lágrimas inútiles llenaban sus ojos, e impacientemente las parpadeó.

Las lágrimas no le servirían de nada.

Percibía que él necesitaba hablar de esto.

Saliendo apresuradamente para tratar de encontrarlo, Alison ignoró su propio dolor ante su confesión.

Era egoísta de su parte incluso pensar en ello.

Pero la pequeña y persistente voz no podía ser silenciada.

Todo este tiempo, había pensado que el honor de Nic y su rígido control le impedían realmente dejarla entrar, realmente abrirse a ella.

Pero en realidad, él había estado lamentando a su amor perdido.

Y aunque estaba desesperada por tratar de ayudarlo, más tarde tendría que enfrentar la verdad.

Nic todavía estaba enamorado de su prometida fallecida.

Y Alison no podía competir con un fantasma.

***

Después de dejar a Alison sentada en su oficina, fue a esconderse en los jardines. Sus emociones estaban en caos, sus pensamientos eran tumultuosos. Y Nic sabía que no podría enfrentarse a nadie en ese estado. No habría querido hacerlo. Nunca mostraba falta de control a nadie, jamás. Excepto a Alison.

Después de un rato, había regresado para buscar a la Sra. Cafferty, esperando encontrar consuelo discutiendo asuntos de trabajo y apartando su mente completamente de Alison Langton. Pero la Sra. Cafferty, como el resto del hogar, estaba encandilada con la señorita Langton y no paraba de elogiarla.

John incluso se había unido a los otros niños en la cena, había dicho la Sra. Cafferty, y les contó a todos sobre jugar en la fuente con la joven señorita.

Era más de lo que Nic podía soportar.

Le había contado a Alison algo que se había jurado llevarse a la tumba.

Luego había huido de ella.

Ahora, tenía que sentarse y escuchar lo maravillosa que era, como si no lo supiera ya.

Había llamado a su carruaje y pedido a la Sra. Cafferty que enviara a buscar a Alison.

Y luego la esperó afuera. Y esperó. Y esperó.

Sabía que se acercaba porque había estado en sintonía con ella durante tanto tiempo ya, sin siquiera darse cuenta, que sabía cuándo estaba cerca.

Su corazón lo sabía. Su propia alma lo sabía.

Nic respiró profundamente para darse valor y se giró para enfrentarla.

Estaba pálida y demacrada.

Y eso era su culpa.

Sin decir una palabra, le ofreció una mano para ayudarla, ignorando la sensación de conciencia que, incluso ahora, recorría sus nervios.

"Lamento haberme tardado tanto", murmuró cuando Nic tomó el asiento frente a ella y cerró la puerta del carruaje, golpeando en el techo para indicar al conductor que se moviera. "Pero no quería irme sin despedirme de John y Bonnie. Y luego estaban el resto de los niños por conocer."

"Está bien", murmuró, odiándose por crear este vacío entre ellos.

¿Realmente habían pasado solo unas semanas desde que pensaba que era una niña mimada y

egoísta?

Cómo había cambiado él, completa e irrevocablemente, en tan poco tiempo.

El silencio entre ellos se volvió opresivo.

Y por primera vez en diez años, Nic no tenía idea de qué hacer. Se sentía perdido e indefenso. Un sentimiento que no le gustaba. Un sentimiento contra el que había luchado por superar durante la mayor parte de su vida adulta.

Al final, no fue él quien rompió el silencio.

“¿Qué pasó, Nic?”

Tenía una decisión que tomar.

Podía hacer lo que siempre había hecho y mantener esa parte de su vida oculta. Libre de lástima y miradas indiscretas. Podía preservar la memoria de Ciara y la idea de su bebé sin que la fealdad de lo que había sucedido la empañara.

O podía, por una vez en su vida, permitir que alguien entrara. Compartir la carga de su dolor y sacrificar algo de la rigidez de su control sobre sus emociones.

Miró a través del carruaje a la hermosa mujer que se había colado en su corazón sin que él siquiera se diera cuenta.

No quería ensuciarla con las feas realidades de las vidas aquí.

Pero era tentador; la idea de dejar que alguien más compartiera la carga que llevaba.

De repente, Alison se inclinó hacia adelante y le agarró la mano con su diminuta mano.

"Usted es tan fuerte para todos los demás, Nic." Lo miró, sus ojos brillaban. "Pero no puede ocultar todos sus propios problemas. Las personas que se preocupan por usted, que, que lo aman ..." Su corazón se detuvo ante la palabra. “Ellos querrían saber. Querrían entender.”

Negó con la cabeza.

“No tiene sentido. Fue hace mucho tiempo,” murmuró.

“Sí, y le ha afectado todos los días desde entonces, me atrevería a decir,” insistió ella. “Es por eso por lo que cuida de todos. Por qué se esfuerza tanto en ayudar a las personas aquí.”

Tenía razón. No tenía sentido negarlo.

“Pero usted tiene derecho a ser vulnerable, Nic,” dijo, apretando su mano. “Tiene derecho a lamentarse y a obtener fuerzas de otros. Obtenga fuerzas de mí.”

“No quiero que escuche esto,” dijo obstinadamente. “Nunca quise que estuviera cerca de todo esto.”

“Bueno, eso es una lástima,” dijo, sentándose y soltando su mano. Y maldita sea si no quería recuperarla de inmediato. “Porque ahora conozco a los niños y he prometido regresar y tocar para ellos. Y...“ Levantó la voz cuando él abrió la boca para objetar. “La Sra. Cafferty ha prometido mostrarme el hogar de mujeres y los hospitales que ha construido.”

“Alison... “

“Quiero hacer esto, Nic,” interrumpió suavemente. “Pero puedo prometer no hacerlo sin usted. Si realmente no quiere que esté aquí, entonces no volveré. Pero le estoy pidiendo que me deje ser parte de esto. Nunca vendré sin usted. Y sé que no correré ningún peligro cuando esté con

usted.”

Oh, Dios.

Sus palabras eran como una daga al corazón.

Era tan confiada. Tan dispuesta a poner su seguridad en sus manos para poder venir aquí y entregarse a personas menos afortunadas.

Pero ¿cómo podía estar seguro de poder protegerla cuando no pudo proteger a Ciara y a su hijo no nacido?

No merecía la confianza de Alison.

“No lo obligaré a traerme aquí de nuevo,” reiteró ella, sin darse cuenta del torbellino de emociones en el que él estaba atrapado. “Y no lo obligaré a contarme sobre su pasado. Pero quiero que me deje entrar. La decisión es suya.”

Se enfrentaron en el carruaje, a solo pulgadas de distancia, pero sentía como si fuera mucho más.

En ese momento, supo que le iba a contar, así como también supo que la traería aquí tantas veces como ella quisiera.

Porque, aunque no estuviera dispuesto a admitírselo a ella, Nic nunca iba a poder decirle que no.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Nicholas corría por las calles de Londres, ignorando los gritos de protesta mientras su caballo golpeaba el suelo, esquivando carruajes y personas a su paso.

No era seguro montar a velocidad vertiginosa, por supuesto, pero ya no le importaba.

¡La había encontrado!

Después de meses de búsqueda, la había encontrado.

Su hijo ya debería haber nacido. Ni siquiera sabía si era un niño o una niña, y no le importaba.

Lo único que importaba era que sus noches sin dormir, el dinero gastado, los viajes por toda Irlanda e Inglaterra finalmente habían dado resultados.

Cuando llegó la noticia en una breve nota de su investigador de que una joven confirmada como Ciara Connelly había sido encontrada en The Rookery, Nic ni siquiera se despidió de sus amigos.

Simplemente se levantó de la mesa en la casa de James y salió corriendo.

Todo el tiempo que cabalgó hacia St. Giles, pensaba en lo que diría.

¿Cómo podría siquiera empezar a disculparse por lo que había sucedido?

¿Le creería Ciara cuando le explicara que había hecho todo lo posible por encontrarla a ella y a su bebé?

Llegó a la dirección dada, y su estómago se revolvió, no solo por el hedor y la suciedad por todas partes, sino por la culpa que sentía de que la chica a la que había prometido cuidar hubiera terminado allí.

¿Realmente había nacido su bebé en un lugar así? ¿El nieto del duque de Barnbury?

Su culpa era como una cosa viva, deslizándose dentro de él, envenenando su sangre, consumiéndolo.

Desmontando de Apolo, llamó a un chiquillo cercano, entregándole una bolsa de monedas y prometiendo muchas más si cuidaba bien del caballo.

Luego, tomando una respiración profunda, golpeó con fuerza la madera agrietada y descascarada de la puerta.

El corazón de Nic latía erráticamente mientras esperaba que alguien abriera la puerta.

Cuando finalmente se abrió con un crujido, miró a los ojos de una mujer robusta de aspecto severo.

"¿Puedo ayudarle?" preguntó, manteniendo la puerta endeble entre ellos, su acento irlandés distintivo le recordaba a casa.

Una casa que había dejado atrás y a la que nunca regresaría.

Como si eso lo mantuviera afuera.

"Soy Nicholas Fyfe," dijo, tratando de mantener la impaciencia fuera de su voz.

Sabía que St. Giles no era seguro. Y no quería arriesgarse a que algo le sucediera antes de poder rescatar a Ciara y a su hijo.

"Me dijeron que Ciara Connelly estaba aquí."

La mujer lo miró con sospecha.

"Por favor," repitió, sintiendo que ella no le permitiría la entrada. "Ella fue enviada lejos por mi padre, el duque de Barnbury. He estado tratando de encontrarla. Encontrarlos a ambos."

Los ojos descoloridos de la mujer se clavaron de nuevo en su rostro, y Nic creyó detectar un atisbo de compasión en su profundidad.

"Soy la señora Cafferty, mi señor," dijo la mujer antes de dar un paso atrás y hacer espacio para que él entrara en el tugurio. "Creo que debería entrar."

La aprensión de Nic aumentó diez veces más al entrar.

Lo que vio lo sorprendió hasta la médula.

Había oído hablar de las condiciones en esta parte de Londres. Pero verlo con sus propios ojos era algo completamente diferente.

Estaba en una habitación. Solo una habitación, con agujeros enormes en el techo y cubos de basura esparcidos por todas partes.

Dondequiera que miraba había cortinas y sábanas colgadas de manera desordenada.

"¿Qué...?" comenzó a preguntar, pero a medida que sus ojos se acostumbraban a la penumbra, vio que había personas detrás de cada cortina, niños corriendo entre ellas.

"¿Qué es este lugar?" preguntó a la señora Cafferty, incapaz de soportar lo que estaba viendo.

"Es donde vivimos, mi señor," respondió la mujer con naturalidad.

"¿Las cortinas?"

"Privacidad para las familias, mi señor."

Dios mío.

Nic recorrió la habitación con la mirada llena de horror una vez más.

¿Familias? Todo el lugar era más pequeño que un cobertizo para macetas en las tierras de su familia.

"¿Dónde está ella?" preguntó, de repente desesperado por sacar a Ciara y a su hijo de ese lugar.

La señora Cafferty suspiró como si el peso del mundo estuviera sobre sus hombros.

"Eres un buen hombre, mi señor," dijo. "Puedo sentirlo. Tiene honor y un corazón amable."

"Gracias," respondió, humillado y un poco confundido.

"Por eso me entristece decirle esto."

La respiración de Nic se detuvo en su pecho.

"Adelante," dijo estoicamente, preparándose para el golpe.

La señora Cafferty sacudió la cabeza con tristeza.

"Las chicas que vienen a mí cuando están en problemas, nunca tienen al hombre que lo hizo buscándolas," dijo con franqueza. "Y nunca están en buenas condiciones cuando las recibo."

"Hago lo mejor que puedo, mi señor," continuó tristemente. "Pero no suele ser suficiente. Y esta vez no lo fue."

Tomó una respiración profunda, luego lo miró directamente a los ojos.

"Lo siento, mi señor," repitió. "Pero Ciara fue brutalmente golpeada cuando llegó aquí, y estaba a punto de dar a luz a su hijo. Fue demasiado temprano. No se ha recuperado y no lo hará. Solo estamos esperando."

No podía moverse. No podía respirar.

Un hijo.

"Y el bebé," continuó la señora Cafferty, con Nic obligándose a no taparse los oídos, a no negarse a escuchar lo que venía. "No sobrevivió.

***

Alison no hablaba, y él estaba agradecido por eso.

Desahogarse por primera vez significaba revivirlo todo de nuevo, y el dolor se sentía tan fresco como si se lo hubieran contado ayer.

Incluso después de todos estos años, no permitía que la Sra. Cafferty le hablara de ello.

"Entré a ver a Ciara", dijo, con voz sin emociones, negándose a mirarla. "Estaba delirando de fiebre. Ni siquiera sabía que yo estaba allí. Al día siguiente, la Sra. Cafferty envió la noticia de que se había ido."

La noticia había enviado el desespero de Nic en espiral.

Solo otra puñalada en el estómago.

Había llorado y aullado a los cielos por la injusticia de todo.

Pero no había escapatoria de su dolor y su culpa.

Y así, hizo lo que era necesario para sobrevivir.

Tomó todo lo que sentía con un firme control, y lo enterró.

Con los años, se había perdonado a sí mismo. O al menos había aprendido a vivir con ello.

A diferencia de la culpa de Robert que lo había desgarrado cada momento despierto y dormido, la de Nic era como un dolor sordo, siempre en segundo plano pero nunca consumiéndolo. Porque simplemente no lo permitía.

Una semana después de enterrar a Ciara, incapaz de hacerlo por su hijo ya que la Sra. Cafferty no sabía dónde lo había llevado la comadrona que lo había asistido en su nacimiento, le dijo a la Sra. Cafferty que no quería que nadie más terminara como Ciara si podía evitarlo.

Por supuesto, no podía salvar a todos.

Nadie podía.

El mundo era como era, y Nic estaba librando una batalla cuesta arriba. Pero nunca se detendría.

La Sra. Cafferty había sido más que una mano amiga en la configuración de sus diversas casas y hospitales.

Había sido una especie de madre. Cercana, pero nunca demasiado cercana.

Alison todavía no hablaba, y Nic se preparó para su horror. Su repulsión. Incluso su juicio.

Finalmente, no pudo soportar la espera por más tiempo, y la miró.

Estaba sentada en silencio, con lágrimas corriendo sin control por su rostro, y esas lágrimas casi lo hicieron caer de rodillas.

No podía soportarlo.

No podía soportar verla llorar.

"Alison". Su voz sonaba rota a sus propios oídos.

Era solo una palabra. Solo su nombre.

Pero la puso en movimiento, y de repente voló a través del carruaje, se sentó en su regazo y enterró la cabeza en su hombro.

"Lo siento, Nic", sollozó, con la voz entrecortada por las lágrimas, mientras sus delicadas manos se enredaban alrededor de su cuello. "Lo siento tanto".

CAPÍTULO VEINTICINCO

Alison esperaba que Nic la apartara, especialmente cuando se puso rígido.

Pero después de un segundo, sus hombros se relajaron y la envolvió en sus brazos.

"Shh", susurró en su cabello, besando la parte superior de su cabeza, ofreciéndole consuelo cuando *él* había tenido una tragedia tan insoportable en su vida. "Está bien", la calmó. "Por favor, no llores".

Y por supuesto, eso la hizo llorar más fuerte, porque incluso ahora seguía cuidando de otras personas.

"Alison, por favor", escuchó verdadero dolor en su voz. "No puedo soportar verla llorar".

Levantó la cabeza y se secó los ojos, determinada a ser fuerte por él.

Él levantó una mano, con su pulgar capturando una lágrima fugaz.

"Todo el trabajo que hace", dijo con voz temblorosa.

Él encogió los hombros con una despreocupación que seguramente no sentía.

"No pude ayudar a Ciara ni a mi hijo", tragó saliva con fuerza. "Pero puedo hacer todo lo posible por ayudar a otros".

"Hizo todo lo que pudo por Ciara y su hijo", insistió Alison, alcanzando y acariciando su rostro cuando él había apartado la mirada.

Necesitaba escuchar esto.

"Nic, lo que les pasó fue terrible. Simplemente terrible. Pero no había nada más que pudiera haber hecho. No puede castigarse por ello. No puede cargar con eso solo. Por favor, no se haga eso a usted mismo".

Él la miró, sus ojos azul marino, inexpresivos, y ella ni siquiera podía comenzar a imaginar lo que pasaba por su cabeza.

Finalmente, él sonrió una pequeña sonrisa.

"No lo estoy cargando solo", dijo suavemente. "No más".

El corazón de Alison latió dolorosamente con sus palabras.

Estaba emocionalmente agotada por su conversación, por todo el día.

Así que solo podía imaginar cómo se sentía él.

"Nunca se lo ha contado a ninguno de ellos". Era una afirmación, no una pregunta.

Nic suspiró, sacudiendo ligeramente la cabeza.

"No pude", dijo finalmente. "Solo pude vivir con lo que sucedió enterrándolo. Tratando de hacer las paces a través de mi trabajo caritativo y viviendo mi vida como si no me hubiera pasado a mí".

"Ellos habrían ayudado", dijo, sabiendo que era verdad.

Robert, James y Simon harían cualquier cosa por Nicholas, al igual que él haría cualquier cosa por ellos.

"No sabía cómo dejar que lo hicieran", confesó. "Estaba seguro de que nadie podría".

Él la miró fijamente hasta que se olvidó de respirar, y solo tomó un sorbo de aire cuando comenzó a sentirse mareada.

"Ahora, no estoy tan seguro", dijo.

Dios mío.

Su corazón nunca sobreviviría si él decía cosas así.

Alison se sintió consternada al sentir el deseo despertar dentro de ella.

¡Este no era el momento!

Acababa de contarle sobre la pérdida del amor de su vida y de su pobre hijo inocente.

¿Y qué había hecho ella? Lanzarse sobre él, eso es lo que había hecho.

Y peor aún, ahora deseaba desesperadamente besarlo.

Era sin vergüenza. Una descarada.

Empujó contra su pecho, tratando de liberarse de sus brazos.

Para su sorpresa, él apretó su agarre.

"¿A dónde cree que va?", exigió.

La risa de Alison fue un poco sin aliento.

"Estaba volviendo a mi lado", dijo. "Pensé que debería..."

"Debería quedarse justo donde está", insistió él, y su corazón estalló de felicidad, aunque fuera una tontería.

"Gracias por contármelo", dijo en voz baja.

Él levantó una mano y apartó un mechón de cabello detrás de su oreja.

"Gracias por querer saber", dijo. "Es la única persona que me ha seguido secretamente para descubrir la verdad sobre mí".

Frunció el ceño como si recordara cuán infeliz estaba al respecto, y ella le sonrió tímidamente

“Hablo en serio, Alison,” su tono no admitía discusión. “No quiero que usted regrese allí.”

Ella abrió la boca para objetar, pero antes de que pudiera hacerlo, él habló de nuevo.

“Al menos no sola,” continuó, y ella trató de no sentirse satisfecha de que él estaba cediendo en esto. “Y con nadie más que conmigo.”

“No iré con nadie más,” le aseguró sinceramente. “Solo con usted.”

***

Solo con usted.

Eso es todo lo que ella había dicho.

Solo con usted.

La mente de Nic estaba girando, su corazón latiendo con fuerza.

Esas tres simples palabras fueron suficientes para derribar el resto del muro alrededor de su corazón.

Y en el polvo, la verdad que había ocultado, de la que se había apartado, se hizo de repente, sorprendentemente clara. Lo había sabido durante semanas, claro, en el fondo lo había sabido, pero ahora no tenía la fuerza para negarlo más.

De alguna manera, Nic había hecho lo que creía imposible.

Se había enamorado sin remedio, desesperadamente.

Esta chica frágil, con su sonrisa traviesa, su descarado desdén por las reglas y sus desgarradores ojos azules, había revivido su corazón muerto hacía mucho tiempo y se lo había apropiado.

Ella suspiró con satisfacción y se acurrucó más en su pecho, con la cabeza descansando contra su corazón, donde pertenecía.

Él lo sabía, sin saber exactamente cómo.

Ella estaba exactamente donde debía estar, siempre. En sus brazos. Justo al lado de su corazón.

Debió haberlo sabido cuando se abrió a ella de una manera que nunca había hecho con ninguna otra persona antes.

Debió haberlo sabido cuando sus lágrimas le causaron más dolor visceral del que había sentido en años.

La deseaba tanto que le dolía.

Pero iba más allá de eso.

También la necesitaba. Necesitaba que trajera ligereza a su vida. Que le recordara vivir y no simplemente existir para cumplir con un deber que nunca terminaría.

Necesitaba que se riera con él y comiera helados con él. Que bailara con él y se burlara de su seriedad de vez en cuando.

Inclinando la cabeza, Nic le dio un beso suave en la parte superior de la cabeza, intoxicado por el aroma floral de ella.

Se sentía drenado y desgarrado por el tumulto emocional de la tarde.

Su cuerpo se sentía exhausto pero eufórico.

¿Cómo podía sentirse tan desesperadamente triste por Ciara, por su hijo, y al mismo tiempo tan feliz y contento simplemente por tener a Alison en sus brazos?

¿Cómo podía sentir ganas de llorar por su pasado y estar ansioso por comenzar un nuevo futuro?

Y, sintió una nueva punzada de culpa, ¿cómo podía estar recordando a Ciara y las promesas que le había hecho, mientras se daba cuenta de que nunca la había amado de la manera en que amaba a la mujer que estaba sosteniendo?

Su amor por Ciara había sido real, Nic estaba seguro de ello.

Pero se dio cuenta de que la había amado con el corazón de un muchacho, un corazón que no había sido tocado por el dolor.

Ahora era un hombre. Un hombre que había experimentado el dolor y la pérdida.

Estaba dañado. Más dañado de lo que se había dado cuenta antes de que Alison le obligara a

confrontar su pasado.

Pero con el dolor vino una nueva profundidad de sentimientos, una mayor capacidad de amar.

Y el amor que sentía por Alison era abrumador, profundo, imparable y eterno.

Y aterrador por ello.

Las cosas se habían vuelto muy complicadas, muy rápido.

Nic pasó una mano por la espalda de Alison, deleitándose con el hecho de que la estaba tocando así, sosteniéndola así.

Pero no podía disfrutar plenamente del momento.

La había besado, se había enamorado de ella, había compartido su trabajo con ella, su pasado con ella.

Sin embargo, ¿qué importaba si la amaba? ¿Si encontraba consuelo simplemente al tenerla en sus brazos? ¿Qué importaba que solo se sintiera verdaderamente vivo ahora cuando estaba cerca de ella, ahora cuando se daba cuenta de que no había estado realmente viviendo antes de ella?

¿Cambiaba eso algo?

Durante tantos años, no se había considerado alguien que pudiera compartir su vida con una mujer.

Sabía que la mayoría de los matrimonios en la alta sociedad existían solo para la fusión de nombres poderosos, para enlazar riqueza y estatus, y especialmente para los nobles, para cumplir con su deber y continuar con el apellido familiar.

Pero nunca podría hacer eso con Alison. Nunca podría vivir una vida separada de ella.

Ya la extrañaba demasiado cuando no estaba cerca.

Si ella le perteneciera, si fuera suya, nunca podría alejarse de ella.

Pero la única manera en que había podido vivir consigo mismo durante estos últimos diez años era dedicando su vida entera a ayudar a personas como Ciara, a niños que podrían ser su hijo si hubiera vivido.

¿Realmente iba a dar la espalda a todo eso?

Alison había estado en silencio durante sus cavilaciones, y se encontró desesperado por saber lo que estaba pensando.

Sin embargo, había sucedido demasiado esta noche como para tener esa conversación en particular.

Simplemente no estaba preparado.

El carruaje se detuvo, y Nic vio que estaban frente a la casa de Robert.

“Cariño,” el apelativo cariñoso se escapó sin pensar. “Estamos en casa.”

Se sorprendió por la necesidad apremiante que esa pequeña frase evocó en él.

Una parte de él, una parte fuerte, innegable, deseaba que ella fuera suya y que tuvieran una vida de noches como esta, donde ella descansara en sus brazos y él la despertara frente a la casa que compartieran juntos.

Ella se sentó y le sonrió tímidamente, y aunque no había siquiera comenzado a desenmarañar el complicado lío de sus pensamientos, no pudo evitar inclinarse y presionar sus labios suavemente

contra los de ella.

Se contuvo a propósito, negándose a desatar nada de la pasión que siempre acechaba bajo la superficie.

La colocó con suavidad en el asiento frente a él para poder abrir la puerta del carruaje y llevarla adentro.

Pero apenas la había soltado cuando la puerta se abrió de golpe y el rostro furioso de Robert los miró con enojo.

“Tú,” se dirigió a Alison, cuyos ojos se abrieron por el tono de él. “¿Dónde demonios has estado?”

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Alison estaba exhausta, agotada por los acontecimientos del día, pero el tono de Robert rápidamente la despertó.

Nunca lo había visto tan enfadado.

Nunca lo había oído hablarle así a nadie, y mucho menos a ella.

Tenía la sensación de que estaba vislumbrando al monstruo de mal genio que solía ser.

"Y-yo..." No sabía por dónde empezar, pero resultó que no lo necesitaba.

“No le hables así.”

Sus ojos se fijaron en Nic, y su estómago se hundió al ver la mirada de enojo entre los dos hombres.

Le recordaba a aquella noche en el teatro que parecía haber ocurrido hace una eternidad. Solo que ahora los papeles estaban invertidos: Robert era el que estaba furiosamente enfadado y Nicholas saltaba en su defensa.

Observó con aprensión cómo los caballeros se enfrascaban en otra batalla silenciosa de voluntades.

Finalmente, para su alivio, la expresión de Robert se suavizó un poco.

“Tu hermana estaba preocupada,” le dijo a Alison, con un tono apagado, sus ojos de un gris pizarra, con ira contenida. “Volvimos y tú no estabas, sin explicación. Los sirvientes dijeron que saliste corriendo de la casa.”

“Lo siento.” Tragó saliva. Y lo sentía. De verdad. “Yo...yo olvidé que... um...”

“Obviamente olvidé decirte que le pedí que me acompañara a uno de mis hogares de caridad esta tarde,” dijo Nic con suavidad, tan calmado que incluso Alison casi le creyó.

“¿Uno de tus qué?” Robert frunció el ceño en evidente confusión, y Alison aprovechó el momento para saltar del carruaje y apresurarse a pasar por su lado.

No escuchó si Nic siquiera respondió.

Mientras subía corriendo los escalones hacia la puerta principal, oyó a Robert preguntar con rigidez si Nicholas se quedaría a cenar con ellos.

Preocupada de que él se negara, Alison se volvió para implorárselo.

“Por favor, quédese,” dijo en voz baja.

Él miró a Alison, y Robert lo miró a él.

“Me quedaré,” dijo, y ella le sonrió radiantemente antes de apresurarse a entrar para cambiarse su vestido arruinado, no fuera que Robert realmente perdiera los estribos.

Alison sabía que ella y Nic tenían mucho de qué hablar.

Él había amado profundamente y sufrido la pérdida más inimaginable.

Pero también había compartido eso con ella, dejándola ver un vistazo de la vida que mantenía oculta del mundo.

Ciara debió haber sido especial para haber capturado un corazón como el de Nic.

Alison sintió una punzada de tristeza.

Nicholas no se había recuperado de la muerte de Ciara y su hijo porque no había llorado adecuadamente por ellos. Cerrarse emocionalmente no era sanar.

Estaba decidida a ayudarlo.

Lo amaba demasiado para dejarlo seguir viviendo de esa manera.

Y si dolía como una daga en el corazón ayudar al hombre que amaba a llorar la pérdida de la mujer que *él* había amado, entonces ese era el precio que tendría que pagar

***

Nicholas la observó alejarse, consciente de que los ojos de Robert estaban clavados en él.

Murmurando un insulto entre dientes, se volvió para enfrentarse a uno de sus amigos más antiguos.

"Lo sé," dijo antes de que Robert pudiera hablar siquiera.

"Bien," fue la respuesta rápida y cortante.

Luego, con un suspiro, Robert le dio una palmada en la espalda antes de dirigirse hacia adentro.

Al entrar en el salón, Nicholas percibió la mirada especulativa de Abigail, la ligera sonrisa de Senna y el ceño fruncido de James, que podría competir con el de Robert.

Maravilloso.

Era extraño para Nic estar del lado receptor de cualquier tipo de censura. Normalmente, era al revés.

Lo único que empeoraría las cosas sería si...

"Somos los últimos en llegar, entonces."

Si Simon llegara.

Nic se volvió para ver a Simon pasar su mirada negra especulativamente por la habitación, con Amelia observándolos con curiosidad a su lado.

La tensión era palpable, y Simon la reconocería, ya que en el pasado había causado esa atmósfera casi en cualquier lugar donde iba.

Frunció ligeramente el ceño y luego levantó las manos.

"No he podido hacer nada esta vez," dijo. "Apenas acabo de regresar al campo."

Antes de que alguien pudiera responderle, Alison entró majestuosamente en la habitación, luciendo hermosa y perfectamente arreglada en seda verde menta, con el cabello recogido en lo alto de su cabeza.

Nadie hubiera podido adivinar que apenas unas horas antes había estado bailando descalza en las fuentes.

Sin pensarlo, Nic dio un paso adelante para recibirla.

Hubo un silencio inmediato en la charla alrededor de la habitación.

"Ah, entonces no soy yo," rió Simon.

"Shh," reprendió Amelia.

El timbre sonó para la cena, y el grupo se dirigió torpemente hacia el comedor.

"Te lo dije," susurró Simon en voz baja pero lo suficientemente alto como para ser escuchado hasta Francia. "¿No te lo dije?"

"Sí, cariño," respondió Amelia con paciencia practicada. "Ahora, shh."

***

Nic había estado agradecido con las damas durante la cena cuando mantuvieron la conversación ligera y fácil.

No podía evitar sentir que esta noche había sido algún tipo de trampa.

¿Por qué sino James y Simon habrían coincidido justo a la hora de la cena?

También había estado agradecido con las damas cuando habían insistido en desafiar la convención al invitar a los caballeros a unirse a ellas en el salón después de la cena, prescindiendo de su habitual oporto y puros.

Aunque le irritaba pensar que lo habían traído aquí para ser interrogado, tenía que admitir lo agradable que era.

Si estuviera dispuesto a dedicar menos tiempo a St. Giles y regresara de verdad a la sociedad, asistiendo a eventos y mostrando más interés en sus diversas propiedades y posesiones, si se casara con Alison y ya no se mantuviera tan apartado de todos, incluso de sus amigos, habría innumerables cenas como esta.

Quizás sin la tensión que aún crepitaba alrededor de la habitación.

Esta noche era como tantas otras que habían compartido antes.

Hablaron, rieron.

Pero Nic se sentía extrañamente distante de todo eso.

Pasó la mirada alrededor de la habitación.

Amelia tenía la nariz enterrada en un libro, señalando cosas a Simon, quien fingía mirar, pero en realidad la observaba a ella, jugando con mechones de su cabello.

James y Senna estaban junto a la ventana, con James susurrándole al oído antes de besarla suavemente, con su mano descansando en su vientre hinchado.

Robert y Abigail estaban como siempre, sin hablar mucho, pero envueltos en una burbuja que solo los rodeaba a ellos dos, su amor era obvio solo por la forma en que se miraban.

Y fue entonces cuando Nic se dio cuenta de por qué se sentía tan distante esa noche, tan alejado.

Sus ojos inevitablemente se dirigieron hacia ella.

Alison estaba sentada en el pianoforte tocando suavemente, con los ojos en las teclas.

Era porque nada de esto se sentía como su vida ya.

Estar aquí con sus amigos, siendo el único de ellos soltero, nunca le habría molestado antes. No

en lo más mínimo.

Pero ahora no parecía correcto que no estuviera con Alison, sentado a su lado en el banco del piano, escuchándola tocar, viendo sus dedos moverse ligeramente sobre las teclas.

Toda su vida debería estar con ella a su lado.

Así como todos sus amigos, aunque inusual en la sociedad, eran evidentes en su admiración y afecto por sus esposas, Nic también debería estar con Alison.

Pero no podía.

Por más que tuviera que usar toda su fuerza de voluntad para no ir hacia ella, simplemente no podía.

No habían hablado de un futuro porque Nic no sabía si lo tenían.

No le había dicho que la amaba porque había sido demasiado cobarde para admitirlo incluso a sí mismo hasta hoy.

La amaba tanto que dolía.

Pero no podía ir hacia ella.

“No creo que hayas parpadeado en diez minutos seguidos.”

La voz de Simon a su lado distrajo a Nic, y se giró para ver a su amigo ofreciéndole un vaso de brandy.

Ni siquiera había notado que su amigo se había movido, así de absorto estaba en Alison.

Murmuró su agradecimiento, tomó el vaso y tragó el contenido de un solo golpe.

Simon levantó una ceja, pero no comentó sobre la acción inusual.

Nic bebía con moderación y sensatez, como hacía con todo en su vida.

Todo menos con Alison.

Su mirada se dirigió a ella de nuevo, y vio que ahora se había unido a Amelia en la chaise, las dos charlando felizmente.

“Nic.”

La voz de Simon era baja y seria.

Se giró para ver a su amigo observándolo de cerca.

“¿Qué está pasando?”

“No lo sé,” murmuró miserablemente.

Ni siquiera tenía la energía para presentar su habitual comportamiento estoico.

Simon extendió la mano y le apretó el hombro brevemente.

“Será mejor que lo averigües rápidamente,” advirtió suavemente. “Porque tanto James como Robert van a querer una respuesta.”

CAPÍTULO VEINTISIETE

El único sonido en la habitación era el tic-tac del reloj de pie en la esquina.

Nic no quería romper dicho silencio y, de todas formas, no sabía cómo hacerlo.

Abigail y Alison se habían retirado hacía horas.

No había logrado nada más que una reverencia formal hacia ella, no con los ojos de sus guardianes clavados en él.

Senna y Amelia se habían ido poco después, dejando atrás a James y Simon.

Ahora los cuatro estaban sentados en el estudio de Rob, frente a frente y sin decir una palabra.

“Debo decir,” intervino de repente Simon. “Se siente extraño estar en el otro lado de esto. Normalmente, yo soy el que está en problemas. Es toda una novedad: sentarse aquí y juzgar a otra persona. Bastante entretenido.”

Nic frunció el ceño ante él, ganándose una sonrisa impasible.

“Pero,” continuó Simon, “¿alguien podría ponerme al día?”

“Solo Nic puede hacerlo.”

Nic se giró ante las palabras pronunciadas en voz baja de Rob.

“¿Te gustaría explicar por qué Alison salió corriendo de aquí esta mañana y luego volvió contigo, pareciendo como si la hubieran arrastrado por un seto?”

Ah, se había dado cuenta de eso.

“Te dije, ella debe haber olvidado...”

“Nic.”

Se detuvo ante la interrupción de James, volviéndose para mirar a unos ojos del mismo color que los de Alison.

“Nunca nos has mentido antes, por favor, no empieces ahora.”

Nic casi se echó a reír en voz alta.

¿Nunca les había mentido antes? Quizás, técnicamente eso era cierto. Pero les había ocultado su vida, su verdadera vida, durante los últimos diez años.

“¿Qué quieres que diga?”

“Robert parece pensar que podría haber algo entre tú y Alison.”

“En realidad, *sé* que hay algo entre tú y Alison,” interrumpió Robert. “Así como sé que algo pasó la otra noche en Vauxhall.”

“Espera, ¿qué?” exclamó James. “Nunca me dijiste eso.”

Se giró para fulminar con la mirada a Nicholas, quien sintió un repentino apretón en su corbata.

“¿Vauxhall Gardens?” Simon, quien decididamente *no* estaba ayudando. “Vaya, no pensé que lo

tuvieras en ti, San Nic.”

“No hay nada de santo en él,” gruñó Robert.

“Y la pequeña Alison Langton. Pensé que detectaba un poco de travesura en ella. Aunque una cita secreta en los Jardines con este paradigma de virtud es algo sorprendente.”

“Cállate, Simon,” finalmente espetó Nic.

Odiaba escuchar a Simon hablar de Alison de esa manera. Aunque por las miradas fulminantes que el conde risueño estaba recibiendo de James y Robert, no era el único que se sentía así.

“No pasó nada en los Jardines,” mintió Nic. “Y no pasó nada hoy.”

Eso parecía una mentira aún mayor.

Tantas cosas habían pasado hoy. Pero eso era entre él y Alison.

Y hasta que tuviera la oportunidad de hablar con ella, ciertamente no iba a discutir nada con su primo y cuñado.

Y aparentemente, tampoco con Simon.

“¿Por qué estás aquí siquiera?” arremetió contra Simon. “Esto no te concierne.”

“Oh, lo sé,” dijo Simon con su usual sonrisa traviesa. “Solo estoy aquí por el espectáculo.”

Nic simplemente puso los ojos en blanco y luego volvió a mirar a Robert y James.

“Me conocen desde casi toda mi vida,” dijo. “Saben que nunca me aprovecharía de una señorita inocente. Especialmente no de la hermana de Abigail, por el amor de Dios.”

Robert y James se miraron y luego, para alivio de Nic, asintieron simultáneamente.

“Por eso estaba tan sorprendido,” dijo Rob. “No es propio de ti, Nic. Usualmente sabes actuar mejor. Pero con Ally...”

Se encogió de hombros.

“Eres diferente. Lo veo. James lo ve. Incluso Abigail lo ve.”

“Sin embargo, la despreciabas tanto.” James retomó el hilo de la conversación. “¿No pensabas que era bastante consentida?”

“Una mocosa consentida y egoísta, si la memoria no me falla.”

“Simon.” Nic se volvió hacia el entrometido. “Te dije que te callaras.”

“Pero lo dijiste,” persistió como un maldito niño terco.

“Sí, lo dije.” Nic estaba exasperado ahora. Quería irse a casa.

Necesitaba pensar. Procesar todo lo que había sucedido hoy.

Necesitaba ver a Alison.

Pero antes de todo eso, necesitaba apaciguar a sus mejores amigos.

“Nic, eres la persona más decente y digna de confianza que conozco, aparte de James,” dijo Robert, ignorando el “ejem” de Simon. “Si me dices que no hay nada entre tú y Alison, entonces te creeré.”

“Debes saber que nunca tendríamos una objeción contigo,” dijo James.

“Eh, me advertiste que me mantuviera alejado de ambas primas bajo pena de muerte,” dijo

Simon a James. “Y de Senna, si mal no recuerdo.”

James levantó una ceja hacia Simon. “Eso no es lo mismo.”

Simon fulminó a James con la mirada durante un momento antes de encogerse de hombros.

“De acuerdo,” dijo. “Continúen.”

Nic miró a sus tres amigos más cercanos, más hermanos en realidad, todos devolviéndole la mirada.

No quería mentirles.

Pero ¿no merecía Alison escuchar cómo se sentía por ella antes que nadie?

Decidió que no lo negaría rotundamente, pero tampoco confesaría la verdad.

Poniéndose su máscara de estoicismo, la que había usado durante diez años, Nic miró a Robert y James a los ojos.

“Les advertí hace un año que tendrían problemas con ella,” dijo, sintiéndose como el peor tipo de canalla. “No puede sorprenderles que su comportamiento haya sido un poco, poco ortodoxo.”

“Es una sorpresa que tú estés involucrado, Nic,” interrumpió Rob.

Bueno, ahí tenía razón.

“¿Cuáles son exactamente tus intenciones?” preguntó James.

A Nic le encantaría saber la respuesta a esa pregunta para él mismo.

Sabía lo que quería. Sabía cuánto deseaba pasar cada día del resto de su vida con Alison.

Pero aún no sabía cómo alejarse de su trabajo en St. Giles y de todas las personas que dependían de él allí.

Y no quería en absoluto a Alison cerca de allí si podía evitarlo.

La llevaría de regreso porque lo había prometido y no confiaba en que se mantuviera alejada. Pero no quería que se viera mancillada por las realidades de la vida en el bajo mundo de Londres.

James y Robert lo miraban, haciéndolo sentir como un criminal en el banquillo de los acusados.

Incluso Simon había dejado de bromear.

Nic necesitaba darles una respuesta.

Pero ni siquiera se la había dado a sí mismo.

“No tengo ninguna,” dijo porque no sabía cuáles eran sus intenciones en ese momento.

Robert suspiró y se movió para rellenar todos sus vasos.

“Nunca pensé que estaríamos aquí, Nic,” dijo mientras le entregaba un vaso de brandy. “No contigo.”

Nic simplemente lo miró, negándose a apartar la mirada.

“Nunca te presionaría para hacer algo que no quieres hacer,” dijo finalmente Robert. “Pero esto no puede continuar. Puede que no ames a Ally, pero según Abby, ella se está enamorando de ti.”

El corazón de Nic latió dolorosamente ante las palabras de Robert.

Quería discutir, decirle a su amigo que, por supuesto, amaba a Ally. Apenas podía respirar con la

intensidad de sus sentimientos por ella.

“Tienes que mantenerte alejado de ella,” dijo James con franqueza, pero sin malicia. “El tiempo a solas juntos... si fueras cualquier otra persona, no podríamos haberlo permitido desde el principio. Ahora, con el riesgo de que Alison salga lastimada, esto se acaba.”

La punzada de dolor que recorrió a Nic ante las palabras de James fue toda la prueba que necesitaba de que nunca podría dejarla ir.

Pero eso no cambiaba el hecho de que necesitaba tiempo para reorganizar su vida. Necesitaba encontrar una manera de alejarse de St. Giles sin sentirse como un monstruo por hacerlo. Y necesitaba reconectar con la vida que había dejado atrás hace diez años.

Solo entonces le pediría a Alison que se convirtiera en su duquesa. Su esposa.

***

Alison apoyó la cabeza contra la puerta cerrada del estudio, apretando los ojos para evitar que se le escaparan lágrimas.

Solo había bajado para asegurarse de que no fuera la causa de ninguna discordia entre los caballeros.

Y, al parecer, no lo era.

No estaban enojados con Nicholas.

No iban a intentar forzarle la mano.

No, en su lugar querían decirle que la dejara en paz.

Decirle que ella estaba encaprichada con él, como si fuera una colegiala incapaz de tener sentimientos profundos.

Su corazón se había detenido en su pecho mientras deseaba que Nicholas admitiera que le importaba, si no que la amaba.

Su tarde juntos, él abriéndose a ella, sus besos estremecedores: tenían que significar algo, ¿no?

Sin embargo, había dicho que no significaban nada.

Y ahora todos estaban ahí sentados, sintiendo lástima por ella, apiadándose de su enamoramiento mientras él la consideraba una mocosa malcriada y egoísta.

Esas habían sido sus palabras.

No tengo ninguna.

Eso es lo que había dicho cuando Robert lo cuestionó sobre sus intenciones.

Alison se sentía como una completa idiota.

Toda esta noche, aunque no podía ir hacia él, había llevado el recuerdo de su tarde juntos dentro de ella como un delicioso secreto.

Se había permitido fantasear con ser su esposa algún día.

Pasarían sus días en Londres, incluso en los meses de invierno. Trabajarían juntos en las casas y hospitales a los que Nic había dedicado su vida.

Trabajarían codo a codo haciendo lo mejor para salvar a tantas personas como fuera posible del

trágico destino de Ciara y su bebé.

Claro, Nic nunca le había dicho que la amaba o que quería casarse con ella. Y ella sabía que él aún amaba a su prometida perdida.

Pero había esperado que al menos llegara a importarle. Ella tenía suficiente amor para ambos.

Y quizás algún día, él incluso podría llegar a amarla también.

Pero ahora, de pie frente a la puerta de Robert, escuchando cómo su conversación pasaba a otros temas, Alison se dio cuenta de que se había estado engañando a sí misma.

Tal vez ya no pensaba que ella era tan malcriada. Pero eso no significaba nada.

James le había dicho que tendría que terminar su amistad, y Nicholas no había dicho nada.

Tenía preguntas sobre ellos, sobre un futuro entre ellos, sobre cómo se sentía él con respecto a ella.

Y ahora tenía su respuesta.

Su silencio hablaba por sí mismo.

Alison se giró lentamente y se alejó caminando.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Nic frunció el ceño mientras recorría con la mirada el salón de baile, apenas oyendo su nombre siendo anunciado.

La Temporada avanzaba, y no pasaría mucho tiempo antes de que Londres comenzara a vaciarse de nuevo.

Este año, por primera vez, se iría con ellos.

Era el momento.

Regresaría a casa.

De vuelta a Irlanda.

Y si lograba su propósito, se llevaría a Alison con él como su esposa.

Nic sabía ahora que debería haberles dicho a Robert, James y Simon la noche anterior lo que planeaba.

Porque de una forma u otra, quería tener a Alison a su lado, como su esposa. No importaba lo que costara resolver todos los otros asuntos; eso era innegociable. No podía vivir sin ella. Y no quería intentarlo.

Esa mañana había hablado largo y tendido con la Sra. Cafferty sobre su culpa por pensar en dejar su trabajo en manos de otros, por enamorarse de Alison, por considerar convertirse en padre cuando nunca se había permitido imaginar tal cosa.

Por supuesto, la formidable irlandesa había sido directa en su opinión. Le había dicho que era una tontería haber esperado tanto para decirle a Alison cómo se sentía cuando era evidente para cualquiera que estuviera cerca de ellos.

Le había dicho que había hecho más por la gente de St. Giles, y de Little Ireland en particular, en diez años de lo que la mayoría de la gente hace en toda su vida, y que nadie le negaría la oportunidad de ser feliz.

Se sintió como una validación que no sabía que estaba buscando.

Y con sus palabras llegó una realización: Nic necesitaba empezar a ser honesto con sus amigos y consigo mismo.

Tenía más responsabilidades de las que había estado dispuesto a asumir en estos últimos años. Tenía un deber con más que los residentes de St. Giles.

Aunque se mantenía al tanto de todas sus propiedades a través de comunicaciones con sus excelentes administradores y hombres de negocios, no era lo mismo.

Necesitaba decirle a Alison cómo se sentía y pedirle que se casara con él.

Necesitaba contarles a sus amigos sobre su pasado.

Y necesitaba ir a casa.

Pero antes de todo eso, necesitaba encontrarla.

Vio a Simon y Amelia y se dirigió hacia ellos, sonriendo y asintiendo ante varios saludos, ignorando más de un par de pestañas parpadeando hacia él.

Al acercarse a la pareja, vio que fruncían el ceño, con las cabezas juntas, susurrando furiosamente.

Nic no quería particularmente entrometerse en lo que parecía una conversación bastante seria, pero entonces escuchó el nombre de Alison y, sin pensarlo, habló.

"¿Qué está sucediendo?" preguntó sin rodeos.

Simon y Amelia lo miraron, con expresiones de preocupación en sus rostros.

"Eh, bueno..." Amelia parecía estar eludiendo sus palabras.

"Alison se ha vuelto loca," soltó Simon.

Nic frunció el ceño en confusión.

"¿Qué? ¿Qué quieres decir?"

Simon suspiró.

"Quiero decir..." Se volvió y asintió con la cabeza hacia el otro lado del abarrotado salón de baile. "La travesura en ella de la que hablé anoche parece haberse manifestado con fuerza esta noche."

Nic giró la cabeza en la dirección que Simon señalaba y una furia negra, súbita y rápida, se apoderó de él.

Alison se veía tan desgarradoramente hermosa como siempre la había visto, y su cuerpo reaccionó de inmediato, incluso mientras su mente trabajaba furiosamente para entender lo que estaba viendo.

Estaba en un vestido de satén azul hielo, con el cabello recogido, mostrando su esbelto cuello.

Se veía tan perfecta y hermosa como siempre. Eso no era inusual.

El hecho de que estuviera rodeada por algunos de los peores granujas de la alta sociedad, riéndose y tocándolos ligeramente con su abanico, descansando una mano en el brazo de ese bastardo de Fulham y susurrándole al oído, eso sí era muy inusual.

"¿Qué demonios está pasando?" preguntó Nic con enojo, encontrando más difícil que nunca mantener la fachada de indiferencia con los ojos curiosos de la alta sociedad alrededor.

"No lo sé," susurró Amelia.

Ella miró a su alrededor, y Nic siguió su ejemplo, viendo con consternación que Alison estaba atrayendo la atención de más de un chismoso.

"¿Dónde está Robert? ¿O James?"

Amelia suspiró, empujando sus gafas hacia arriba en su nariz.

"Robert y Abigail se quedaron en casa con Lottie esta noche," explicó rápidamente. "James y Senna aún no han llegado. Le dije a Alison que estaríamos encantados de llevarla con nosotros esta noche, por supuesto. Pero tan pronto como llegamos, ¡parecía una mujer poseída!"

"Bebió más champán en la primera media hora de estar aquí de lo que jamás la había visto consumir," añadió Simon de forma informativa.

"¿Y no la detuviste?" frunció el ceño Nic.

"Eso es por lo que nos has sorprendido discutiendo," respondió Simon con franqueza. "Amelia parece pensar que, si voy allí y le quito los brazos a Fulham, podría causar una especie de escena."

"Entonces, ¿simplemente la dejamos allí con él?"

"Por supuesto que no," respondió Amelia. "Pero su reputación no soportará que ninguno de ustedes dos vaya allí y haga un espectáculo," dijo firmemente. "Ahora, si podemos simplemente..."

La oscura maldición de Simon interrumpió lo que ella estaba a punto de decir, y Nic y Amelia se volvieron para ver por qué estaba jurando.

Lord Severill acababa de unirse a la pequeña fiesta de Alison junto a las puertas del balcón.

Lord Severill, quien había atacado a Amelia en la fiesta de Simon el año pasado. Y a quien Simon casi había matado con sus propias manos como resultado.

"Diría que esto merece un espectáculo, amor," dijo Simon. "¿No estás de acuerdo, Nic?"

Pero Nicholas no respondió.

Ya estaba a mitad de camino cruzando la sala.

***

Alison sonrió en agradecimiento cuando alguien le ofreció otra copa de champán.

No podía decir exactamente que se estaba divirtiendo, pero al menos la cacofonía de charlas y risas a su alrededor era una buena distracción de su desamor.

Más temprano ese día, cuando Abigail había dicho que tendrían una noche tranquila en casa porque Lottie no se sentía muy bien, el estómago de Alison se había hundido.

La noche anterior había llorado hasta quedarse dormida inquieta, despertando al amanecer solo para llorar de nuevo.

Y no podía enfrentarse a otra noche así.

Afortunadamente, cuando habló con Amelia, ella le ofreció alegremente que Alison la acompañara a la velada de esa noche.

Alison se había esmerado en sus preparativos, eligiendo uno de sus vestidos más bonitos y permitiendo que Eliza se tomara un tiempo enredando una cinta de seda azul intrincadamente entre sus rizos.

Tan pronto como llegó al salón de baile, había buscado a Nicholas a pesar de sí misma.

No sabía si sentirse aliviada o triste de que no estuviera presente.

Sin embargo, antes de poder pensarlo demasiado, el Capitán Billings llegó para pedirle el primer baile.

Alison había bailado con el agradable caballero, esquivando cuidadosamente los diversos cumplidos del hombre y sus insinuaciones de bailar juntos otra vez.

Cuando el baile terminó, Alison dijo que tenía sed, y antes de que él pudiera ofrecerse a traerle un ponche o ratafía, se apresuró en dirección a los refrescos.

Fue allí donde estaba parada cuando se acercó Lord Fulham.

Al principio, Alison había estado cautelosa, recordando la furia de Nicholas al encontrar a Fulham con ella en Vauxhall Gardens.

Pero recordar eso solo le hizo recordar su beso, lo que hizo que su corazón doliera de nuevo, y eso, a su vez, la hizo más desesperada que nunca por una distracción.

Cuando Lord Fulham le ofreció una copa de champán, la aceptó. Luego otra, luego otra.

Ahora, parada allí riéndose de su malvado sentido del humor, Alison no podía entender por qué a todos les desagradaba tanto el hombre.

A veces había sido un poco más coqueto de lo que era completamente apropiado, pero Nic, o San Nic como lo llamaba Simon, la había besado hasta que sus rodillas flaquearon, la había sostenido en su regazo, la había hecho enamorarse completamente, desesperadamente de él, y luego le dijo a su primo y a su cuñado que no tenía ningún interés en ella.

Entonces, ¿qué tenía de malo Lord Fulham?

Era apuesto. No era reservado. Nunca la había criticado, nunca la había llamado niña mimada y egoísta.

No tenía interés en él. Nunca se casaría con él. De hecho, si dependiera de ella, nunca se casaría con nadie. Simplemente regresaría a América y fingiría que todo este año no había sucedido.

Irónico, dado que le había dicho a Nicholas que fingir que algo trágico no había pasado no era forma de sanar.

Pero sabía que nunca se recuperaría de amar a Nic, de todos modos.

Fulham extendió la mano y pasó un dedo por la piel expuesta por la manga corta de su vestido.

Alison movió su brazo sutilmente, ignorando la leve sensación de incomodidad.

Solo sucedía que ella no estaba acostumbrada a que un hombre fuera abiertamente cariñoso.

Y porque no estaba enamorada de Lord Fulham ni ansiaba su contacto con una necesidad que rozaba la desesperación.

“Debo decir, señorita Langton, que es bastante agradable verla de nuevo sin sus perros guardianes. Y parece mucho más, ah, *relajada* sin ellos.”

Alison se rió con una jovialidad que no sentía del todo.

“No puedo evitar sentir que usted no puede ser su verdadero yo con ellos vigilándola.” Él sonrió, la expresión era un tanto depredadora.

“Y no puedo evitar sentir que usted tiene un deseo de muerte, ya que le dije que se mantuviera alejado de ella.”

Alison se giró de golpe, y allí estaba Nicholas, más de un metro ochenta de furia con ojos azules mirándola.

Bueno, no a ella. A Lord Fulham.

Lord Fulham suspiró, con una pequeña sonrisa en su rostro.

“Parece que el sabueso ha vuelto,” le dijo a Alison.

Ella no respondió, solo miró a Nicholas.

Sus emociones eran tumultuosas. De pie frente a él, estaba enojada consigo misma por la

profundidad del amor que sentía.

Incluso después de todo lo que él había dicho, quería lanzarse a sus brazos.

Quería fingir que no había escuchado las cosas que él dijo la noche anterior.

Pero, por supuesto, no podía.

“Quizás soy yo quien no se apartaba de él, su excelencia.” Sonrió astutamente al vizconde a su lado.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rió mientras el estómago de Alison se retorcía incómodo.

La expresión de dolor y sorpresa en el rostro de Nicholas era excruciante.

¿Por qué tenía esa expresión si no la quería para sí mismo? ¿Por qué estaba aquí actuando como un pretendiente celoso? ¿No entendía que eso solo la lastimaba y confundía aún más?

El ceño fruncido estampado en su rostro ahora era tan similar al que solía llevar cuando estaba cerca de ella que casi la hacía sentir nostalgia.

“Alison, querida, quizás sea hora de irnos.”

Alison negó con la cabeza a Amelia.

No sabía exactamente por qué estaba actuando de esa manera.

El champán que había estado ayudando a amortiguar el dolor le estaba empezando a causar dolor de cabeza, y ya no tenía ganas de bailar, pero aun así se negó.

“No quiero irme,” dijo con rebeldía, actuando como la niña que Nic una vez la acusó de ser. Le daba un tipo de placer perverso comportarse de esta manera frente a él. Si la iban a ver de esa forma, bien podía actuar de esa forma.

“Pero si usted está cansada, usted y Simon pueden irse. Estoy segura de que Lord Fulham me acompañará a casa.”

“Estaría más que feliz de llevarla a casa, señorita Langton,” dijo, su tono haciéndola rechinar los dientes.

Quizás estaba jugando demasiado con fuego. Pero era mejor que retroceder frente a Nicholas.

“Y yo estaría más que feliz de dispararle,” dijo Nicholas, con su voz calmada y más amenazante por ello.

Alison se quedó boquiabierta, Lord Fulham tragó saliva, Simon sonrió.

“Realmente creo que deberíamos irnos, Alison, antes de que Nicholas realmente le dispare al infeliz.”

Esto lo dijo Amelia, que no parecía en absoluto preocupada por la amenaza de muerte.

“Esto es ridículo,” espetó Alison, comenzando a sentirse abrumada por su confusión respecto a Nic. Si no lo hubiera escuchado anoche, ni siquiera estaría hablando con Lord Fulham, y mucho menos coqueteando descaradamente con él. Habría estado bailando en los brazos de Nic, sintiendo que flotaba.

Pero ahora...

Como si la orquesta hubiera leído su mente, comenzaron a tocar las primeras notas del vals de la cena.

Lord Fulham dio la espalda a Nicholas, Simon y Amelia.

“Señorita Langton,” dijo. “¿Me haría el honor de... “

Nic extendió una mano, agarrando al otro hombre por la solapa y apartándolo de Alison.

“Ni siquiera piense en terminar esa frase,” escupió.

Empujó a Lord Fulham lejos de él.

Fulham retrocedió tambaleándose unos pasos, ganando la atención de las personas a su alrededor.

“Vámonos.” El tono de Nic no admitía réplica.

Amelia dirigió su mirada alrededor de la expectante alta sociedad, sus ojos muy abiertos, sus bocas abiertas.

“Quizás deberíamos... “

“No me iré a ninguna parte con usted.” Alison habló por encima de Amelia, ignorando lo que sin duda habría sido una sugerencia muy sensata.

“Alison, querida. Estamos atrayendo bastante la atención.”

“¿Qué demonios te pasa”

Una vez más, la voz razonable de Amelia cayó en oídos sordos mientras Nicholas le gritaba a Alison, perforándola con sus ojos.

Era un testimonio de su enojo, lo sabía Alison, que no solo le gritara, sino que arriesgara causar una escena frente a toda la sociedad.

Lord Fulham avanzó, con su rostro enfadado, y sus mejillas rojas.

“Si valora su vida, dará media vuelta y se marchará,” dijo Simon al vizconde.

Severill ya había huido en cuanto había visto a Simon, y la multitud de caballeros que había estado rodeando a Alison se había dispersado sabiamente.

Todo el asunto se estaba volviendo ridículo.

Alison miró alrededor, al Lord Fulham con su sonrisa sarcástica, a las damas susurrando y a los caballeros especulativos.

A la mirada inquieta de Amelia, y la inquisitiva de Simon.

Finalmente, a la furia de Nic.

Y de repente, todo fue demasiado para ella.

Estaba humillada, con el corazón dolorido y cansada de todo el asunto.

“Alison... “ Nic dio un paso adelante, extendiendo una mano hacia ella.

Al mismo tiempo, Lord Fulham colocó una mano posesiva en su hombro.

De repente, el puño de Nic salió disparado y conectó con la nariz de Fulham, dejando al vizconde esparcido en el suelo.

A su alrededor, estallaron murmullos escandalosos, los abanicos de las damas revolotearon frenéticamente.

Alison lo fulminó con la mirada.

Él no la quería, pero arriesgar su reputación significaba que nadie más la querría tampoco.

“Déjeme en paz,” dijo con cansancio antes de girar y salir apresuradamente del salón de baile.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Nic no tenía idea de lo que acababa de pasar.

Era consciente del escándalo que acababa de crear, pero ya no le importaba.

Algo estaba mal con Alison, y pensaba averiguar qué era.

Fue a correr tras ella, deteniéndose solo cuando sintió la mano de Simon en su hombro.

Dándose la vuelta, impaciente con su amigo, observó cómo Simon se inclinaba para susurrar algo en el oído de Amelia, quien con una rápida inclinación de cabeza se apresuró en una ráfaga de faldas lilas.

"Simon", advirtió Nic, "suéltame".

"¿Qué estás haciendo?", preguntó Simon, bajando la mano, con su tono lo suficientemente bajo como para que los oídos atentos a su alrededor no pudieran escuchar.

Fulham había logrado ponerse de pie, y Nic sintió un perverso placer al ver la sangre manchando su antes blanco corbatín y camisa de lino.

"Voy a buscar a Alison", dijo Nic con impaciencia, "¿no ves que está molesta?"

"Sí, puedo verlo. Y también puedo ver que tú eres la razón."

Esto detuvo en seco a Nic.

"Anoche, dijiste que no pasaba nada. Dijiste que no tenías intenciones hacia ella."

"Sé lo que dije", espetó Nic, exasperado.

"¿Entonces mentiste?"

"No, solo... no sabía lo que estaba haciendo. Lo que quería."

Simon lo estudió en silencio por un momento.

"¿La amas?"

Nic había querido que Alison fuera la primera persona a la que se lo dijera, pero no estaba seguro de que Simon lo dejara ir si su amigo pensaba que no estaba actuando con honor. La ironía de que el diablo revisara el comportamiento del santo no se le escapaba a Nic.

Asintió. Solo una vez, pero fue suficiente.

Simon sonrió con malicia.

"¿Qué?", exigió Nic.

"Oh, nada. Solo estoy disfrutando del hecho de que después de años de Robert y James advirtiéndome sobre todas las mujeres de su círculo, el Santo Nic aparece y seduce a una justo bajo sus narices."

"No seduje..."

"Ve", interrumpió Simon riendo por las protestas de Nic, "dado lo alterada que parecía Alison,

no estoy seguro de cuánto tiempo mi esposa podrá retenerla aquí."

***

"¿Cuánto tiempo tarda un maldito carruaje?" Alison frunció el ceño ante la repentina sonrisa de Amelia.

"¿Qué te hace tanta gracia?" preguntó.

"Nada", dijo Amelia. "Es solo que 'maldito' es una palabrota tan inglesa. A veces olvido que eres estadounidense."

"Sí, bueno, pronto lo recordarás."

"¿Oh? ¿Y por qué es eso?" preguntó Amelia.

El sonido de un carruaje que llegaba distrajo momentáneamente a Alison, y se sintió aliviada al ver el vehículo estampado con el escudo de armas de Dashford.

Cuanto antes se alejara de aquí, y de Nicholas, mejor.

"Porque me iré a casa", dijo.

Era lo mejor que podía hacer. No había nada en Inglaterra para ella ahora; de eso estaba segura.

"¿Qué?" Amelia jadeó. "Alison, no puedes estar hablando en serio."

Alison estaría miserable en casa con su familia desinteresada, de eso no tenía dudas. Pero estar miserable con un océano separándola de la fuente de su desolación parecía bastante aceptable en ese momento.

"No hay nada aquí para mí, Amelia", dijo miserablemente.

"¿Nada?" preguntó su amiga con gentileza.

Para horror de Alison, sintió lágrimas llenar sus ojos ante la pregunta de la joven condesa.

"¿Lo sabes?", preguntó.

Amelia encogió los hombros con disculpa.

Maravilloso. Ahora todos sabían que Alison era una tonta que se había enamorado de alguien que no la quería. Y nunca lo haría.

"Cuando me enamoré de Simon", dijo Amelia suavemente, "fui más miserable de lo que había sido en toda mi vida."

Alison recordó bien ese momento.

Había conocido a Simon y a Amelia mientras ellos se enamoraban. Había sido obvio para todos a su alrededor que estaban locamente enamorados el uno del otro. Pero por alguna razón, los dos no podían encontrar el camino el uno hacia el otro.

Sin embargo, al final, todo se había arreglado. Un destino que no esperaba a Alison.

"No podía entender por qué Adeline leía todas esas estúpidas novelas sobre el amor", dijo Amelia de su hermana menor, ahora felizmente casada ella misma. "Para mí, era lo peor que una persona podía experimentar. Y acababa de terminar de investigar sobre las plagas medievales."

Alison sonrió a pesar de sí misma a su hermosa y estudiosa amiga.

"Y mírame ahora", continuó Amelia.

"No será así para mí, Amelia", sollozó Alison.

"¿Por qué no?", preguntó la condesa, alcanzando y apretando la mano de Alison.

Alison quería contarle todo a la amable morena a su lado. Pero la historia de Nic no era de Alison para contar.

Así que en lugar de poder confesar que el hombre del que estaba enamorada estaba enamorado de un fantasma, solo pudo negar con tristeza con la cabeza.

"Oh, mi querida, todo saldrá bien. Estoy segura de ello."

Amelia observó atentamente a Alison antes de asentir como si hubiera tomado una decisión.

"Volvamos y encontremos a Simon para que podamos llevarte a casa", dijo suavemente.

Alison asintió y se volvió con su amiga para regresar al interior.

Levantó la vista y se quedó helada.

Nic estaba de pie allí, mirándola fijamente, con una expresión indescifrable en su rostro.

"Voy a... a buscar a Simon", dijo Amelia titubeante, deteniendo la mano de Alison con un apretón más antes de apresurarse hacia los escalones.

Nic la detuvo, inclinándose para susurrarle algo, con sus ojos nunca apartándose de Alison, que estaba atrapada en su mirada.

Amelia miró rápidamente hacia Alison antes de asentir y luego se volvió y continuó subiendo los escalones y entrando en la casa.

Nic se acercó lentamente hacia Alison, con cuidado.

"¿Estás bien?", preguntó, su voz tranquila y uniforme, como si no hubiera estado insultando y golpeando vizcondes solo momentos antes.

"No particularmente", dijo cansadamente.

La pelea se había ido con ella.

En el salón de baile, había tenido su ira como un escudo contra él. Su indignación de que la hubiera despedido tan fácilmente ante su familia. Su resentimiento de que, por más que lo intentara, nunca podría estar a la altura de la perfección de su primer amor.

Después de todo, Ciara había sido una criada. Y Nicholas la había amado tanto que estaba dispuesto a renunciar a todo.

Y aunque Alison pensó que podría vivir con que él solo la cuidara un poco, estaba empezando a darse cuenta de que eso no sería suficiente para ella.

Quería que alguien la amara lo suficiente como para renunciar a todo por ella. Quería que alguien la amara tanto como ella amaba a Nic. Tanto como él amaba a otra persona.

Era trágico.

Pero no podía evitar cómo se sentía por él.

"Lo siento", dijo, acercándose para que ahora solo hubiera centímetros entre ellos. "Perdí los estribos. Parece que me resulta difícil controlarme a su alrededor, en más de un sentido."

No tenía idea de qué decir ante semejante cosa, así que no dijo nada.

"No es seguro que Lord Fulham esté cerca de usted, Alison."

Alison bufó. No pudo evitarlo. El único peligroso para ella era el hombre que estaba frente a ella.

Frunció el ceño desaprobadoramente.

"Lo digo seriamente", dijo. "No se puede confiar en él. Si supiera lo que yo sé, lo que todos sabemos de él..."

"Simplemente no le gusta", respondió Alison. "Siempre ha sido amable conmigo."

Pensó en los momentos en que Lord Fulham la hacía sentir incómoda, pero los desechó sin piedad.

"Él está siendo amable con usted porque quiere acostarse con usted", dijo Nic sin rodeos. "Y no, no me gusta él. Nunca me gustó. Ahora lo odio con una ferocidad que no sabía que era capaz. Pero soy lo suficientemente hombre como para admitir que mis celos probablemente tienen mucho que ver con eso."

Alison sintió que se le caía la mandíbula.

Él parecía tan sincero, tan afectuoso. Casi podía creer que se preocupaba por ella. Pero anoche les había dicho a sus amigos que no lo hacía.

Su cabeza le dolía con sus pensamientos circulares.

"Estoy cansada", dijo. "Y me duele la cabeza. Me voy a casa en cuanto Amelia vuelva con Simon, así que..."

"Amelia no va a volver con Simon", interrumpió Nicholas suavemente.

"Pero, pero ella dijo que podía irme", dijo Alison, sonando petulante incluso para sus propios oídos.

Una vez más, los ojos de Nic destellaron con una confusión herida.

Pero no tenía derecho a sentirse herido. No cuando él había dicho que no quería tener nada que ver con ella.

"Alison, no entiendo qué está pasando aquí esta noche. Ayer estábamos... bueno, pensé que estábamos..."

Se detuvo, como si buscara palabras para decir.

Pero ella no podía quedarse allí y escuchar esto. No podía escuchar recordatorios de ayer. No cuando significó algo diferente para ambos.

"Nicholas, me alegra que me haya contado sobre Ciara y sobre su hijo", dijo tristemente. "Me alegra que haya compartido conmigo todo el maravilloso trabajo que hace y por qué lo hace. Pero somos personas diferentes, usted y yo. Queremos cosas muy diferentes."

Él se estremeció como si ella lo hubiera abofeteado.

"¿Qué significa eso?" preguntó con voz apagada, su rostro y tono sin expresión.

Pero ella lo conocía tan bien ahora. No la engañaba.

Él se escondía detrás de su máscara de estoicismo tranquilo. Cualquier cosa que estuviera sintiendo, la iba a esconder de ella. Al igual que había escondido cómo se sentía realmente cuando ella se sentó en sus brazos.

"Significa que vine a Londres buscando algo, y no creo que lo vaya a encontrar aquí. Pensé que podría, pero no puedo."

Él abrió la boca para hablar una vez más, pero ella necesitaba irse antes de romperse por completo frente a él.

"Significa que me voy a casa. De regreso a América. De regreso a donde pertenezco."

"Alison, no."

Él extendió la mano y le agarró la parte superior de los brazos, sacudiéndola suavemente.

"No puedes estar diciendo eso. Yo quiero..."

"No me importa lo que quiera, Nic." Se soltó de su agarre.

Su enojo reapareció rápido y abrasador.

"Dejó muy claro anoche lo que no quiere, y eso soy yo."

"¿De qué está hablando? Yo nunca dije..."

"¿Qué? ¿Nunca dijo que soy una mocosa egoísta y mimada?"

Sus mejillas palidecieron, y ella sintió un retorcido placer al ver su reacción.

"¿Nunca dijo que advirtió a Robert sobre cómo yo sería un problema? ¿Nunca dijo que no tenía intenciones hacia mí?"

Para su horror, sintió lágrimas llenar sus ojos, y por más que lo intentó, no pudo detenerlas.

La maldición de Nic resumió bastante bien sus propios sentimientos.

"Estaba tan feliz ayer", continuó. Las palabras salieron por su propia voluntad. Fluyendo de ella como si su corazón roto se estuviera purgando. "Pensé que tal vez empezaba a interesarle. Me dejó entrar."

Levantó una mano y se secó las lágrimas impacientemente.

"Fui estúpida, imaginando ingenuamente una vida juntos, donde estaría a su lado en St. Giles y en cualquier otro lugar donde estuviera. Donde pasaríamos nuestros días enamorados y ayudando a los menos afortunados."

Su expresión era de angustia, pero no se movió. No habló. Simplemente la miró. Y eso se sintió como si su corazón se estuviera desgarrando del todo.

Era una prueba más de que ella era una idiota.

Dios, cómo deseaba que él dijera que quería eso también.

"Pero anoche, finalmente acepté lo que realmente piensa de mí. Finalmente acepté que nunca me amará, no como yo lo amo."

Quizás no debería habérselo dicho. Pero Alison no sentía que tuviera algo que perder siendo honesta.

"Pero no puedo hacer que me ame. Ni siquiera puedo hacer que le guste." Se rió amargamente.

Bajando la mirada a sus pies, dejó que las lágrimas cayeran sin control ahora.

Tomando una respiración profunda, levantó los ojos hacia él.

"Y no puedo competir con un fantasma."

CAPÍTULO TREINTA

“Ella no saldrá de su habitación de nuevo.”

“Y Nic no saldrá de su casa.”

Robert y James se miraron, con expresiones de preocupación en sus rostros.

“¿Estás seguro de que no pasó nada en ese baile?” Robert se dirigió a Simon, quien había estado escuchando tranquilamente el intercambio de los caballeros.

“Nada en absoluto,” mintió suavemente. “Aparte del hecho de que pensé que Nic realmente mataría a Fulham. Lástima que no lo hiciera.”

Nic estaba parado justo afuera del estudio de Robert, escuchando su conversación.

Obviamente, no tenía la intención de espiar.

Pero cuando escuchó a James mencionar a Alison, se quedó congelado en su lugar.

La noche anterior había sido la peor de su vida.

Alison le había dicho que lo amaba. Que pensaba que él no la amaba también. Cuando todo en su vida ahora parecía sin sentido sin ella.

Nunca debería haberla dejado subir a ese carruaje sola.

Nunca debería haberle concedido su deseo de estar sola.

Embriagarse durante la noche no había ayudado.

Pasear de un lado a otro por los pasillos vacíos y vastos de su casa no había ayudado.

Nada lo había hecho.

Porque no necesitaba brandy, ni estar atrapado en sus propios pensamientos miserables.

Necesitaba a Alison, la necesitaba más que el aire que respiraba.

Pero necesitarla, amarla y ser digno de ella, ser completo y absolutamente seguro de lo que quería, eran dos cosas diferentes.

Mientras vertía jarra tras jarra de café oscuro y fuerte en su garganta esa mañana, Nic había estado preparando planes apresuradamente.

Y ahora, estaba listo para comenzar a implementarlos. Porque nunca quería molestarla o hacerla dudar de sus sentimientos hacia ella nunca más.

Sus palmas estaban sudorosas, su respiración entrecortada, y podía sentir algo parecido al pánico comenzar a cosquillear en el borde de su mente.

Nunca había pensado que sería capaz de confiar en sus amigos, ser capaz de decirles que había estado viviendo una mentira durante los últimos diez años. Pero ahora, por primera vez desde que se habían convertido en hombres, estaba a punto de decirles que esta vez, él era el que necesitaba ayuda.

Entró en la habitación, sus ojos escaneando los rostros de sus amigos más cercanos.

Cada uno de ellos le devolvió la mirada.

Finalmente, James rompió el silencio algo incómodo. “¿Qué demonios te pasó?” soltó.

“Te ves como Simon después de una de sus noches infames,” añadió Robert.

“Gracias. Realmente. Estoy conmovido.” Esto de Simon, quien se levantó y asintió sutilmente a Nic.

No les había contado a Robert y James lo que Nic había confesado la noche anterior. No les había dicho sobre el amor de Nic por Alison.

Era la historia de Nic para contar. Pero no era la única.

Tomando una respiración profunda, Nic los miró a cada uno de ellos a los ojos.

“Estoy enamorado de Alison,” dijo simplemente, claramente. “Lamento no habérselos dicho. Y lamento haber mentido cuando me preguntaron cuáles eran mis intenciones. Pero... no era yo mismo. No estaba pensando con claridad.”

Maldijo suavemente para sí mismo.

“No he estado pensando con claridad durante semanas.”

Tragó un nudo repentino en su garganta y se encogió de hombros impotente.

“La amo,” repitió.

Hubo un breve silencio.

“Bueno, obviamente,” dijo finalmente James.

“Sí, si vas a hacer un anuncio dramático, Nic, tal vez quieras decir algo que no supiéramos ya.” Rob sonrió.

“Me lo dijo ayer,” dijo Simon con arrogancia.

Nic solo pudo mirarlos.

“¿Lo saben?” preguntó.

“Por supuesto que lo sabemos. Tenemos ojos.”

“La pregunta es, ¿qué vas a hacer al respecto?”

“Bueno, en cuanto a eso... ella está enojada conmigo.”

“¿Y eso es presumiblemente por lo que se ha encerrado?”

“Lo siento por eso,” dijo Nic.

“Está bien,” dijo rápidamente Robert. “Mandé a Abigail a una tormenta.”

“A Senna le dispararon por mi culpa.”

Todos miraron a Simon.

Él se encogió de hombros.

“Amelia tiene que aguantarme todos los días.”

Nic se rió junto con los demás, sintiendo que su pecho se relajaba ligeramente.

Pero lo difícil aún estaba por venir.

“¿Estás aquí para proponerle matrimonio?” preguntó Rob. “Porque no estoy seguro de que quiera

hablar contigo.”

“No estoy aquí para hablar con Alison,” dijo Nic, aunque físicamente le dolía no ir a verla. “Estoy aquí para hablar con ustedes. Con todos ustedes.”

***

El corazón de Alison latía con fuerza mientras esperaba ansiosamente la llegada de un sirviente.

Eliza le había dicho que Lord Barnbury había llegado hacía más de una hora, y aún no la habían llamado para ver a Robert.

Su corazón, que aparentemente no podía aprender la lección, había estallado de júbilo cuando escuchó que había llegado, y aunque trató de no hacerlo, no pudo evitar preguntarse si él estaba allí por ella.

Sin embargo, nadie la había llamado, y ahora se preguntaba si quizás estaba allí para contar historias.

Quizás estaba allí para reiterarle a Robert que tenía razón sobre ella.

Que era escandalosa, coqueteando con vizcondes y diciéndoles a los duques que los amaba. Siguiendo a caballeros al inframundo de Londres y bailando descalza en fuentes.

Casi esperaba que Robert, él mismo, subiera corriendo las escaleras y la enviara de regreso a América.

Bien, dijo para sí misma con una convicción que no sentía, *quiero irme a casa de todos modos.*

Las horas pasaban.

Alison había estado decidida a quedarse en su habitación, escondiéndose de todos.

Pero la curiosidad estaba ganándole.

Finalmente, no pudo soportarlo más.

Moviéndose lo más silenciosamente posible, salió de su habitación y se deslizó rápidamente por el pasillo hacia la escalera.

Justo cuando llegó a la cima, la puerta del estudio de Robert se abrió y Nicholas salió apresuradamente, dirigiéndose rápidamente hacia el vestíbulo.

No hizo ningún ruido. Alison estaba segura de ello.

Pero justo cuando un lacayo abrió la puerta, él se detuvo.

Girando sobre sí mismo, sus ojos escanearon el pasillo antes de moverse hacia arriba y encontrar los de ella.

La respiración de Alison se detuvo cuando su mirada azul marino la penetró.

Se quedó congelada, incapaz de moverse o mirar hacia otro lado.

Su corazón latía con fuerza, rogándole que viniera hacia ella. Que dijera algo, al menos.

Pero aparte de un breve destello de alguna emoción poderosa, su expresión permaneció tranquila e imperturbable.

Después de un momento tortuoso, hizo una breve reverencia, se dio la vuelta y, sin decir una palabra, se marchó.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

“¿De quién es la nota, querida?”

Alison levantó la vista del mensaje en su mano y vio a Abigail mirándola con curiosidad.

Habían pasado dos días desde que Nic había estado allí.

Dos días de completo silencio por su parte.

Alison no había salido de la casa. Había rechazado todas las invitaciones a fiestas y bailes, se había negado a acompañar a Abigail en las visitas de la tarde, y le había pedido a Abby que presentara sus excusas durante sus recepciones *en casa*.

Anoche, anunció que tenía la intención de regresar a casa tan pronto como terminara la temporada.

La verdad sea dicha, ni siquiera quería continuar con la temporada, pero llevaría tiempo empacar todo, así que podría ser paciente.

Especialmente porque no quería particularmente regresar a casa.

La verdad era que no tenía ganas de hacer *nada* en particular.

Londres había perdido su atractivo. Desde su visita al orfanato, la naturaleza superficial de la mayoría de los miembros de la alta sociedad la irritaba.

Todas las fiestas eran iguales; todas las personas eran iguales. Los caballeros eran lascivos o aduladores. Las damas eran aduladoras o maliciosas.

Se dio cuenta de que no le gustaba.

Las cenas, los bailes y las veladas eran divertidos y entretenidos, pero en pequeñas dosis. Los eventos diarios le estaban pasando factura.

Abigail se sorprendió al descubrir que Alison no estaba impresionada con el deslumbrante mundo de la alta sociedad, pero Alison estaba tan sorprendida como su hermana.

Al llegar a Inglaterra, estaba completamente segura de que esta vida era la que quería.

Ahora, al igual que tantas otras cosas, eso había cambiado.

Nicholas Fyfe también tenía la culpa de eso.

Y ahora había recibido esta carta.

“E... es de uno de los niños que conocí en el orfanato que Ni... que el Lord Barnbury patrocina,” dijo rápidamente.

No diría que era un orfanato que el duque frecuentaba.

Por mucho que él le hubiera roto el corazón, Alison no traicionaría el secreto de Nicholas.

“¿Uno de los niños? Qué agradable,” dijo Abigail con indiferencia. “¿Qué dice?”

“Prometí que tocaría para ellos y tal vez les enseñaría a tocar a ellos mismos.” Alison tragó con

fuerza.

Nunca debería haber hecho esa promesa. Lo había hecho pensando que pasaría mucho tiempo allí.

“Aparentemente, el duque entregó un pianoforte ayer y quieren que vaya a probarlo.”

“Entonces, ciertamente debes ir,” dijo Abby rápidamente. “No puedes defraudar a los pobres huérfanos, ¿verdad?”

Alison frunció el ceño.

“No, supongo que no puedo,” coincidió a regañadientes.

No quería defraudar a los niños. Pero realmente no quería ver a Nicholas, tampoco.

“¿Por qué no terminas tu desayuno y llamaremos al carruaje para que nos lleve allí?”

Alison miró boquiabierta a su hermana.

¿Quería ir a St. Giles solo para que Alison pudiera tocar un pianoforte?

“Um, no estoy segura de que sea una buena idea,” dijo Alison ahora. “No es el tipo de lugar al que deberíamos ir solas.”

“¿No es ese el lugar al que fuiste sola?” Abby parpadeó.

“Bueno, sí,” dijo Alison. “Pero, prometí...”

“¿Prometiste qué?”

Su corazón se retorció dolorosamente al recordar su conversación con Nic.

Solo tú.

“No importa,” dijo desanimada. “Pero realmente no deberíamos ir sin escolta,” dijo. “Deberíamos pedirle a Robert.”

“¿Pedirme qué?” La puerta del comedor se abrió y Robert entró, inclinándose para besar la cabeza de Abby mientras pasaba junto a su silla.

“Alison ha recibido una nota de algunos de los niños de un orfanato en St. Giles y quiere ir a visitarlos. Pensamos que sería mejor si vinieras con nosotras.”

“No es mejor, es imprescindible. No pueden acercarse a ese lugar sin mí o Nic. Nunca.”

La intensidad de Robert habría sorprendido a Alison si no hubiera visto con sus propios ojos lo peligrosas que eran esas calles. La verdad sea dicha, estaría feliz de tener a su intimidante cuñado con ella.

“Deberíamos prepararnos entonces,” dijo Abigail, ignorando la actitud protectora de Robert.

Alison asintió, siguiendo a su hermana fuera del comedor.

Lo último que quería era acercarse al lugar que estaba tan relacionado con Nicholas.

Pero ¿qué otra opción tenía.

***

Tres horas y diez canciones después, los niños del hogar finalmente se convencieron de tomarse un descanso.

Los dedos de Alison debían de estar doliendo ya, pero Nic no la había visto quejarse ni una sola vez.

Toda la mañana la había observado encantar y cautivar a los niños. Ellos se sentían tan atraídos por ella como él, como todos a su alrededor.

El corazón de Nic dolía al pensar que ella creía que él no la amaba.

Por supuesto que la amaba. ¿Cómo podría hacer otra cosa *que no fuera* amarla?

Se había mantenido a distancia, ansioso por hacer las cosas bien. No quería que ella se marchara enfadada en cuanto llegara.

Como Rob había prometido, acompañó a Alison hasta la puerta del hogar.

La sorpresa de su amigo fue evidente cuando entró en la pequeña y estrecha oficina de Nic. Había papeles por todas partes. Informes sobre las finanzas, los niños, sus deseos y necesidades.

“Aún no puedo creer que mantuvieras estar implicado en todo esto tan bien oculto,” había dicho.

El día en que Nic confesó su historia a sus amigos, se habían sentado en el estudio de Robert durante horas. Fue una de las conversaciones más difíciles de la vida de Nic, pero después, el alivio de finalmente dejar que su familia adoptiva lo supiera fue palpable. Se sintió una década más joven al desahogarse con Simon, James y Robert.

Y mientras se apresuraba a poner en marcha todo lo que quería para Alison, sintió su presencia.

Su alma llamaba a la suya, Nic estaba seguro de ello.

Incluso hoy, cuando ella llegó, sintió su presencia en el aire.

Verla parada tristemente en lo alto de la escalera del carruaje de Robert fue desgarrador, especialmente porque no podía acercarse a ella como quería, sostenerla como quería.

Pero era imperativo que hiciera esto bien. No se acercaría a ella hasta tener todo en su lugar para mostrarle, de una vez por todas, que ella lo era todo para él.

Si Nic había dejado a Alison con alguna duda sobre cuánto significaba para él, tenía la intención de solucionarlo hoy.

La Sra. Cafferty sacó a los niños de la recién estrenada sala de música y los llevó apresuradamente al comedor, con Robert y Abigail ayudando a reunirlos entre risas.

Y entonces, solo quedaba Alison.

Ella todavía estaba sentada en el banco del piano junto a la ventana, su cabello dorado brillaba a la luz del sol de la tarde, la brisa de verano jugaba con los suaves mechones de una manera que hacía que a Nic le picaran los dedos por tocarlos.

Se veía hermosa.

Se veía miserable.

Y Nic se juró a sí mismo que si tenía la suerte de hacerla suya, nunca más le causaría infelicidad.

“Son unos verdaderos pequeños capataces.”

Ella levantó la cabeza bruscamente ante su comentario, con sus ojos increíblemente azules muy abiertos.

“No me importa,” dijo finalmente. “De hecho, me encanta. Cuando regrese a casa, me aseguraré de continuar en el orfanato local.”

El corazón de Nic latió dolorosamente al escucharla hablar de irse.

No podía imaginarla yéndose a casa. No podía imaginarla en ningún otro lugar que no fuera a su lado, donde pertenecía.

“¿Le gusta el piano?” Él asintió hacia el instrumento, dando un paso más hacia la habitación.

“Es hermoso.” Ella se giró para mirarlo, acariciando amorosamente las teclas de ébano y marfil con la punta de los dedos. “Es usted muy bueno con ellos.”

“No es nada.” Él se encogió de hombros. “Es lo mínimo que puedo hacer.”

Ella sonrió un poco pero no habló.

Nic siguió caminando hasta detenerse frente a ella, mirándola desde arriba.

“¿Puedo?” preguntó, señalando el banco.

Ella frunció el ceño hacia él.

“Es un poco pequeño,” dijo suavemente.

“Ah, sí lo es.” Él asintió sabiamente. “¿Quizás aceptaría darme el honor de acompañarme a dar un paseo por el jardín?”

Podía ver que ella buscaba una forma de decir no, y le mataba que no quisiera pasar tiempo a solas con él.

Aunque, después de lo que ella había escuchado la otra noche, no podía culparla.

Si viviera cien años, nunca se perdonaría por haberla lastimado así.

“Por favor, Alison,” dijo suavemente, antes de que ella pudiera rechazar.

Ella suspiró y luego levantó la barbilla con determinación.

“Está bien,” dijo con desgano. “Vamos.”

Tomó un chal color rosa del borde del banco, doblándolo sobre su brazo, y luego salió de la habitación con rigidez.

Nicholas sintió una pizca de preocupación por lo distante que estaba siendo.

Pero eso no lo detendría.

Nada lo detendría de intentarlo.

Una vez afuera, se colocó el chal sobre las mangas cortas de su vestido de muselina marfil.

“¿A dónde quiere ir a caminar?” preguntó.

“Quería mostrarle algo.”

Ella no habló, simplemente asintió y esperó a que él guiara el camino.

“¿Sabe? Nunca he estado en las Américas,” dijo Nic en tono de conversación.

Ella parpadeó mirándolo, y Nic tuvo que apretar los puños para no alcanzarla.

“Nunca he estado realmente en ningún lugar fuera de Londres desde que Ciara murió.”

La estaba observando tan de cerca que notó el más mínimo estremecimiento al oír el nombre de Ciara.

Ella realmente creía que él aún amaba a Ciara.

“Creo que me resultaría extraño dejar Londres y todos los lugares donde hago mi trabajo.”

Habían estado caminando lentamente, pasando la fuente, pasando los arriates de flores y los huertos, pasando el pequeño huerto de manzanos.

Ahora, él extendió la mano y la detuvo.

“Pero si realmente quiere regresar, podría acostumbrarme a ello.”

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Alison solo pudo mirar a Nicholas mientras sus palabras calaban hondo.

¿Quería decir...?

¿Qué *quería* decir?

Sin embargo, en lugar de explicarse, él se volvió para mirar un pequeño pilar de piedra blanca.

Alison vio una cruz incrustada en él.

"Enterramos a Ciara aquí", dijo Nic en voz baja.

Ella levantó la mirada hacia él, pero todo su enfoque estaba en el monumento frente a ellos.

¿Cómo podía estar notando la fuerza de su mentón, la curva de sus pestañas, el mechón de cabello castaño que caía sobre su frente cuando estaba de pie ante la tumba de su amor?

Era una desgracia.

"Este fue el lugar donde se encontraba el edificio en el que la encontré. Derribé toda la calle para poder construir el hogar. Reubiqué a los residentes en una de las casas que compré cerca de aquí".

Alison no entendía por qué le estaba contando esto.

¿Y qué había querido decir sobre acostumbrarse a América?

"Parecía adecuado que ella encontrara descanso aquí, donde había sufrido tanto".

Alison asintió, y porque odiaba la idea de que él estuviera sufriendo, extendió una mano para posarla suavemente sobre su brazo.

"Me perdoné a mí mismo hace años por el destino de Ciara, o al menos eso pensé. Solo cuando usted me habló de ello me di cuenta de que lo había apartado en lugar de enfrentarlo. Bloqueé mi dolor en lugar de sanarlo".

Ella retiró su mano, juntando sus dedos.

No tenía idea de por qué Nic la había llevado allí, por qué le estaba contando esto. Y cada una de sus palabras cortaba como un cuchillo. Pero si él necesitaba hablar, entonces ella escucharía.

"Me hizo ver que necesitaba abrirme a los sentimientos que había enterrado".

Alison habría reído si no fuera tan trágico; ella había reavivado sus sentimientos por Ciara, mientras se enamoraba de él.

"Le conté a Robert, James y Simon sobre ella y sobre mi hijo".

"¿Lo hizo?" preguntó asombrada.

“Hice lo que me dijo. Y tenía razón: fue mejor dejarles entrar. Me habrían ayudado entonces... y quieren ayudarme ahora.”

“¿Ayudarle?”

Nic de repente se volvió para mirarla, con los ojos encendidos e intensos.

“Vamos,” dijo, agarrando su mano y llevándola de vuelta por el jardín.

Debería haber retirado su mano. Tocarlo ahora solo haría que doliera más después.

Pero la mantuvo donde estaba. Siguió agarrándola.

Nic continuó caminando hasta que regresaron a la fuente.

“El otro día dijo que no podía competir con un fantasma.”

El corazón de Alison se retorció al recordar sus palabras.

El recordatorio de que le había dicho que lo amaba como una gran, estúpida idiota.

“Y tiene razón. No puede competir con un fantasma.”

Alison bajó la mirada al suelo.

Lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Entonces, ¿por qué dolía tanto?

Sus ojos se llenaron de lágrimas una vez más.

“O mejor dicho.” Nic colocó un dedo bajo su barbilla, levantando su rostro, obligándola a mirarlo. “Nadie ni nada podría competir con usted,” dijo. “Ni un fantasma, ni un ser humano vivo y respirando. Ni mis obras de caridad. Ni mis amigos. Nada se compara con usted, Alison. Nada se acerca.”

El corazón de Alison tropezó y titubeó.

No sabía lo que esto significaba; tenía miedo de adivinar.

“No entiendo,” susurró, con la garganta apretada y dolorosa.

“Piensa que todavía estoy enamorado de Ciara.” Los ojos de Nic se clavaron en los suyos, sospechosamente brillantes. “No podría estar más equivocada,” dijo. “Ciara fue especial para mí. En mi ingenua juventud, estaba seguro de que la amaba.”

Se movió para sentarse en el borde de la fuente, tirando de ella para que se sentara a su lado, manteniendo su mano entrelazada con la suya.

“Y durante los últimos diez años, me convencí de que la razón por la que nunca había amado era porque mi corazón estaba demasiado roto. O que ya no tenía la capacidad de amar.”

Él alcanzó a rozar con el pulgar una lágrima que ella ni siquiera había notado que caía.

“Y entonces apareció usted.” Sonrió. “Fue una tormenta, irrumpiendo en mi vida y causando caos. No sabía qué hacer con los sentimientos que despertaba en mí, tan poderosos, tan fuertes. Como nada que hubiera sentido antes.”

Alison no podía respirar, temerosa de que, si hacía el más mínimo sonido o movimiento, él dejaría de decir esas cosas maravillosas e increíbles.

“Traté de convencerme de que la odiaba. Luego traté de decirme que no era más que una atracción hacia una mujer hermosa. Es la mujer más hermosa del mundo.” Sonrió con ironía. “¿Cómo no iba a sentirme atraído por usted?”

Le apartó un rizo dorado detrás de la oreja.

“Por supuesto, luego arruinó mi opinión cuidadosamente cultivada de usted. En lugar de ser mimada y egoísta y frívola, es bondadosa y amorosa, con el espíritu más generoso y entregado de todos los que conozco.”

Las lágrimas caían libremente; no había forma de detenerlas.

“Me di cuenta entonces de que absolutamente tenía la capacidad de amar. Amar con fiereza y con todo mi corazón. Solo que nunca había estado enamorado antes, Alison. Ni siquiera de Ciara. La amaba, me preocupaba por ella. Pero ¿un amor que consume todo, que cambia la vida? Eso era nuevo para mí. Odio lo que le pasó, odio que por mi culpa ella perdiera la vida de la manera más horrible.”

Él tragó con dificultad, sus ojos brillando bajo la luz del sol.

“La llevé a su tumba porque ha sido una piedra angular para mí durante muchos años. Un recordatorio de por qué hago lo que hago. Y no quiero que ninguna parte de mí quede oculta para usted.”

Tomó una profunda respiración antes de continuar.

“Y no pasa un día sin que me sienta impotente, y enojado, y desesperadamente triste porque mi bebé murió.”

Sus ojos se apagaron momentáneamente con un dolor que ella ni siquiera podía comenzar a imaginar.

“Pero el amor que tengo por usted me consume. Es todo. Al principio me sentí desgarrado, preguntándome cómo podría dejar todo esto para ser el esposo que usted se merece.”

Su corazón se detuvo en seco al oír la palabra esposo.

“Entonces me enfrenté a la posibilidad de estar separado de usted, y casi perdí la cabeza. Con gusto lo dejaría todo. Si quiere regresar a América, solo le pido que me permita ir con usted.”

“Nicholas,” finalmente logró decir con voz entrecortada. “Yo no...”

“Por favor,” la interrumpió de repente, desesperadamente. “Por favor, no me diga que no me ama. Sé que me tomó demasiado tiempo llegar aquí, pero le juro que pasaré mi vida compensando el dolor que le he causado. Decirle a Robert, James y Simon, pasar los últimos dos días organizando todos mis asuntos aquí, todo ha sido para poder estar con usted completamente y para siempre. Como usted quiera. Donde usted esté.”

“Yo lo amo.” Ella sollozó, demasiado simple para transmitir lo que sentía por dentro. “Muchísimo.”

Él alcanzó sus mejillas con sus manos.

“Gracias a Dios,” susurró antes de capturar su boca en un beso desesperado y explosivo.

Cuando finalmente la dejó respirar, presionando su frente contra la de ella, con la respiración agitada, Alison pudo recobrar suficiente cordura para hablar.

Aunque no podía creer que esto estuviera sucediendo de verdad, había cosas importantes que necesitaban aclarar.

“Nic, no quiero que vaya a América,” dijo, y la expresión de dolor que cruzó su rostro fue la prueba, si la necesitaba, de que él había dicho cada maravillosa palabra con sinceridad.

“No quiero que deje este lugar, este trabajo que es tan importante para usted.”

“Pero...”

Ella extendió la mano y colocó un dedo contra sus labios, distrayéndose momentáneamente al ver cómo sus pupilas se dilataban.

Pero antes de que pudiera permitirse ser distraída por eso, necesitaban hablar.

“Es demasiado importante,” continuó. “Para usted y para las personas que dependen de usted.”

“No los dejaré en la estacada,” interrumpió él. “He hecho previsiones, puesto gente en su lugar.”

“Pero ellos lo quieren a usted,” argumentó ella suavemente. “El Santo de St. Giles.”

Él frunció el ceño ante el apodo, y ella rió suavemente.

“Esto es una parte tan importante de usted, Nic. No quiero que lo deje. Solo quiero ser parte de ello también.”

Él frunció el ceño, y ella sabía que iba a discutir.

“Nunca estaré más segura que cuando esté con usted,” adelantó su argumento antes de que él pudiera siquiera plantearlo. “Y como le prometí antes, nunca vendré aquí con nadie más.”

Se inclinó hacia adelante y colocó un beso suave en sus labios, retirándose antes de dejarse llevar.

“Solo con usted.”

***

El corazón de Nic latía con amor, orgullo y cada emoción posible mientras observaba a Alison leer otra historia a los niños antes de que la señora Cafferty y las criadas los llevaran a todos a la cama.

Tan pronto como terminaron, él la llevó por el tranquilo pasillo hacia su oficina.

Nadie lo molestaba allí, y para lo que tenía en mente, definitivamente no querían ser molestados.

Más temprano habían llegado Senna, James, Amelia y Simon, y él les había mostrado con orgullo las instalaciones que había recorrido con Robert y Abigail solo unas horas antes.

Todos habían jugado con los niños, Poppy se había divertido mucho con niñas de su misma edad, y habían comido la misma comida sencilla preparada para los niños y el personal.

Realmente tenía los mejores amigos.

Podía lamentar no haberles contado sobre esta parte de su vida antes, pero Nic había aprendido a no vivir una vida de arrepentimientos, así que se centraría en ser feliz con el papel más activo que todos habían prometido tomar en su trabajo aquí.

Robert, una vez que supo que Alison había aceptado casarse con Nic, estuvo feliz de permitirle quedarse más tiempo, sabiendo que Nic la cuidaría como nadie más.

Todos se habían ido a casa, con más gritos de felicitaciones. El personal había llevado a los niños a acostarlos para la noche, y finalmente, Nic y Alison estaban solos.

Tan pronto como Nic cerró la puerta de su oficina, atrajo a su prometida a sus brazos y la besó como si su vida dependiera de ello.

Y, de alguna manera, así era. Su corazón, su alma, su todo giraban en torno a la mujer en sus brazos.

"¿Sabe?", dijo, sentándose en su gran silla de cuero, el único lujo que se permitía allí, tirando de ella para que se sentara en su regazo. "Cuando nos conocimos, me costó todo no amarla."

"¿Y ahora?" Ella sonrió, una mirada que despertó un deseo ardiente y ferviente dentro de él.

"Ahora, usted simplemente toma todo de mí," dijo suavemente.

Afuera, las calles de St. Giles bullían con peligro, riesgo y amenaza.

Pero dentro de estas paredes, los niños dormían seguros y bien.

Y en su oficina, el Santo de St. Giles se dispuso a demostrarle a su prometida cuán pecador podía ser.

Fin.

EPÍLOGO

"Papá, por favor, déjame ir. El padre de Sarah es un aburrido anticuado. No va a suceder nada."

"Recuerdo que me llamaste un aburrido anticuado," le susurró Nic al oído a Alison mientras observaban el intercambio entre Poppy y James.

"No puedo creer que todavía lo menciones, diez años después." Ella puso los ojos en blanco antes de relajarse contra él, y su brazo la atrajo más cerca.

"Poppy, ya te dije que hablaré con Lord Fantan y luego tomaré mi decisión. Tienes tiempo de sobra para visitar Bath, solo tienes dieciocho años."

Poppy abrió la boca, sin duda para discutir de nuevo, pero pareció pensárselo mejor.

Y con una sonrisa en su rostro, esa que siempre había sido irresistible para su padre adoptivo, así como para todos sus tíos, se inclinó y le besó la mejilla.

"Gracias, papá." Sonrió antes de salir corriendo, con sus rizos rubios rebotando bajo el débil sol de invierno.

"No he dicho que sí," murmuró James mientras Senna extendía la mano para darle una palmada.

"De todas formas lo harás, cariño," se rió ella, con un ojo en sus bulliciosos gemelos que estaban enfrascados en una pelea con palos cada vez más intensa. "Thomas, Rose, tengan cuidado," les llamó.

Thomas asintió obedientemente, pero Rose, con su cabello rojo del mismo tono que el de su madre, puso los ojos en blanco y continuó.

No había duda de que era una peleona.

Lottie se acercó apresurada con un libro enorme en la mano y se sentó inmediatamente junto a su tía Amelia, quien se inclinó hacia adelante para admirar lo que la estudiosa niña había descubierto entre sus páginas.

Lottie mostraba todos los signos de ser tan aficionada a los libros como la condesa, mientras que sus propios hijos, Michael y Helena, estaban más interesados en la caza y la pesca.

Amelia culpaba a su padre, quien en ese momento estaba entreteniendo a un grupo de niños. Michael y Helena, el hijo de Robert, Jacob, junto con las hijas de Nic y Alison, Lily y Ella, estaban completamente absortos mientras Simon relataba la historia de un ataque de tigre en una de las expediciones de Amelia, con una recreación del ataque para que todos pudieran turnarse y fingir dispararle.

El hijo de Nic y Alison, que era más tímido que sus hermanas, estaba sentado junto a un pequeño estanque, fascinado por los peces que su tío Robert le señalaba.

Todos habían viajado a Montvale para disfrutar de un tiempo juntos antes de que James y Senna llevaran a Poppy a Londres para su debut.

Todos irían a la ciudad para la temporada, por supuesto.

Supuestamente para apoyar a Poppy y asegurar su éxito.

Aunque las damas eran bien conscientes de que los caballeros iban más para vigilar a sus posibles pretendientes que por cualquier otra cosa.

Abigail apareció, llamando al grupo a entrar para prepararse para la cena.

Aunque era invierno, había sido bastante templado y el clima apenas comenzaba a enfriarse.

Todos los niños corrieron adelante, con sus niñeras y gobernantas esperándolos.

Una vez que hubieran comido, sus respectivos padres los acostarían.

Siempre era una experiencia caótica, ruidosa pero llena de diversión, con cada pareja desechando la tradición de la alta sociedad de dejar el cuidado de sus hijos al personal.

Más tarde, cuando los niños dormían y los caballeros habían terminado su oporto, los ocho amigos se reunían en el salón de Montvale Hall.

La habitación estaba decorada tal como lo había estado diez años antes.

Dado que la difunta duquesa viuda había amado la habitación así, Abigail había sido reacia a cambiarla.

"Es difícil de creer," dijo ahora, "que haya pasado tanto tiempo desde que vine aquí por primera vez."

"Sí, y Robert era un bastardo gruñón," se rió James, ganándose una bofetada juguetona de su esposa.

"Un monstruo de pies a cabeza," coincidió Nic con una sonrisa.

"Cualquiera hubiera parecido monstruoso para ti, San Nic," bromeó Simon. "Incluso le hacías competencia a nuestro Ángel aquí en cuanto a bondad."

"Y cualquiera habría parecido angelical al lado de sus maneras diabólicas," dijo Rob.

"Me pregunto si alguno de nuestros hijos se parecerá a mí en ese aspecto," pensó en voz alta Simon, ganándose negativas y objeciones risueñas del resto del grupo.

"Bueno, sea cual sea la manera en que resulten, solo podemos esperar que sigan tan unidos como ahora. Que sigan siendo una familia. Y que, ya sea como pecadores o santos, siempre se mantengan juntos," dijo Nic, su voz calmada silenciando la falsa discusión.

Arriba, sus hijos dormían profundamente, cada uno de ellos destinado a continuar el legado de sus padres. Algunos serían pecadores. Y algunos serían santos. Pero todos decididos a mantenerse unidos en las buenas y en las malas, como lo habían hecho sus padres antes que ellos.

[JS1]Why does Fulham seek out Miss Billings instead of Alison?

[NM2]How about this?